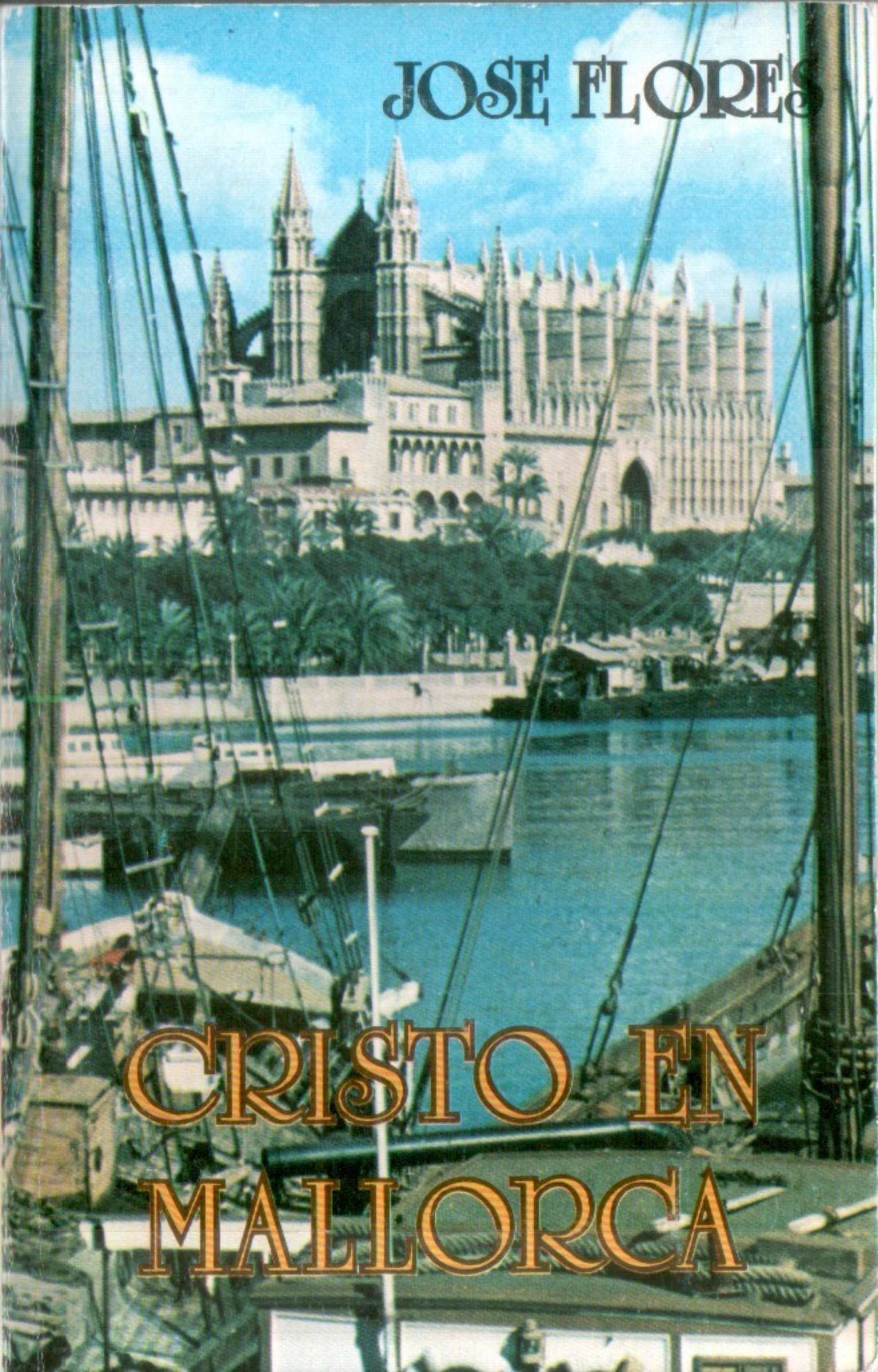
JOSE FLORES



CRISTO EN MALLORCA

CRISTO EN MALLORCA

DEDICATORIA:

A mi esposa.

«A ti, perla del Mediterráneo;
A ti, con quien no soñaba,
Harto de penas y dolorido;
A ti, a quien tanto amaba,
En mi dolor sumergido...»

JOSE FLORES

CRISTO EN MALLORCA

CLIE
Literatura Evangélica

© Copyright 1973, de CLIE

Reservados todos los derechos
Pueden ser impresos fragmentos de este libro citando el autor y el libro de procedencia

Responsable de la edición:
El editor: Samuel Vila
Blasco de Garay, 134
Tarrasa, Barcelona (España)

ISBN 84 - 7228 - 066 - 7
Depósito Legal: B. 29.007 - 1973

Impreso por VIMASA, Industrias Gráficas
Dr. Moragas y Barret, 113-115, Tarrasa

Printed in Spain

INDICE

PREFACIO 9

I. José Miguel 13

II. Guerra 19

III. La caída de Málaga 31

IV. Renato (paréntesis en la historia) . . 41

V. Partida de José Miguel 51

VI. Una vida en peligro 69

VII. Norberto 87

VIII. Desde el Mar Negro 105

IX. Majórica 121

X. Camino de la isla 135

XI. Dina 155

XII. Cristo en Mallorca 173

XIII. Boda y destino 189

EL DEMONIO COMO EPILOGO . . 201

PREFACIO

Ciertos escritores se han preguntado si hay, en realidad, personas que lean los prefacios de sus obras. En cuanto a mí respecta, confieso que siempre los he leído y que, en muchas ocasiones, me han incitado al deseo de profundizar en su lectura, o, por el contrario, de no seguir adelante si el tema era extraño o de especialidad.

En el prefacio, el escritor, generalmente, presenta un avance o introducción a lo que va a leerse, prepara al lector, o, en muchos casos, hace aclaraciones y adelanta disculpas; he aquí, pues, el objeto de este prefacio. Tenemos delante toda una novela, porque novela es la narración de acontecimientos humanos de interés no ordinario, y la narración de la vida de José Miguel, enlazada con otras a través de situaciones reales en países y ciudades, es, per se, *novela.*

Pero esta novela se diferencia de lo «novelesco» en que no es mera ficción o imaginería, sino verdadero relato, histórico, auténtico, de aquellos días horribles de la guerra española, en donde se puso a prueba el espíritu de los españoles, en ambos lados de la contienda, y en la que tantísimas vidas inocentes fueron inmoladas. Nuestro protagonista, lejos de perder la vida, la encontró, pero una vida superior de la que el lector va a tener noticia.

Muchos de los personajes de esta historia viven todavía en España, otros no; pero quiero adelantar

que no aludo a las cosas políticas,ni a la obra política de las personas, y resalto más bien el valor más preciado que el hombre debe perseguir; por ello, no tratando de provocar un suspense *irreal, ofrezco la verdad incitante, aquella que alivia a las almas, aquella verdad de la que dijera Cartwright:*

«By Woden, God of Saxons
From whence comes Wensday, that is Wodensday
Truth is a thing that ever I will keep
Unto Thylke day...»

(Por Woden, *dios de los sajones, de donde viene miércoles, que se dice* Wodensday, *la verdad es una cosa que siempre mantendré hasta el día en que me hunda en el sepulcro.)*

Habiendo conservado, además, con pulcritud, los fajos de cartas cruzadas y los documentos de la época, me ha sido fácil atenerme a la historia, copiando exactamente lo que convenía de los papeles amarillentos, muchos de los cuales escribí en taquigrafía, algunos empapados de un diálogo de amor profundo.

El Mediterráneo guarda puertos de luminosidad casi eterna, tipos milenarios, palacios medio dormidos, mujeres como flores embriagadoras, y jardines y calles de olor a jazmín y a caballo, a café y a pescado frito, a mar y a picardía humana, desde nuestro Algeciras hasta la helénica Atenas. Precisamente Mallorca está anclada, como un paraíso, en ese gran mar y en ella brota y florece todo lo mediterráneo, pero con sus peculiaridades baleares.

Niza, Venecia, la Spezia italiana y la Costa Brava española, lugares pintorescos y deliciosos de ese mar azul que se extiende desde Suez a Gibraltar, no podían dejar de hallar sus equivalentes en la isla de Mallorca; de ahí el carácter eminentemente cosmopolita de la mayor de las Baleares.

A esa isla mágica llega nuestro protagonista, y también, como los marineros de Circe, se olvida de

su patria chica y del hogar de donde salió para tomar «nacionalidad mallorquina». Le invade la brisa que llega de los pinos lejanos, y el olor de Mallorca le posee y le atormenta. Va a luchar con el Dragón mítico que reclama víctimas de maldad, hombres y mujeres vencidos por el pecado y tentados del diablo.

Nuestro protagonista logra depurar las cosas del mundo para entrar en aquella experiencia necesaria que el Cristo reclamara de aquel famoso rabino de Israel, Nicodemo: «el que no naciere otra vez, no puede ver el reino de Dios».

Ca'n Pastilla - Mallorca

I

JOSE MIGUEL

«El camino de la civilización está trazado sobre un reguero de sangre.»

NIETZSCHE

En lo oscuro de la Catedral, junto al lúgubre segundo altar y frente a una imagen del Santo Cristo de la Escucha, se adivina a un joven solitario, de rodillas, con los brazos en cruz.

No entendía de religión, pero tenía una imprecisa fe y una necesidad de pedir; le habían dicho que pidiera así, en cruz, y lo hizo. Pero ¿qué pedía? No ir al servicio militar porque estaba locamente enamorado y comprometido en su amor. ¿Cómo iba a abandonar el caso para cobrar la triste paga del soldado?

Aquel joven no sabía decir sino: «Oh ser invisible, creo que existes de algún modo y que puedes hacer lo que te pido. Hazlo porque lo necesito. Me duelen los brazos en esta postura, pero tampoco entiendo por qué lo hago así cuando tú, quizá, prefieres otra cosa. Me han dicho que debe ser de esta forma, con los brazos en forma de cruz, y te pido que, por favor, me escuches.»

Con dos lágrimas en los ojos, calambre en las rodillas y muerte en sus extremidades, salió José Miguel a la plaza para quedar deslumbrado por el reflejo del agua cantarina sobre la fuente de mármol,

centro del grato jardín andaluz, donde se inclinaba el sol de la mañana. Se encaminó a su trabajo.

La Calle de las Tiendas, estrecha y larguirucha, que conducía desde la Plaza Vieja a la Puerta de Purchena, estaba abriendo sus múltiples ojos de hierro, con enorme crujir de huesos cual gigante que se despereza; y, a la mitad de la vía, levantando los ojos a la izquierda, el gran rótulo de «Diario de Almería» le dio, como siempre, los buenos días. Don Juan, el director, no había llegado, pero Paulino, Cortés y Gálvez estaban ya haciendo corrillo y hablando de cosas pueriles.

El joven, mohíno, entró en la Redacción no contando todavía diecinueve años y creyendo haber «vivido mucho». Era el 18 de enero de 1933 y recordó que tenía que escribir una carta importante.

—¿Ha venido Naveros Burgos? —preguntó.

—Creo que vendrá esta tarde —replicó Paulino, sonriente.

José Miguel

Como muchos andaluces, de descencia árabe, José Miguel tenía gran imaginación y clara inteligencia. Pasó rápidamente por el Bachillerato con algunas matrículas de honor, aprendió dos idiomas y llegó a suplir al profesor en algunas ocasiones. Fue precisamente su temperamento inquieto lo que le impidió «vegetar» y, por ello, rechazó su trabajo al poco tiempo en la Banca Balmes, no echó raíces en los Almacenes Miralles y no quedó junto a su padre en la joyería. Varias veces probó a fugarse en uno de los muchos barcos fruteros que, bajo todos los pabellones de Europa, se llevaban de la Bahía el oro de los parrales almerienses, resistiéndose a ser aprisionado por lo que él llamaba «molde prefabricado» de la sociedad.

Sus conversaciones en la organización católica de Los Luises, a la que era asiduo, no le habían iluminado el sentido de la vida y muchas jovencitas

de la calle lo sabían bien. Tal vez por ese algo extraño de insatisfacción y polifacetismo fue admitido en el periódico como reportero o buscador de noticias.

El 17 de julio de 1933 recibió en el Gobierno Civil su carnet de periodista y pronto escribió su primer artículo, arremetiendo contra los que manchaban nuestro lenguaje con importaciones extrañas. El título fue: «¿Por qué no hablar español?»; y luego vinieron: «El libro, aroma del mundo», «Los hombres de la ciudad», «La inocencia de los niños», etcétera, etc., durante dos años seguidos. Publicó asimismo muchos artículos traducidos de la literatura inglesa, y una mañana recibió la inmensa alegría de haber quedado exento del servicio militar. La Comandancia de Marina le comunicó su liberación, y tuvo un repentino pensamiento de dar gracias al Ser supremo que le había permitido quedar junto a ella y dedicarse a escribir...

Su primera salida la hizo a Granada, con motivo de las famosas procesiones de Semana Santa, en el famoso «botijo», o tren especial en el que sólo la fuerza y entusiasmo de la juventud podía triunfar del calor abrasador, de la sed y de las necesidades del fastidioso y largo viaje.

Granada

A pesar de que las procesiones constituían el primer objetivo de su visita, él quería escribir de la Alhambra y subió la Cuesta de Gomérez aquella mañana soleada, una de las memorables de su vida, respirando la frescura de los jardines. Aquella Alhambra, o «Castillo Rojo» en árabe, había atraído a muchísimos artistas y escritores del mundo entero. Asumió gran importancia en 1238 cuando Mohamed ben Alhamar, vasallo del rey cristiano San Fernando, señor de Arjona, se hizo dueño de Granada, luego de haber tomado a Jaén, Baeza, Guadix. Y fue él

quien hizo subir el agua del río Darro hasta la colina del castillo, transformando aquella tierra seca en hermosos jardines que se trasladaron a miles de pinturas y fotografías.

El movimiento romántico hizo de la Alhambra una Mecca para todas las almas sensitivas: Ginés Pérez, Chateaubriand, Washington Irving, Doré, Lewis y David Roberts, quienes prestaron la magia de su pluma o de sus pinceles para ensalzar aquella fortaleza árabe.

Varias horas dedicó José Miguel a la Colina de Asábica, como la llamaban los árabes, limpia de imágenes, tanto en el Oratorio de Mexuar, impresionante, como en el Oratorio del Partal, y, sintiendo su incapacidad para describir aquella belleza, contempló en silencio la variedad polícroma del Cuarto de Comares, Patio de los Leones, Generalife, etc. Pero lo que él no pudo cantar lo dijo con su dulce poesía su paisano almeriense Francisco Villaespesa, cantor de las bellezas hispanas en Argentina.

Desde la Torre del Homenaje contempló el joven la ciudad de Granada, al pie de la colina, y, como en sueños, la vio de luto, negra en la noche, surcada la penumbra por unos hilillos de luces que llevaban penitentes de larga capucha en medio de una población de pálpito suspendido por la tradición religiosa. Pero ¿qué significarían aquellos de la cara tapada que, en largas filas, con mantos diversos, rodeando a imágenes mudas, avanzaban impresionantemente por las calles al ruido de tambores? José Miguel pensó que tal vez los árabes tenían más respeto a la divinidad y no la presentaban en forma humana. ¡Quién sabe si sería más religioso dejar volar al espíritu con libertad, sin ceñirlo a la imagen macilenta, tétrica, sangrante...! Sus pensamientos se fijaron más, llegada la noche, al encontrarse en medio de la riada humana que se agitaba en el célebre Viernes Santo.

En tierras de Mahoma

Meses después, el 6 de septiembre de 1933, hizo su primer viaje por mar, a las Ferias de Melilla, para escribir sobre aquel pedazo de tierra española en Africa. Su impresión de simple ciudad andaluza chocó con la presencia de moros, sucesores probables de aquellos que habitaron la Alhambra que había admirado. Entonces sintió deseos de conocer más el mundo diferente de aquellos hombres y visitó Tánger, Tetuán, Arcila, Larache, Alcazarquivir, Rabat, Casablanca...; el misterio de los sombríos callejones, la «medina» de cada lugar, los «bakalitos» de árabes y judíos, los artistas de la madera, de los tejidos, de las joyas y cueros, etc. Y sobre todo sus mezquitas, los zocos y las sinagogas de los judíos, aquella mezcla de razas, religiones y lenguas que dejan una impresión permanente.

Sin entrar en la mezquita, cosa prohibida para el europeo, José Miguel se dio cuenta de la sencillez de la adoración árabe, en la misma calle, en la carretera, en el monte, sin imágenes, con la vista fija en algo que no se personificaba; los fieles oraban a distancia, mirando a la Mecca.

En la Sinagoga la cosa era distinta. Pudo entrar en varias y comprobó que, alrededor de la Ley, frente a los símbolos hebreos de la historia de Israel, el judío orante, incluso mientras se leían a toda prisa los rezos y en alta voz, hacía un alto en el camino para charlar con el compañero acerca de la marcha de los negocios y de los precios de los artículos.

«¿Qué religión salva al hombre?», se preguntaba, sin satisfacer su ansia de liberación, aquel visitante-periodista, con espíritu confuso.

Su artículo para el *Diario de Almería* reflejó todas aquellas impresiones encontradas, y, antes de regresar, adquirió una preciosa cartera de piel, repujada con estrella roja y verde, que luego habría de tener historia.

Al entrar el año 1936, José Miguel tuvo el encargo

de escribir un cuento semanal y así salieron sus relatos policíacos: «Allister en Cinelandia», «La copa envenenada», «Imperiosidad criminal» y muchos otros.

Poco sabía aquel joven reporter, ilusionado con sus escritos literarios, de lo que a España se le venía encima, y así, refiriéndose a la guerra italo-abisinia, en un artículo titulado *La Guerra,* del 20 de marzo de 1936, arremetía con la bochornosa actitud de esos pueblos que, en un siglo llamado de la cultura, promueven guerras y matan hombres inocentes de manera incomprensible.

Poco después, cuatro semanas apenas, José Miguel fue testigo obligado de una de las guerras más tristes, la guerra entre hermanos, en su propio país de España.

II

GUERRA

«Oigo, patria, tu aflicción
y escucho el triste concierto
que forman tocando a muerto
la campana y el cañón...»

BERNARDO LÓPEZ

Veraneando, con su familia, se encontraba José Miguel en Aguadulce, a pocos kilómetros de Almería, y allí conoció a un hombre extraño. Hablaba español con marcado acento francés, de pelo cano, con pronunciada calvicie, cargado de espaldas, y por eso, quizá, miraba muchas veces al suelo al hablar; quizá también porque sus ojos tenían cierto delicado estrabismo. La extraordinaria amabilidad de aquel Francisco Castillo, que así se llamaba el hermano del carabinero, venido de Orán para visitar a su familia, atraía sobremanera y la conversación con él era siempre grata, dulce y de cierto despegue terreno, por cuanto siempre encaminaba los asuntos por la vía de lo divino, de la voluntad divina.

Al joven le parecía que aquellos conceptos eran propios de «curas», aunque con él subía la empinada escalera de la iglesia, al borde de la carretera, para jugar a las damas con don Diego, el párroco enjuto y seriote de Aguadulce, que mostraba, ante ese testigo no inteligente cual José Miguel, debilidad de argumentos en sus espaciadas conversaciones con Francisco Castillo sobre las cosas del espíritu.

En su despacho de la iglesia, don Diego se enfrentó, perplejo, más de una vez, a los argumentos del de Orán, seglar del que no se esperaba conocimiento teológico alguno, pero pronto, tanto el cura como José Miguel, oyeron pronunciar un libro casi talismánico, la Biblia, del que Castillo sacaba preciosas enseñanzas. A don Diego no le gustaba mucho la insistencia mística de don Francisco y le recordaba una y otra vez que había que «echar una partidita»; después de todo, en aquel rincón de paz, sin otro aliciente, ¿qué habría de hacer un párroco durante veinticuatro horas del día?

En sus lentos paseos sobre el asfalto de la poco transitada carretera, José Miguel oía de boca de Castillo cosas embelesantes de un plan de Dios para los hombres, de la filosofía de la vida y el desvelo de aquello impenetrable que se llama eternidad. De esas cosas nada había oído nunca, así que dijo abiertamente:

—Me gustaría conocer ese libro, esa Biblia. Nunca la he leído.

—Pues yo te traeré una de Almería, y si quieres, puedes venir allí y te presentaré a mi amigo, que las tiene —replicó Castillo con voz algo atiplada.

Dos días más tarde, acompañado por «el francés», se encontró José Miguel en una casa de la Calle del Pueblo, saludando a un señor canadiense, llamado Francisco Melbourne, que enseñaba la Biblia a un puñado de personas y les hacía cantar cánticos religiosos al compás de un pequeño armonio que tocaba una señora, probablemente su esposa, en un rincón de la destartalada casa (1).

(1) Histórico. Francisco Melbourne fue un mensajero de Dios en los campos de concentración de Francia al término de la guerra civil española. Asociado con el editor de este libro, daba conferencias evangélicas, distribuía ropa y alimentos y publicaba la revista *El Refugiado*, de orientación espiritual y evangélica para millares de desengañados de la vida y de la política. Tras de un nuevo pero breve ministerio por España tuvo que volver al Canadá.

Aquel grupo de personas era de lo más corriente y normal, algunos hombres de aspecto no muy lustrado y mujeres cubiertas la mayoría con el típico pañuelo negro amarrado debajo de la barbilla. Pero a José Miguel le afectaron mucho aquellas plegarias, al parecer salidas de corazones sinceros y de labios balbucientes, pero novísimas en su experiencia de la vida. Aquellas plegarias, hechas con ojos cerrados, de pie, delante de cada silla, no las había él encontrado escritas en ningún libro y, en cierto modo, se parecían a la que él mismo había hecho en la Catedral, así como si se hablaba a Dios sin protocolo, de cara a cara, de amigo a amigo.

Don Francisco Melbourne le regaló un hermoso volumen de la Biblia, invitándole también a que asistiera a otras de las reuniones que organizaba en su casa. José Miguel, por su parte, confesó que le había encantado oír lo que había contado de aquel viajero infatigable, de sus aventuras y enseñanzas, del San Pablo de la Biblia, hombre singular.

De vuelta, en el autobús, sentado a la izquierda, contemplando el jugueteo de las olas al romperse contra las rocas de la serpenteante carretera que deja atrás la famosa Eritaña de bacanales nocturnas, José Miguel meditaba en lo que había oído de la Biblia y en aquel grupo de personas que acudían fielmente a oír las conferencias o pláticas de aquel extranjero.

Soliloquios

Por la noche, alcanzando un pequeño picacho por encima de la iglesia, se sentó abstraído. La luna blanquísima, inmóvil en el cielo sin nubes, se reflejaba en la plata del mar que, silencioso y acariciante, se alargaba hasta la playa, allá abajo, detrás de la hilera de pobres casuchas, encaramadas ante el barranco, fijando límites a la calzada.

Era noche de silencio, de paz, donde los grillos no podían dejar de chirriar y el alma se desencaja

para adormecerse afuera, en la inmensidad de lo creado y controlado por el Omnipotente, en quien José Miguel pensaba y a quien José Miguel buscaba.

Aquellas rocas altas, aquellos perfiles misteriosos que bordean la carretera, ¿cómo están ahí años y años? Las higueras junto a casitas de líneas marroquíes, y los parrales que se resbalan por las laderas de los barrancos, ¿de dónde reciben su vida y quién recoge su muerte? Y el hombre mismo, ¿qué es?, ¿de dónde procede hereditariamente o cuál es su principio genérico? Y, más misterioso aún, adónde va a parar el hombre cuando deja de existir? ¿Qué es la nada? ¿Es verdad que, tras la muerte, persiste esa cosa que no se palpa y que los hombres han llamado alma? ¿Por qué no alargar sin tiempo la paz y felicidad de aquella noche y hacer paz y bienestar en la tierra?

El maullido de un gato hirió el silencio nocturno y un ladrido perseguidor atronó el espacio. Otra vez, persiguiéndose y revolcándose, dos animales se enfrentaban, hiriéndose y, a veces, hasta matándose...; esa muerte, que es contraste de la vida, vino a torcer el rumbo de los pensamientos del joven. ¿No acorta el hombre su vida y provoca también la muerte, peleando como esos animales?

Primeros chispazos de guerra

Dos días más tarde, la noticia se esparció rápidamente y las gentes de aquel pacífico caserío se arremolinaron para comentar, para conjeturar...

—¿Qué ha pasado? —preguntó uno.

—Que hay jaleo en Almería; han acuartelado a los soldados y los obreros se sublevan. En la Casa del Pueblo un grupo de ellos han salido para pedir armas al gobernador.

En aquel momento llega don Fulgencio, todo alarmado, informando que había visto patrullas de vigilancia cortando el paso a ciertos lugares de la ciudad, y que se estaban levantando barricadas en las calles

con adoquines, con muebles, colchones, etc., y que se había oído algún disparo...

Nadie pudo dormir bien aquella noche, aunque el mar seguía tan calmo y la luna tan impasible. Fueron horas de angustia y de zozobra para las criaturas que habitaban aquel lugar de la playa. Nadie sabía qué hacer y nadie se atrevía a bajar a la ciudad. La radio interesaba primeramente la presentación de mozos y militares libres de servicio al Cuartel, pero a renglón seguido, cuando la radio fue asaltada, las órdenes fueron contrarias: que se presentaran todos en la Casa del Pueblo para recoger armas. José Miguel se negó a presentarse y prefirió esperar hasta ver las cosas más claras; por ello no bajó a Almería en varios días.

El nerviosismo iba en aumento; llegaban camiones con gentes desde Granada y se decía que en Almería las ametralladoras ya vomitaban fuego, y que por la Puerta de Purchena era imposible pasar porque desde las oficinas del Partido Socialista se hacían disparos continuamente. En el muelle, haciendo frente a los obreros, los carabineros acusaron los primeros heridos y en seguida los muertos. Un tío de José Miguel, que era brigada de carabineros, recibió un tiro en la pierna derecha. A poco un avión voló sobre la ciudad y dejó caer unas bombas, causando un pánico enorme; todo el que podía se escapaba de la población.

—Dicen que Huertas Topete ha levantado bandera blanca —dijo Castillo—, y que algunas iglesias han comenzado a arder.

—Estamos apañados —arguyó con malísimo gesto su hermano—. Con grandes carteles piden la libertad de 30.000 presos. ¡Pues no faltaba más!

No pasaron muchos días cuando figuras conocidas, entre los militares y el clero, y también figuras destacadas de la sociedad, empezaron a pagar con su vida las exigencias de aquella situación de guerra y revancha. Muchos fueron hundidos para siempre, con una piedra amarrada al cuello, en las aguas medi-

terráneas, y el populacho, enardecido, gritaba que aquello era represalia por lo que hacía el enemigo.

José Miguel se sintió más entristecido aún. A su mente venían las escenas de la luna clara, impasible, del mar plateado, suave, del ambiente nocturno de paz y felicidad y de aquellos dos animales que, de pronto, estruendosamente, rompieron el cuadro de paz de Dios. También tuvo miedo y, de pronto, algo más terrible e inesperado. Un dolor certero penetró en su corazón. El médico no pudo hacer nada y Mercedes se moría. La muerte de la mujer que amaba, aquella por quien pidió al Omnipotente ser librado del servicio militar, no podía arrebatársela a la Parca, aquella poderosa que arrasó tantísimas vidas en el inolvidable, por trágico, cuatrienio. La muerte tenía prisa..., no había que esperar a una enfermedad larga; así, de golpe, en la flor de su juventud, madre de dos hijitos pequeños..., habría miles de casos más tristes y más dramáticos. España iba a conocer el dolor, la muerte, el espanto, la tragedia...

Cuando se decidió a bajar a Almería, José Miguel quedó petrificado al ver los cadáveres sobre las rocas, junto a la carretera. La gente escasa del autobús iba silenciosa, aturdida, asustada, sin comentar lo que sus ojos húmedos contemplaban en aquella bocanada del infierno. El cerebro se le torturaba al joven, al insinuarse por los vericuetos de la espiritualidad española.

«No hay sentimiento cristiano —se decía— y afirmamos que España es católica. Hemos dormido sobre un colchón de víboras...

Se procedió luego al encarcelamiento de víctimas en barcos de la bahía, y tanto allí en el muelle como en las cárceles de la ciudad se formaban colas de familiares para llevar comida a los presos; y cuando, frecuentemente, casadas y solteras eran despachadas por los milicianos con un seco «puedes marcharte» o «ya no está aquí», significaba inexorablemente la desaparición del marido o del padre que había

sido fusilado, sin juicio, en una «saca» o en un «paseo» nocturno.

Ramblas, breñas y barrancos absorbieron sangre de todas las edades y luego cuerpos deformados en la premura del enterramiento. El coche con los milicianos saldría luego de estampida, antes del amanecer, para recontar con salvajismo las expresiones y frases de aquellos «fiambres» que habían dejado atrás, en el mundo de la nada y del silencio, donde no había aguardiente por la mañana fresca, ni carajillos, ni tejeringos calientes...

Contemplando el agua que se mecía descomponiendo los colores de un sol poniente, José Miguel paseaba solitario por el muelle. Se esforzaba en revivir aquellos días de estudiante, días normales y alegres, en su «Espejo del Mar», nombre árabe de Almería: Consideraba que sus ganas de vivir disminuían y que la razón de su existencia, en medio de aquella guerra de animales de la urbe, como diría Aristóteles (*zoon politicon,* animal civil o ciudadano, que no político, que no es traducir, como diría Unamuno), en aquella guerra, se esfumaba ante su mente.

Alzó la vista hacia el horizonte y, adivinando la costa al otro lado del mar, empezó a sentir deseos de fugarse, pero sus pensamientos fueron repentinamente turbados por el ruido de motores; girando sobre sus talones, vio avanzar, junto a las hermosas palmeras del paseo marítimo, una larga caravana de camiones en dirección al Puente del Zapillo; iban camuflados con letreros de «Ayuda a España» y eran tan grandes como jamás los había visto. Comenzaba la ayuda internacional a la llamada zona roja.

Un día se presentaron en Almería periodistas extranjeros, provistos de cámaras cinematográficas, para girar una visita al ya establecido «frente de Málaga», y José Miguel, por su conocimiento del inglés, trabó amistad con el corresponsal del *Times* de Londres, quien le pidió que, en su calidad de pe-

riodista, le mandara noticias a Valencia, desde donde él las transmitiría a Londres.

Como ya no sentía su inspiración, empobrecida por el ambiente de guerra, aceptó el envío mecánico de noticias y así fue como se vio, posteriormente, envuelto en una grave dificultad.

El bombardeo de Almería

Cañonazos atronadores, seguidos de explosiones espaciadas pero regulares, despertaron una mañana a los que dormían en la ciudad y al poco tiempo toda la urbe fue invadida de humo negro, aceitoso, espeso, que impedía la visión a pocos metros de distancia. Los que se asomaban a la puerta de la calle no querían perderse en la niebla, pero el joven de nuestro relato sintió que «tenía que verlo» para informar a Valencia.

Contra la advertencia de sus padres, descendió por la Calle Segura, dejó el Hotel La Perla atrás y casi a tientas se abrió camino en la famosa Puerta de Purchena para encontrar la avenida principal que llevaba al muelle, porque era allí en el muelle donde se oía decir que había ocurrido algo catastrófico. Camiones, cargados de guardias, recogían en las calles a cualquier transeúnte para «ayudar» en el desastre.

Se ocultó en un portal para no ser «recogido», mientras pensaba que algo importante habría ocurrido, y a poco, a hurtadillas casi, se llegó hasta el Banco de España, en la plaza final, y contempló horrorizado la estampa del puerto.

Los depósitos de gasolina y de petróleo, aquellos enormes tanques circulares, estaban ardiendo y las llamas llegaban a enorme altura. Las perforaciones producidas por los proyectiles en los tanques —proyectiles de cañón— hicieron vomitar de los vientres metálicos toneladas y toneladas de combustible que flotaba sobre el mar de la bahía, y el fuego avanzaba dentro de ésta en imponente barrera que se

abría en semicírculo invasor. Y cada vez que el calor abrasador de la llama envolvía a uno de los muchos bidones que flotaban en el mar, llenos de combustible también, se oía una espantosa detonación que lanzaba a los aires al bidón y hacía pensar a los del lado de acá de la cortina que detrás de la gigantesca nube negra se ocultaba toda una escuadra que cañoneaba la ciudad. En su avance, la espantosa boca de fuego tragaba y tragaba barquichuelas, canoas y barcazas destinadas al transporte de los famosos barriles de uva.

En el muelle, los guardias acuciaban a la gente para que con rapidez retirasen a lugar seguro los millares de barriles destinados a otros países, y allí, bajo los tinglados, montones de barriles y de hombres efectuaban todo un trasiego febril. Y en medio de aquel infierno, José Miguel vio caer a un hombre y las llamas se acercaban a él. Ninguno de los que corrieron al petril pudieron hacer nada. El aceite se incendió pronto alrededor de su cabeza, también empapada por el petróleo, y la pobre criatura desapareció...; la llama avanzó y el monstruo siguió devorando hasta ser, si posible, detenido por el muro pétreo del muelle.

La escena imborrable, el esfuerzo de los barcos mayores para escapar a su destrucción, los hombres presa de pánico, el hervir del agua del mar, todo ello quedó grabado en la memoria de José Miguel como expresión del término guerra...; y los hombres, asustados, dijeron que fue el «Canarias» que había disparado para «taladrar» los depósitos de la Campsa.

Pero aquello no fue verdad; fue una noticia oscurecida por las ráfagas de humo negro, oleoso y mal oliente; por ello, al poco rato de haber telefoneado a Valencia para el *Times*, los milicianos buscaban a José Miguel por «faccioso», y el propio Lawrence le escribiría más tarde, el 27 de junio de 1937: «*Correspondents flew to Almeria and you know that it was a German squadron not the "Canarias".*» Efectivamente, así había sido; en represalia por

cierta adversidad en las Baleares, los barcos alemanes lanzaron salvas contra la inocente Almería, y de no ser por Pepe Gálvez, el redactor-jefe, que le defendió su ignorancia diciendo que no había ideas políticas ni bélicas en el joven, quizá José Miguel no hubiera podido llegar con nosotros hasta el final de esta novela.

Reclutado

Apenas quedaba gente joven ya en Almería cuando el 14 de julio recibió José Miguel orden urgente de incorporarse a filas. ¡Pobre joven, horrorizado de aquel infierno y sufriendo, al propio tiempo, su propia interna lucha espiritual! En un camión de marca rusa, con un grupo más de reclutas que se recogieron por los pueblos, salió para Cartagena el 31 de julio de 1937, haciendo un largo y penoso viaje. Atrás quedaron los pueblos y pueblecillos de Almería y de Murcia, aterrados todos por la lucha entre hermanos y por las venganzas cobardes de muchos.

Recordando lo que le dijera el misionero Melbourne, que el único libro que enseña el camino de la paz y la felicidad es la Biblia, nuestro personaje sintió haber dejado su ejemplar en Almería, ya que era imposible llevarlo al cuartel; el corazón se le encogió aún más presintiendo que las palabras de aquel libro bueno pudieran serle de consuelo en el futuro desconocido que se le presentaba.

—¿Quién ha cogido mi reloj? —dijo a los compañeros que, como él, se lavaban en la serie de pilas del cuartel.

—Yo no he visto nada —replicó, malhumorado, otro reclutado de cara torcida.

—Pero si lo acabo de poner aquí mismo, junto al jabón.

—Pues yo no he visto nada —aseguró el de la izquierda, sin dignarse mirarle.

Y así fue; ninguno de los dos hombres, ni el de la izquierda ni el de la derecho, habían visto el reloj,

pero José Miguel supo que se lo habían robado, y era un reloj de recuerdo sentimental.

Hambre de bondad

Aquel fue su primer encuentro con la «humanidad» cuartelera en aquella podrida Cartagena, recuelo de hombres en tiempo de guerra. Y luego, vestido ya con la ropa que despersonaliza, llevado en grupos por los vericuetos del Molinete y contemplando los tugurios fétidos y bochornosos, se preguntaba:

«¿Dónde hallar perfección?, ¿dónde hay camino para lo mejor, porque todo esto es malo?»

Caído en una moralidad caótica, testigo de una sexualidad desencadenada, sorprendido por la degradación inesperada de hombres de aspecto inocente, recordó al gran filósofo español muerto meses atrás.

Aquel vasco noble, que soñaba de niño en ser santo y que hacía ermitas en el jardín, murió quebrantado, luchando denodadamente por una supervivencia santa y eterna. Don Miguel de Unamuno fue un moralista enérgico, a cuyo lado, como dijera Waldo Frank, eran voces débiles las de H. G. Wells y la de Bernard Shaw. Don Miguel, que leía en quince lenguas, profesor de griego de la misma Universidad salmantina en que respiraba Fray Luis de León, murió atacando males que azotaban a España; pero él mismo no supo hallar el camino de su redención.

«De haber vivido esta guerra —se decía José Miguel— de seguro que Unamuno, olvidándose de sus personajes de novela, habría confirmado que en España no se puede ser santo...»

Sólo retrógrados, a contrapelo de la civilización, en lucha con los principios cristianos más elementales, podían alimentar muerte, robo, adulterio, violación...

Nuestro protagonista, sintiendo un poco aquel «hambre de inmortalidad» de que hablaba Unamuno, se sentía defraudado, consternado, y se acusaba a

sí mismo de dejarse arrastrar por lo pecaminoso, por lo insanto, que nunca podría llevarle a la inmortalidad...

En una guerra fratricida, donde los hombres caían a diestra y siniestra, donde los cuerpos yacían acá y acullá como polvo que vuelve a la tierra de donde salió, ¿qué del alma?, ¿qué del espíritu o soplo del Dios grande?

Los griegos filosofaban sobre la caducidad de todas las cosas, admitiendo una movilidad de lo real. Los hombres piensan que el morir es la supresión misma del sujeto, y así los griegos tendían a suprimir la realidad de la muerte, porque «cuando la muerte llega no existo yo»; pero José Miguel se preguntaba: «Si somos aniquilados en esta guerra, no hay esperanza posible de cambio, de mutación, de supervivencia, de eternidad...»

De nuevo el recuerdo de don Miguel, de sus palabras en *Del sentimiento trágico de la vida,* le consolaban: «Hay que creer en la otra vida, en la vida eterna de más allá de la tumba y en una vida individual y personal, en una vida en que cada uno de nosotros sienta su conciencia y la sienta hundirse, sin confundirse, con las demás conciencias todas en la Conciencia Suprema, en Dios; hay que creer en esa otra vida para poder vivir ésta y soportarla y darle sentido y finalidad. Y hay que creer acaso en esa otra vida para merecerla, para conseguirla...»

III

LA CAIDA DE MALAGA

«Se vedi li occhi miei
di pianger vagli
Per novella pietà ch'el cor
mi strugge...»

DANTE ALIGHIERI (*)

Después del famoso 18 de Julio del 36, como su vecina Almería, Málaga quedó en zona republicana, o roja luego, y aquí, como allí, hubo casas desvalijadas, incendios de iglesias, desmanes sin cuento y atropellos, balance obligado de un parto revolucionario donde la sangre hervía bajo la presión de un verano fogoso meridional.

También el número creciente de presos políticos requirió prisiones flotantes como la del buque «Chavarri», pero, antes que su hermana gemela, Málaga se vio asfixiada por las nueve columnas que comenzaron a apretarla por Loja, Alhama, Archidona, Antequera, Ronda,Marbella, y los comprometidos, seguidos de temerosos e ignorantes, se apresuraron a escapar...

Y Almería sufrió el impacto horrible. Hombres lanzados al asfalto de la carretera, tocados del sombrero pampero, pantalones relamidos, faja de varias vueltas y cuchillo, con feroz bigote —algunos postizos— y barbas, llamándose hijos de Pancho Villa,

(*) «Si vieses mis ojos, cribados de llanto por nuevas penas que me oprimen el corazón...»

según pintarrajeaban los autos «requisados», se enseñorearon de la noble Almería y saquearon sus comercios y asustaron a la población.

Lo mismo hizo el acorazado «Jaime I», llamado el «novio de Málaga»; sus hombres desembarcaban y saqueaban los comercios almerienses como conquistadores del mar, como corsarios de otros tiempos. La voz de «el "Jaime" ha entrado en la bahía» hacía cundir el pánico entre todos, y José Miguel contemplaba con desdén el paso arrogante de aquellos mozos del «Jaime» pisando fuerte por el Paseo de la República.

Sintió su alma entristecida, inmersa en una crisis espiritual que no acertaba a razonar el espectáculo tristísimo de aquella guerra, el éxodo y calvario de familias evacuadas, arrancadas a un ignorado destino, por caminos extraños, sin horizonte... ¿Quién inventaría la máxima de «To er mundo e güeno», en andaluz? ¿No sería más justo decir «To er mundo e malo», todos los hombres son carne de pecado al dejárseles sueltos, en libertad, espoleados por su instinto a separarse de Dios y de lo bueno. El egoísmo de aquellas gentes no podía demostrar otra cosa; vacíos de toda humanidad, ocuparon los coches y los camiones hábiles, dejando a mujeres y niños caminar descalzos por el asfalto caliente, respirando una atmósfera densa; dejando a ancianos caminar doscientos cincuenta kilómetros hasta Almería, llegando mujeres —las que pudieron— con las piernas y pies sangrando, arrastrando vendas llenas de tierra, y sus cabelleras sueltas, sin pudor alguno. Atrás quedaron sus otras compañeras desfallecidas, y ahora —lo más espantoso que viera José Miguel—, algunas madres, cual sacerdotisas de antaño, presentaban a sus hijos muertos, en sus brazos macilentos y sin fuerzas, ante el ídolo de la guerra... ¿En qué pedazo de tierra me dejáis enterrarlo?

José Miguel pensó: «¿Habrían sufrido tanto aquellas gentes de haberse quedado en Málaga?»

Días de verdadera angustia vivió Almería, de nerviosismo y de inquietud que invadieron todos los hogares. Las calles se veían repletas de personas y de animales sucios y hambrientos; por doquiera había rincones de gentes mal cuidadas y harapientas; los hombres conservaban sus fusiles y sus pistolas, y las riñas entre malagueños y almerienses —y entre malagueños mismos— eran frecuentes, interviniendo repetidamente la fuerza pública. Muchas casas fueron asaltadas, rotas sus puertas, por los invasores.

Desde Valencia llegaron ministros del Gobierno para entrevistarse con el gobernador, don Gabriel Morón, quien, ayudado por el Socorro Rojo, procedió a evacuar a los refugiados de Málaga. También vinieron corresponsales de periódicos extranjeros y fotógrafos para hacer película de la gente hambrienta y de las viviendas de saco y madera, improvisadas bajo los puentes, en aquella enorme Rambla y junto a la Estación del ferrocarril, irrumpiendo en vagones que quedaron inuitlizados.

Los amigos se dispersan

—El señor Melbourne tiene que marcharse en seguida, ¿sabes? —dijo apresuradamente Francisco Castillo.

—Pero ¿por qué? —preguntó, sin entender, José Miguel.

—Anoche entraron por el terrado de su casa hombres armados con pistolas y querían matarle —dijo Castillo—. Le robaron cosas y esta mañana ha hablado con el cónsul y me ha contado lo que pasó.

—Esa gentuza no distingue nada —comentó el joven—. Van contra todo lo que huele a religión, a Dios, a bondad. Vamos a la Calle del Pueblo a verle.

En el camino, al pasar delante de la Esquina Redonda, Guillermo el hijo de Manuela, amigo de José Miguel, al verle, salió de la tienda y le dijo:

—Que se vaya ese amigo tuyo también.

—Pero ¿por qué? —preguntó de nuevo José Miguel.

—Le han tomado por un cura vestido de paisano, y he oído que os siguen los pasos, así que ándate con cuidado tú también —explicó Guillermo.

José Miguel quedó pensativo, pero advirtió a Castillo, y pocos días después, en el paquebote francés que vino a recoger a sus compatriotas, salió el bueno de Castillo, sin que nunca más le volviera a ver José Miguel. Lo mismo ocurrió a Melbourne, aunque doce años después recibiera noticias de él, que salió de Almería, obligado por su cónsul, en el destructor americano que recogió a británicos y canadienses también. José Miguel se encontró solo, solo, sin palabras de consuelo espiritual, de esperanza ultraterrena, que le prodigaban aquellos dos amigos.

La guerra civil, aquella creciente llama de odio y de venganza, mostraba la incapacidad natural de hermanos para saber vivir juntos, para comprenderse. El «oír al otro», el negociar con el otro, el tratar de allanar diferencias, no es precisamente la virtud de nuestra tierra (estaba pensando el flamante reportero), más bien nos cabe el raro placer de querer tener siempre la razón individualmente y luchar por ella. Guillermo Castro lo decía:

«Procure siempre acertalla
el honrado y principal,
pero si la acierta mal,
sostenella y no enmendalla.»

¿Qué clase de patriotismo era aquél? ¿No jugaba pasión sobre razón? ¿Cómo lo pintó Madariaga?: «El español siente el patriotismo como el amor, en forma de pasión que absorbe el objeto y lo asimila, lo hace suyo. No pertenece al país; el país le pertenece.»

No, no, pensaba José Miguel, sus compatriotas no habían «sentido» nunca la religión; habían venido haciendo de ella una feria de vanidades, sin cultura ni sapiencia bíblica alguna, y los peldaños de la escala social estaban siempre rotos porque había «desalmados» que pisaban encima de los demás, incluso haciéndoles crujir sus huesos. Ahora el sentir forzado era: «No más servilismo; todos somos iguales.»

"Malaguita"

Sumido en cavilaciones sobre la tristeza que le rodeaba, ausente quizá del ambiente maligno que le invadía, conoció casualmente a un tipo interesante en la esquina del Café Español, frente a la Calle del Mercado, en el céntrico Paseo de la República. De escasa apostura, magro, vivaracho con ojos penetrantes, Paco Montoro, conocido entre los suyos por «Malaguita», había marcado el paso junto al pueblo del éxodo, casi como aquel que salió de Goshen perseguido por las huestes del Faraón.

Vino sin saber por qué, casi arrastrado por los caballos de aquellos émulos de Pancho Villa que «liquidaban» a quienes querían quedarse atrás con el enemigo. Y pasó el camino sufriendo, con un sufrimiento moral que superaba al físico, al contemplar las barbaridades cometidas por sus paisanos en campos y poblados del camino. «Malaguita» había sido empujado como una ola gigantesca mece al corcho en la tempestad.

Allí estaba derecho, con la cabeza alta, escudriñando a la gente. Era con la pintura de Ganivet, ese «espíritu español tosco, informe, al desnudo, que no cubre su desnudez primitiva con artificiosa vestimenta; se cubre con la hoja de parra del senequismo y el traje sudario se le queda adherido para siempre y se muestra en cuanto se ahonda un poco en la superficie o corteza ideal de nuestra nación».

El filósofo andaluz Séneca, al que aludía Ganivet, dijo que el hombre español debía ser portador de una fuerza madre, algo fuerte e indestructible como eje diamantino, que le mantuviera erguido en cualquier circunstancia, adversa o favorable. Y tal vez ése era «Malaguita», en pie, con el pecho desnudo, mostrando sus costillas, maltrecho, pero erguido y dispuesto a vivir.

En la conversación que José Miguel tuvo con él considerando los sufrimientos de la evacuación, el malagueño comentaba una y otra vez: «Pero no ve usted. ¡Por la Virgen Santísima!», y el joven se atrevió a preguntarle si era tan devoto de la Virgen, al repetirlo tanto, y si había ido con frecuencia a la iglesia antes de la hecatombe.

Clavando rápido su agudo mirar en José Miguel, repuso el «Malaguita»:

—Pero, hombre, ¡zi yo no creo en ezas paparruchas!

—Bueno, bueno —insistió el almeriense—, los españoles somos todos católicos, ¿no?

—Güeno, verá usté, yo zoy católico, pero no creo en ná.

Contrasentido religioso

El joven reporter quedó pensativo al oír aquella triste verdad...; verdad que oiría luego, tantísimas veces y en tantísimos lugares, en una y en otra España. La gente se había acostumbrado a pensar que no era posible vivir en España sin ser católico, aunque no hubiera fe en el corazón, aunque se provocase una guerra en nombre de Dios, aunque egoísmos, hipocresía y maldad mostrasen que eso no era ser católico. ¿Por qué los católicos quemaban las iglesias católicas? Pensó José Miguel que el fallo principal residía en haber dado al catolicismo el valor de vínculo racial, de necesidad política. Así Balzac pudo decir: «Políticamente, pertenezco a la religión católica...»; y Barres afirmó, exactamente como «Malaguita»: «*Je suis atheiste, mais je suis catholique*» (soy ateo, pero católico).

Algunos libros de Huysmans expresan la actitud esteticista del catolicismo vulgar, y un autor católico afirma que «tal acontece a muchos artistas, atraídos por la belleza formal de los templos, las imágenes y la liturgia católica».

El drama de los refugiados de guerra

Para José Miguel, los centenares de «Malaguitas» del éxodo de aquellos días —y los que habría de encontrar, andando el tiempo, en tantos lugares— eran precisamente eso: el producto de un catolicismo «español» (la negación de lo universal por lo nacional) que habría de desintegrarse forzosamente en el futuro.

Apiñados en camiones, durmiendo ora acá ora allá, con frío nocturno y hambre, se alejaron de la ciudad centenares de malagueños a instancias de las autoridades. Y entraron en Murcia, y dejaron atrás las bellas y cimbreantes palmeras alicantinas, y bordearon la mar, y Villajoyosa, Benidorm y Altea alegraron el espíritu de aquellos que recordaban su Palo y su Caleta. Ya muy lejos los túneles del Mascarat y el Peñón de Ifach, tuvieron la ciudad del Turia a la vista, pero no pudieron quedar en Valencia; la ciudad estaba tan superpoblada con los refugiados de Madrid y de otros lugares que la mayoría de los malagueños tuvieron que subir y subir a otras regiones para satisfacción de «Malaguita», que se repetía alegremente: «Cuanto má lejo mejó.»

También Sagunto, con su teatro romano y su famoso horno de fundición, Villarreal y Castellón quedaron atrás, y los refugiados penetraron en las tierras catalanas, más sombrías, menos cantarinas, pero más serias, recias y bellas; era algo así como si se entrara en otro país; hasta la gente hablaba extrañamente, se movían con presteza, con diligencia, con nervio... Tortosa, acariciada por las aguas del lejano Ebro; Tarragona, de rancio sabor artístico y de glorias pasadas, de murallas ciclópeas y teatro romano junto al mar, y en seguida la cadena serpenteante de las Costas de Garraf, peligrosas, sobrecogedoras, con el mar callado a la diestra.

La llanura verde, los caseríos y playas sosegantes, arrastraron la mirada hacia la gran Ciudad Condal, hacia esa Barcelona que honra a España en el Mediterráneo.

Los refugiados fueron distribuidos según convenía y recibieron atención inmediata en los primeros días; los aprovechables fueron incluidos en unidades militares, los otros se «abrieron paso» vendiendo cosuchas por las Ramblas, practicaron el «estraperlo», y otros —entre ellos «Malaguita»— se prepararon un cajón de limpiabotas.

Pasó los primeros días con bastantes dificultades el errante malagueño, sintiéndose muy extraño en aquella región totalmente diferente a la suya: diferente en carácter, diferente en costumbres y, sobre todo, diferente en lengua; porque ¿por qué no le hablarían «en cristiano» a él que no «entendía ni gorda»? «¡Qué orgullosos están de su lengua!», se decía, y «¿dónde está la Málaga de mi arma?», porque Paco Montoro se sentía muy triste, muy triste sin ella, en tierra extraña.

La casualidad quiso que un día en la Puerta de la Paz, lugar de reunión de tantos no catalanes, encontrase «Malaguita» a un carabinero conocido; ni sabía que fuera carabinero, pero por la cara lo sacó, tostado por el sol, rostro surcado de arrugas, grandes ojos algo soñolientos, y «a él se fue disparao».

—¿Usté no é el hijo del tio André er del Limoná, el que tenía er puesto de bebía...?

—Sí, hombre, pero Paco e mi arma, ¿qué hase tú aquí y cómo está tan flacucho? ¡Várgame Dió, hombre!

—Calla, criatura —dijo el «Malaguita» abriendo su corazón—; no zabe tú lo que nozotro hemo zufrío en Málaga. ¡Po no é na lo de la caía! —y ya, tuteándole como paisanos, se explayó, narrándole la odisea desde su Málaga hasta Barcelona.

El otro le explicó que prestaba servicio en los barcos del muelle y, señalándole con el brazo la parte baja de Montjuich, sugirió que pasase por allí por las tardes para charlar un rato en el puesto de vigilancia, pues el refugiado aseguró que no había

visto a ninguno de la familia del carabinero en todo el trayecto después de la «espantá».

«Malaguita» se encontraba muy a gusto en los ratos que pasaba con su paisano, comentando las cosas de la guerra y los cambios que se habían registrado en Málaga desde que el carabinero salió de allá, antes de la guerra. Tabaco no les faltaba a ninguno de los dos porque el carabinero lo conseguía de los barcos extranjeros amarrados al puerto, y en aquellos días de escasez y racionamiento el fumar era un tremendo aliciente.

Los días pasaron y también los meses. Barcelona había ido acostumbrándose a la guerra, pero ésta se prolongaba y lo que parecía cuestión de semanas se convertía en años. ¿No tendría límite la resistencia del pueblo?

De pronto, otro algo inesperado, un nuevo éxodo, esta vez forzosamente hacia Francia, porque el sur estaba cortado. El carabinero se lo había advertido confidencialmente. Millares de españoles —gran parte de ellos militares—, ante la amenaza de la toma de Barcelona, ascendieron por la costa hacia la frontera y, de repente, desbordándola en varios puntos, inundaron el sur del país vecino, Francia.

Así fue como «Malaguita» se encontró nuevamente en carretera, esta vez con un amigo y paisano carabinero, sin tanto sufrimiento ni tanta mortandad, pero lanzado a un país extranjero, más extraño todavía...

IV

RENATO

(paréntesis en la historia)

«Mais quoi qu'on fasse
Propos, conseil, enseignement,
Rien ne change un temperament.»

LA FONTAINE (*)

Corría el mes de enero de 1909 y corría también un airecillo fresco que inutilizaba las narices y entumecía los miembros. Madrid estaba acostumbrado a ello, pero aquel invierno era muy crudo, y aunque las calles no se habían vestido de nieve aquella mañana, el Guadarrama se complacía en mandar hielo invisible que amedrentaba a los habitantes de la castiza ciudad, de aquel «pueblo de Madrid», y les hacía recogerse en lugares más cálidos y confortables, inapetentes a la acción cotidiana.

Desde la Plaza de Antón Martín se veían las solitarias calles de Atocha, Moratín y Magdalena, con algún tranvía que chirriaba, también quejándose de la temperatura; pero allí mismo, en hora temprana, frente a la Farmacia del Globo, casi encima del histórico Café de Zaragoza, un tozudo vasco se empeñaba en salir a este mundo de imperfección y de fatigas, de necesidades y de... frío.

Diferentes rostros se acercaron a Renato cuando nació, y luego de limpio y uniformado, se encontró

(*) Nada vale, ni propósito, ni consejo, ni enseñanza, el temperamento no se cambia.

en brazos de su madre, caliente bajo las sábanas, en medio absolutamente desconocido para él.

En la salud de hierro de Renato no cabían posibilidades de enfermedades infantiles y así fue creciendo y creciendo, fuerte y saludable. No tardó en aprender a caminar y pronto se encaramó por el balcón para ver aquellas letras grandotas del Monumental y aquellos gusanos amarillos, los tranvías, comunicados por sus antenas a los cables eléctricos de Atocha, por la que subían penosamente. Desde el balcón se acostumbró a oír el ruido de las bocinas de los autos, las voces de los vendedores de periódicos o de lotería y asimilaba con rapidez aquella escena social de una civilización aún sin desarrollo.

No le faltaron instructores cuando empezó a hablar, pues siendo el menor, sus hermanos y hermanas le sirvieron de tutores involuntarios hasta llegar a la escuela, sin gran asiduidad, a la usanza de la época y del barrio. Pero, por desgracia, no prolongaría gran cosa sus estudios, porque la muerte del padre obligó precipitadamente a la familia a una búsqueda de ingresos.

Amigo de la familia, el señor Martínez, hombre de edad avanzada, cheposo, con lentes resbaladizos sobre la nariz ganchuda, poseía una triste y no limpia imprenta cerca de allí, en la Calle del Rosario, en el mismo barrio de Lavapiés, que dedicaba a la tirada diaria de carteles y programas de cine. La misión de Renato consistiría en buscar de los empresarios cada día los borradores y llevarles luego los paquetes de programas impresos; fue así como sacaba unas pesetillas que, con las propinas de la semana, le permitían también comprar unos cigarrillos para imitar a las pandillas del barrio. Lo más interesante, sin embargo, era que, por aquella circunstancia, tenía entrada libre en los cines y todos los empleados le conocían.

El fornido Renato, a los dieciséis años, harto de ver centenares de películas y de leer literatura barata, folletinesca, se compuso su particular filosofía

de la vida y sintió un acuciante deseo de viajar y de ver mundo, de salir de aquel Madrid sin mar, para otear horizontes amplios. Consideraba al mar como una puerta abierta a «otros mundos» y, empeñado en pasar por ella, fraguó un plan.

La fuga de Renato

Cierta mañana, cuando los hermanos se desayunaban para ir al trabajo, echaron de menos a Renato; le buscaron en su cuarto y no le hallaron, pero sí encontraron un sobrecito que rezaba así: «A mi madre y hermanos», y, toda alarmada, Carmen desgarró el sobre, mientras el hermano mayor comentaba:

—Ya os decía yo que este chaval, siempre tarde, con esos del Lavapiés y, a veces, en el Café Zaragoza...

—Sí, estaba muy descuidado —terció otra hermana—. Con eso de ir al cine y venir tarde...

«Querida madre y hermanos —rezaba la carta—: *No os alarméis ni empecéis a lloriquear; no sólo de materia vivimos los hombres, y los espíritus que llevamos por dentro se duelen de una vida de rutina, sin aliciente. He decidido cambiar de aires y voy a vivir una película de verdad, la película de mi vida, que no es de celuloide. En otras palabras, me voy al mar, sí, a un puerto donde hay barcos de todos los países, de todos los rumbos ; me voy a Bilbao, con la tía, sí, pero a trabajar y a ganar dinero; ya os mandaré , y sabéis que soy fuerte y cuando vuelva a veros no me conoceréis...»*

—No digas más —interrumpió la madre—. Ahora mismo, tú, Juan, vete a Telégrafos y pon un telegrama a la tía Celeste, que busque al niño en seguida.

Efectivamente, en mañana calurosa llega Renato

a Bilbao, contempla la densa capa de humo que vomitan las fábricas y está seguro de que allí se abriría paso por la vida, algo distinto de lo de Madrid.

Doblando Cosme de Echevarrieta llegó a casa de su tía. Aunque le esperaba, por causa del telegrama, aquélla se sobresaltó al verlo tan hombrón, lo que no evitó los primeros momentos de discusión y reprimenda. El mozalbete, decidido y aventurero, se enfrentaba con la tía cincuentona, severa y llena de prejuicios.

—Tú no has recibido en Madrid ninguna educación religiosa y es lo que te falta —dijo la tía llegando en su mente a una conclusión.

—No sé lo que tiene que ver eso con mis deseos de trabajar y hacerme hombre —replicó el muchacho.

—Nada, nada, Renato, la religión es un freno para las malas ideas y los malos impulsos. Te meteré en los jesuitas —decidió, acordándose del padre Altolaguirre. A él se fue con el problema.

Un "negligens" religioso

La tía escribió a Madrid explicando que «el niño» estaba ya en buenas manos y que en una temporada estaría moldeado.

Fue Ortega y Gasset quien dijo que entre los españoles, pudiéndose pecar en religión por carta de más o carta de menos, se daba con frecuencia el caso *negligens*, o negligente, que no se cuidaba o se despreocupaba de los dioses, y el joven que el padre Altolaguirre estaba contemplando en su despacho, tratando de colarse en su alma, era uno de tantos *negligens* que no se preocupaban por la existencia de seres divinos. Consideró, por tanto, su primera tarea sacar alguna fe del pozo del alma de Renato, pero aquello fue arduo.

—Yo no entiendo, padre. Si nos morimos y ya no nos vemos más, ¿dónde está la otra vida? ¿Dónde puede haber Dios? Y si tú buscas la felicidad, ¿qué?

—Ah, pero te equivocas, hijito. Claro que hay otra vida y tú puedes llegar a alcanzarla —replicó el jesuita con unción.

—Pero si la hay, ¿cómo puedo yo creer en ella?

—Aceptando lo que manda la Santa Iglesia, que es la depositaria de la verdad...

—Si esa vida es mejor que ésta, pues explíqueme qué camino tomo y cómo voy —contestaba, incrédulo, Renato.

—Mira, sólo podemos encontrarla por la fe, pero la fe es algo que no es fácil de razonar. Si tú esperas encontrar eso por los sentidos, por los ojos, por el tacto, te equivocas. La Iglesia tiene sus buenos doctores que nos dirigen y ellos nos llevan por buen camino. Llévate este librito, léelo esta noche y mañana volveremos a hablar —concluyó el padre Altolaguirre.

Para cumplir, Renato leyó aquella noche el folletito preparado por la Acción Católica, pero su alma se quedó tan insatisfecha como antes. Se encontraba ante el espejo como el carbonero de Unamuno y se resistía a tener «la fe del carbonero». No se dejaba aprisionar por aquel círculo vicioso de «¿Qué es lo que crees? Yo creo lo que cree la Iglesia. ¿Y qué cree la Iglesia? La Iglesia cree lo que creo yo».

El joven se debatía dentro de su propia ignorancia y pensaba si sería, quizás, un hereje; y, después de todo, ¿qué cosa era ser hereje? Porque ni el padre Altolaguirre ni el folletito le habían convencido de nada.

Razón tenía Unamuno al escribir: «Se ha oído aquí en nuestra España que ser liberal, esto es, hereje, es peor que ser asesino, ladrón o adúltero. El pecado más grave es no obedecer a la Iglesia, cuya infalibilidad nos defiende de la razón.» Por ello, el filósofo vasco, quizá con el mismo talante que Renato, también vasco, escribiendo a un amigo de América, tuvo que decir: «... los pueblos de origen español, triste es decirlo, necesitan que se les recristianice, que se les saque a flor del alma el Cristia-

nismo que tienen en las entrañas de ésta, ahogado bajo inmensa pesadumbre de sentimientos, ideas y prácticas paganas. Hay que combatir eso que se llama la fe del carbonero y enseñar a las gentes a que se formen por sí mismas sus propios ideales, leyendo directamente el Evangelio...»; y eso era lo que Renato no había visto en su vida, el Evangelio en castellano, ni en vascuence. La figura señera del Jesús de los Evangelios no le había hablado todavía.

En su lugar, aquel padre jesuita le presentaba a la virgen, hermosa y enjoyada, pidiéndole que se amparase bajo su manto para que le protegiera y le guiase en el camino al cielo; Renato tampoco podía entender por qué y se atrevió a preguntar al anciano Altolaguirre:

—Pero, padre, ¿no son los hombres los que hacen las valentías, los que inician las grandes empresas? La lucha y la victoria es para nosotros, los hombres; mire a las mujeres, mire a mi tía, su misión es otra. ¿Qué tiene que ver una mujer con eso de vencer al diablo y de abrir las puertas de los cielos?

—Carísimo Renato —replicaba bondadoso el sacerdote—, ¿no comprendes que María es la madre de Dios y que ella te conduce a El porque es la mediadora?

—No lo entiendo bien, padre Altolaguirre, porque usted dijo antes que Cristo murió en la cruz por nosotros, para hacernos buenos y quitarnos los pecados. ¿Por qué no nos entendemos con él directamente? Usted dijo que Cristo bajó al mundo y que todos los hombres le buscaban y le presentaban sus desgracias y sus problemas; hasta los pescadores dejaron en la playa sus barcas para viajar con él. ¿No dijo usted eso?

Renato, por ser un *negligens*, no acaba, en su sinceridad, de comprender toda aquella exposición del viejo religioso sobre la Concepción Inmaculada y pensaba que todo ese dogma, simbolizado e idealizado en las vírgenes, como la de Murillo, famosísima según el padre Altolaguirre, parecía, por lo popular y vulgar, algo de paganismo alimentado por el pueblo «conformista».

Un amigo liberalote vino a estropear la cosa aún más.

—Mira, aquí en Bilbao, los curas están mezclados en el aire que respiramos. A veces no se les ve, pero están ahí; son un ejército en campaña, casi hay más que en tiempos de Felipe II, cuando la cuarta parte de la población era clero...

Aquellas ideas dificultaban la relación de Renato con el paciente padre Altolaguirre, que llegó a franquearse en extremo diciendo:

—Mira, yo he pasado por tu edad y he tenido también mis debilidades y mis dudas; me he querido rebelar, con mi razón y con mis ideas, pero aquello no era sino mi propia perdición. Tenía que aceptar una disciplina, someterme ciegamente para poder vivir la vida santa y para ir por el camino del cielo; así acepté el mandato de San Ignacio. Yo no te pido a ti que lo aceptes en la forma que nosotros lo hemos hecho, pero, al menos, ríndete y acepta nuestra fe. San Ignacio de Loyola nos dijo: «Seamos como un cadáver, que de sí mismo es incapaz de movimiento, o como el bordón de un ciego.» En otras palabras, hemos de tener una lealtad ciega, única manera de triunfar y estar seguros. Cree, Renato, cree ciegamente en la Iglesia, en sus enseñanzas y no te arrepentirás. Olvida tus ideas y sométete.

Habiendo dicho humildemente que lo pensaría, el joven salió preocupado; le conmovió aquella confianza del jesuita y la sinceridad que parecía brotar en aquella alma vestida de hábito confesional. Sin embargo, un cierto e inexplicable recelo interior le impedía aceptar aquello así tan fácilmente, y, desde luego, se negaba a ser sujetado aunque su tía se enfadara.

Y la mujer, convencida de que no había manera de «amarrar al pájaro», le dejó por el momento, permitiéndole buscar trabajo y comprarse ropa antes de volver a casa disciplinado.

Fue en la calle Henao, a unos diez minutos a pie desde su casa, en la delegación de la casa Nestlé, donde encontró un trabajillo, pero no tardó mucho, con otros amigos, en colarse por los vericuetos de la ría, por Santurce, Sestao, Portugalete, Algorta, Baracaldo, donde barcos y marineros, que hablaban de países y puertos lejanos, le atraían irresistiblemente para cumplir su primer propósito de lanzarse a la mar.

La ocasión se presentó no muy tarde. Josechu le dijo un día que el «Mar Báltico» iba a zarpar para Inglaterra y necesitaba un fogonero y un marinero.

—Para fogonero tú servir no puedes —opinó Josechu—. Para marinero, el capitán si querer puede.

—¿Dónde está el barco? —preguntó con ansiedad Renato.

—Del giratorio para abajo, en el muelle de Ripa está —puntualizó Josechu.

Viéndole alto y fornido, el capitán aceptó de buena gana al muchacho y por primera vez Renato comió rancho abundante y respiró el aire yodado del mar. Pensaba que sus pulmones se le hinchaban ya en alta mar y que la palabra «libertad» rebotaba por encima de las olas que partía la proa del barco, produciendo un adormecedor mullido nuevo para él.

Antiguos marineros de la tripulación, conocedores de puertos ingleses y de los vericuetos sordos de aquellos sectores, iniciaron a Renato en el conocimiento de aquellas primeras cosas y de aquellos lugares bullangueros donde mujeres resobadas le enseñaron las primeras y peores palabras de la lengua inglesa. Pronto fue un marinero más.

Al correr de los meses, el joven español se enroló en distintos barcos. En un puerto dejaba uno y tomaba otro; la cosa no era tan difícil y precisamente eso era lo que él buscaba: mundo y libertad. Con su *bladdy English* se abrió paso por Estocolmo, Hamburgo, Bremen, Burdeos; luego en Orán, Nápoles, Port-Said, etc. Y al cabo de seis años volvió Renato

a Bilbao a bordo de un carguero holandés. La tía le reconoció sin dificultad, le abrazó, realmente alegre entre lágrimas, y le dijo que estaba más guapo, más fuerte y «hecho todo un hombre».

Ilusionado, tomó el tren para Madrid, donde sus familiares le recibieron con enorme alegría, repasando una y otra vez las cosas y noticias que les había comunicado por carta desde tantos puertos extranjeros. Pero, tras unas semanas de descanso, dijo que le faltaba el aire del mar, que le atraían la mar calma y las olas tempestuosas, el aire yodado y las bellas puestas de sol sobre el agua, y el alba misteriosa, donde el alma se recoge para contemplar algo superior, algo que los hombres no podían hacer, aquellas escenas que presentían la realidad de un Dios que controlaba la Naturaleza.

Al llegar de nuevo a Bilbao, con su buen historial marinero, se enroló inmediatamente en el «Andutz-Mendi», que salía seguidamente para Inglaterra, y en él Renato habría de experimentar sensaciones inesperadas, cosas inimaginadas, porque a la vuelta, ignorante de su futuro, el capitán puso rumbo a Valencia para recoger un cargamento de frutas. Atracado al puerto español, antes de cargar, la tripulación se enteró de que España se había puesto en pie de guerra, y Valencia, como otras ciudades, tras las primeras horas de indecisión, comenzó a sufrir las consecuencias de aquella guerra que no se esperaba.

El número de presos políticos fue enorme en la ciudad del Turia, y el «Andutz-Mendi» fue también elegido como prisión flotante, viendo Renato, cual pesadilla terrible, las escenas horribles y criminales de aquellos días.

Las conversaciones que sostenían los presos entre sí, los lamentos y angustias, le llegaban a Renato de vez en cuando desde la bodega y su alma se sentía herida por tanto dolor e injusticia. ¿Qué pensaría el padre Altolaguirre de todo aquello? Los que mataban y asesinaban sin escrúpulos antes habían

ido a la misa, antes habían besado las imágenes que paseaban por las calles de Valencia.

Luciano, aquel típico vasco que no abandonaba en ningún momento su boina ni su faja azul, con esa entereza y bondad hija de Euzkadi, expresaba con frecuencia lo anormal e irrazonable de aquel estado de cosas:

—¿Para qué dar esto carnet y por qué subir sueldo a doble y trabajar menos? —preguntaba—. ¿Qué esos desgraciados hacer para aquí en bodega presos estar? ¿Por qué matar?

¡Pobre Luciano! ¡Cuántas veces tuvo que baldear la cubierta para hacer desaparecer las manchas de sangre!

—Luciano a loquería ir de ver estas horribles matansas... —murmuraba entristecido.

Y Renato, alegando enfermedad, llevando su corazón encogido, abandonó su puesto en el barco para solicitar una vacante en el «Mar Blanco» que iba a zarpar pronto.

Nadie sabía el rumbo de la embarcación, pero se escogían marineros experimentados; con gran reserva, el buque salió del puerto y, ya lejos, en alta mar, con la algarabía de algunos y con la desconfianza o indiferencia de los más, se supo que navegaban rumbo a Rusia...

Doce días más tarde, en el horizonte apareció tierra rusa. Odesa, en el borde inferior de Ucrania, lamida suavemente por el Mar Negro, recibió a los españoles, que se alinearon junto a otros buques donde también había españoles esperando, semana tras semana, la orden de partida...

V

PARTIDA DE JOSE MIGUEL

«Caerán a tu lado mil
Y diez mil a tu diestra,
Mas a ti no llegará.»

Salmo 91, v. 7

La rebelión de las marinerías contra sus oficiales, en los primeros momentos de la guerra, proporcionó al Gobierno de Madrid el control de la mayoría de los buques de guerra españoles. El triunfo del alzamiento militar en El Ferrol y la decisión de algunos oficiales aseguró para las fuerzas nacionales importantes unidades navales que constituyeron una Escuadra; tanto en un bando como en otro tuvieron que improvisarse barcos de guerra poniendo armas a los mercantes.

El dominio de las aguas del estrecho de Gibraltar, enlace importantísimo de las fuerzas marroquíes con las peninsulares y, además, llave de comunicación del Atlántico con el Mediterráneo, enfrentó por primera vez a las dos flotas. Más tarde la lucha se extendería por el entorno de una España que está abocada al mar por sus cuatro costados.

El crucero «Almirante Cervera» fue entregado a la Marina el día 15 de septiembre de 1928, efectuando su primera salida a la mar en viaje de El Ferrol a Almería en octubre del mismo año, al mando de don Angel Ruiz de Rebolledo. En casi todas sus salidas parte y rinde viaje al puerto gallego, y precisamente se hallaba allí, en El Ferrol, con 350 hombres de su dotación a bordo, el 18 de julio de 1936. Reparaba su sistema de válvulas en dique seco, y

la marinería, al producirse el alzamiento militar, se apoderó del buque. El entonces capitán de fragata don Salvador Moreno llevó a cabo la delicada misión de reducir a la tripulación del «Almirante Cervera».

Finalizada su campaña de bombardeo de posiciones rojas en Gijón (por lo que se le llamó «El chulo del Cantábrico»), el «Almirante Cervera» pone rumbo al Mediterráneo, acompañado del crucero «Canarias», y al paso del Estrecho avería al «Gravina», que tiene que buscar refugio en Casablanca. El «Canarias» establece su base, en febrero de 1937, en Palma de Mallorca.

El Mediterráneo iba a ser teatro de operaciones, de protección y ataque de convoyes y mercantes, desde las bases de Palma y de Cartagena, y tres días después de ser incorporado a las fuerzas de esta última ciudad, José Miguel es destinado al cuerpo de Infantería de Marina, el 2 de agosto de 1937.

Se encontró en el Cuartel del Puerto de Mazarrón, finca grande con arboleda, requisada, con dominio al mar, a la playa pequeña, pero agradable, del puerto minero de aquella provincia de Murcia. Ni que decir tiene que oficiales y soldados invadían aquel rincón del mar precisamente en aquella época de agosto, mes punta en calor de nuestra Península.

Era Cartagena una de las dos plazas militarmente más importantes del Gobierno de la República, durante la guerra, quedando la otra, Mahón, allá en Menorca, un poco más apagada por su proximidad a Mallorca, que fue territorio nacional desde el principio.

Se decía que los mejores emplazamientos de baterías de costa estaban en Cartagena, y que los modernísimos sistemas rusos eran probados allí. También fueron llevados a un emplazamiento de la costa los cañones del «Jaime I», aquel famoso «novio de Málaga» que en noviembre de 1936 averió gravemente al cañonero «Dato» en aguas del Estrecho, obligándole a entrar en Cádiz. Y los cañones del «Jaime» fueron desguazados por aquella famosa explosión nocturna dentro del puerto que levantó a José Miguel de la cama como a toda la población. Sabotaje o no, la cosa es que el «Jaime» quedó inutilizado dentro del mismo puerto.

El jefe de la Base naval dominaba todo el territorio comprendido en la demarcación señalada más allá de Mazarrón, el sur de Lorca y Totana y la línea del río Segura; por el otro lado encerraba los pueblos de Torrevieja, Guardamar y otros de la provincia de Alicante.

Don Diego Baeza Soto, capitán de Infantería de Marina, fue ascendido a coronel del Regimiento Naval número 1, contando a José Miguel entre los veinte mil hombres que mandaba; pero el joven almeriense no le iba a ser de gran ayuda.

Los veinte días justos que pasó José Miguel en Mazarrón fueron deprimentes para su alma, pues sentía repugnancia a la guerra, a la violencia, a la «fuerza». La visión de aquellos hombres, tirados por los jardines, sin afeitar y sin lavar, con un plato de metal y una cuchara, comiendo de mala manera y engullendo la comida con un murmullo de hablar sordo y maldiciente, aquella pasta roja, sin duda peor que la que hizo perder su primogenitura a Esaú, le quitaban el apetito y apenas si podía tomar bocado.

Su consuelo era bajar a la playa, y allí, sobre la arena, como si no existiera nadie a su alrededor, se preguntaba cuánto tiempo permanecería así preso, cuánto duraría aquella guerra y, sobre todo, adónde le mandarían desde allí, porque él no había aprendido la instrucción ni a manejar ningún arma de fuego. Nunca había pasado por cuartel alguno y su experiencia de ahora no era válida para la guerra, era totalmente negativa.

Filosofando ante la tragedia

Con la cabeza pegada a la arena pensaba en la filosofía de Ortega referida a sí misma. «Si "yo soy

yo y mi circunstancia", ¿no habrá manera de deslindar la circunstancia, ese estar en torno, de mi yoidad como hombre, como ente psíquico y espiritual? La vida psíquica es, por fuerza, una abstracción, el elemento más real de la vida auténtica, y la circunstancia, el estar en torno, aunque inseparable del simple yo, no debe cambiar mi yo mismo. Me han hecho soldado, pero yo quiero seguir siendo mi yo, que es distinto a mi vida existencial.»

«Realmente —se preguntaba el joven—, ¿cómo estoy yo referido a los sucesos de esta vida?»; y pensaba en lo que Unamuno dijera en su *Del sentimiento trágico de la vida.*

«¿Por qué quiero saber de dónde vengo y adónde voy, de dónde viene y adónde va lo que me rodea y qué significa todo esto? Porque no quiero morirme del todo y quiero saber si he de morirme o no definitivamente. Y si no muero, ¿qué sería de mí?, y, si muerto, ya nada tiene sentido.»

Para José Miguel, como para Unamuno, el problema de la inmortalidad era el principio real, el punto de partida sensato de toda filosofía. Dios da la vida y el hombre la quita. Dios existe siempre y el hombre, el hombre de aquellos momentos, estaba destinado a caer y desaparecer en una trinchera. El disparo perdido podría venir de un amigo, incluso de un conocido que hubiera deseado escamotearle la muerte, pero no... la circunstancia que rodeaba a José Miguel, adormilado en la arena de la playa; era la guerra, y la guerra significaba muerte, eliminación de la vida.

Amigos de guerra

Luis García Campillo, de espíritu noble, pequeño de estatura, dinámico y siempre sonriente, fue muy buen amigo de José Miguel. Tampoco se había «metido en nada», le habían movilizado y allí estaba; la suerte era que su casa se encontraba a dos pasos, en el mismo Mazarrón. Luis había estado trabajando en Madrid y tenía una regular experiencia de la capital. Excelente mecanógrafo, redactor de documentos en la Notaría, sobresalía en cultura y «letra» entre la mayoría de los analfabetos que allí había y por ello José Miguel encontró «alguien con quien hablar».

Para contrarrestar el tedio y su desasosiego, José Miguel había puesto sus ojos en aquella chica rubia, sumamente recatada y silenciosa, que apenas si abría su casa, una de las principales de la Avenida del Puerto.

—Has ido a dar a mal sitio, Pepe —le dijo amistosamente Luis—. Esa es una de las chicas más ricas del pueblo; su padre es dueño de varias minas y es hombre influyente.

—Pero ella no me rechaza, y es más, me está esperando ahora.

—Tú verás, hijo. Yo no digo más, pero aquí somos simples soldados...

Efectivamente, tan pronto como la familia sospechó algo ejerció una estrecha vigilancia sobre la chica, quien para poder ver a José Miguel salía por una puerta trasera que daba a una estrecha callejuela.

Atemorizada, Ana María confesó que sus padres le habían amenazado, que ellos eran muy católicos y que pensaban que todos los soldados rojos eran impíos, que estaban condenados. Añadió que no sabían nada de su director espiritual de Cartagena, desde que comenzó la guerra, y que ellos, casi en secreto, se reunían, con puertas cerradas y luz apagada, para rezar el rosario.

—¿Y tú no crees, Ana María, que Dios es más grande que todo eso? Desde allá arriba, en los cielos, ¡cuán pequeño debe ser esta playita, y tú, y yo, y tu padre, y tu familia! Ni se verán las cuentas del rosario, y menos si lo hacéis a oscuras... —añadió riendo el joven.

—Sí, pero si no hacemos eso, no estaremos en gracia y la virgen no nos ayudará. Además, si no

lo hiciéramos, mi madre se moriría de pena. ¿Quién le va a quitar su rosario?

—Comprendo que si tu madre se va a morir sin su rosario, hacéis bien en seguir mientras no os encontréis con alguno de esos fanáticos ignorantes, pero tú, que eres joven, tú que eres de otra generación, ¿no comprendes que ese Dios que todos los hombres buscan es más grande que las cuatro paredes de tu casa y no le podéis encerrar ahí ni aprisionarle en un rosario? Dios no se ocupa sólo de vosotras, ni su amor es exclusivo para vosotras; mira, esos hombres que hay en la playa no son rojos todos, ni están todos condenados; algunos tienen una idea de Dios extraña, pero no son culpables de su incultura ni de sus malos modales, ni siquiera, en algunos casos, de su lenguaje. Esa es, como diría Ortega y Gasset, la «circunstancia» que les rodea, pero Dios conoce sus espíritus.

—Pero van en contra de la Iglesia y han matado a los curas —dijo en voz baja Ana María, abriendo sus hermosos ojos negros.

—No todos; quizá lo haya hecho alguno, aquí hay gente de todas clases. Yo no he matado a ningún cura, ni he pegado fuego a ninguna iglesia, ni me peleo con nadie. Yo no quiero la guerra, ni sé manejar un fusil. Si me preguntas, no sé por qué hay guerra; pero aquí me tienes de soldado con un traje...

Sobresalto providencial

De repente se oyó una voz atronadora que arrancó de José Miguel a la chica. Ana María salió despavorida hacia el interior de la casa, cerrando rápidamente la puerta y dejando al joven sin terminar su frase. Se alejó también de prisa para evitar complicaciones y fue a buscar a su amigo Luis.

—Hay malas noticias —dijo éste a José Miguel—. Dicen que por Teruel la cosa anda muy mal y la moral de las tropas ha bajado mucho. Hoy tenemos

la visita de un comisario político y tenemos que estar todos arriba a las doce.

Efectivamente, bajo un sol abrasador que apenas si calmaba la brisa que se movía entre los árboles de la explanada de la finca, los soldados tuvieron que escuchar una arenga de aquel hombre delicado, con gafas y de voz suave, a quien la gorra militar no le iba muy bien. De modo extraño, sus palabras no eran furibundas, ni siquiera «guerreras». Su tono era incomprensiblemente conciliador, hablando de patria y de acabar pronto aquel sufrimiento de los hogares españoles, de poner pronto fin a una guerra fratricida, pero los soldados apenas si entendían aquellas refinadas y literarias palabras.

Cuando Luis García vio de cerca al comisario, dijo a José Miguel que le conocía bien, que era diputado socialista, abogado, que visitaba de vez en cuando la Notaría en que él trabajaba.

—Además, es paisano tuyo —añadió Luis.

—Pues yo no le he visto nunca por Almería —confesó José Miguel.

—Claro, es que vive en Madrid casi siempre y cuando va a Almería se reúne con los suyos en Rioja.

—Oye, Luis —se atrevió a decir el joven almeriense—, ¿por qué no le dices a don Gabriel que vea de «enchufarnos» en algún sitio mejor. Esto me da náuseas.

El bueno de Luis no lo pensó dos veces y buscó una oportunidad, cuando el comisario se mezclaba entre los soldados, para hablar con él. Se dio a conocer, y como el notario de Madrid era amigo del comisario y sabía que Luis era excelente oficinista, le prometió que le mandaría a unas oficinas en Cartagena, pues se necesitaban personas inteligentes en la retaguardia.

—¿Usted es de Almería? —preguntó el comisario a José Miguel, una vez que Luis hizo la presentación de su amigo.

—Sí, señor. Allí hice el bachillerato y luego me

dediqué a escribir articulillos en el *Diario* —replicó el joven.

—Este sabe francés e inglés muy bien —terció Luis con su buena intención.

—¡Ah! ¿Usted sabe idiomas? —preguntó muy interesado don Gabriel.

—Sí, señor —confesó el aludido.

—Eso es muy interesante, sobre todo en la Base —dijo el diputado, sin añadir más, pero apuntó el nombre de los dos amigos en su libreta.

El cuerpo de Comisarios Políticos tenía su jefe principal en el de la Base, de quien dependían el de la Flota, el del Arsenal, el del Regimiento naval y otros, habiendo entre ellos tres diputados a Cortes, pero ni Luis ni José Miguel parecían conocer su funcionamiento.

—¿Qué es eso de comisario político? —preguntó José Miguel a su amigo cuando se separaron de don Gabriel.

—Pues, chico, no lo sé exactamente. Creo que tiene que ver con el mantenimiento de la moral de las tropas y los ideales de la República...

Muy pronto habría de enterarse de muchas cosas el chico de Mazarrón, pues dos o tres días más tarde recibió la orden de presentarse en los Juzgados de Cartagena para prestar servicio como amanuense, dando con ello gran alegría a sus padres por tenerle cerca de casa y no en un frente de combate.

Quedó, por tanto, José Miguel solo, sin ningún otro amigo con quien hablar inteligentemente, y se consolaba únicamente con los ratos que podía descansar en la playa y con los furtivas conversaciones con Ana María, cuya casa estaba tan cerca de la orilla del mar.

Una mañana del cálido agosto, cuando el joven se encontraba medio adormilado sobre la arena, oyó lo que le pareció un clarín distante e insistente, pero pensó, en su aturdimiento, que sería un ensueño. Sin embargo, otro soldado que merodeaba por allí le dio con el pie para despertarle y entonces oyó

claramente. Las cornetas del Batallón tocaban rabiosamente alarma y soldados y oficiales corrían, casi sin vestir, desde la playa al cuartel.

José Miguel encontró a la tropa alineada y los que iban llegando se unían a sus compañeros en sus respectivos lugares. Los oficiales ya estaban pasando revista y los carros estaban dispuestos, incluso el personal de cocina, con todos los utensilios, prestos a partir. Se levantaba el campo para ir urgentemente, con otras fuerzas de Cartagena, hasta Teruel para tapar brechas, allí donde tantos habían caído y estaban cayendo...

Aquel fue un susto morrocotudo para José Miguel, quien pensó inmediatamente que ya le había llegado la hora dolorosa de ir a un frente. ¿Y qué haría él, sin haber manejado nunca un fusil? Otros también como él, asustados, no querían ir al frente y los rostros compungidos y maltrechos presentaban, juntamente con los uniformes abrochados a toda prisa, un espectáculo, si no cómico, enternecedor.

«¡Qué suerte la de Luis, en la retaguardia, de escribiente!», pensó José Miguel mientras los camiones, abriendo sus puertas traseras, recogían en su seno a los soldados que iban siendo nombrados por lista y subían poco a poco, sin gana, obedeciendo las voces de los oficiales. En poco tiempo dos, tres, cuatro camiones llenos de soldados descendían entre los árboles por el camino que conducía a Mazarrón.

Quedaban ya pocos soldados, haciendo un par de hileras, con José Miguel, y la boca del camión esperaba... De pronto, un ordenanza se acercó a prisa y dio un papel al oficial último, quien después de leerlo pronunció en alta voz el nombre y los dos apellidos de José Miguel.

El joven se presentó al oficial y aquél le mandó ponerse junto a un árbol, en tanto que los otros soldados subían por la escala hasta el fondo del camión; pronto quedaron dos o tres personas con el oficial y el camión desaparecía para unirse a los otros que marchaban hacia el frente...

Mirándole a los ojos, el oficial dijo a José Miguel:

—Tengo aquí un oficio pidiéndole a usted de intérprete para el servicio de la Base de Cartagena. Preséntese en la Compañía de Destinos del Regimiento.

La alegría del chico almeriense no tenía límites, el peso que le abrumaba se le aligeró poco a poco y sus pensamientos se normalizaron. Pensó que vería pronto a su amigo Luis García y que podría encontrar con quien comunicar espiritualmente. Fue el 22 de agosto de 1937 cuando se presentó en Cartagena, en el cuartel, para desempeñar su nuevo cometido que le permitía tener mucho tiempo libre, por cuanto su destino era más bien de previsión.

—Tengo un jefe muy bueno —explicó Luis cuando José Miguel fue a visitarle—. Figúrate que, cuando oye a cualquiera blasfemar, sale al pasillo inmediatamente a reprenderle (1).

—Debe ser muy católico ese hombre —opinó José Miguel—. Nadie se atreve hoy a...

—¡Quiá! —interrumpió Luis—. Los católicos, aquí, si hay alguno, no se inmutan. Despistan o les importa poco. Ninguno dice que cree en nada, pero este hombre dice abiertamente que es cristiano, que es evangélico o eso que llaman por ahí «protestante», ¿sabes?; se llama don Carlos Coll y es comandante de Infantería de Marina y juez de Causas de la Base.

—¿Y qué trabajo tenéis por aquí? —interrogó el amigo de Luis.

—Pues ya puedes figurarte. Todos los jaleos con los marinos y con sus problemas, tanto dentro de la Base y sus relaciones con la disciplina, como fuera en sus relaciones con el pueblo. Además, hay muchos casos tristes, gente que acude a don Carlos porque saben que es bueno. Anteayer se presentó una pobre mujer llorando porque su yerno murió en el bombardeo y su hija quedó con tres pequeñines. Don Carlos trataba de consolarla, pero ella sollozaba diciendo: «No hay Dios, no hay Dios», cosa que está de moda ahora...

(1) Histórico. El coronel Carlos Coll fue por muchos años uno de los más fieles ancianos de la Asamblea de los «Hermanos» en Cartagena.

—Y ¿qué hizo entonces ese señor tan bondadoso? —se apresuró a inquirir José Miguel.

—¡Toma!, pues con toda paciencia se sentó a su lado, le leyó unas palabras de ese libro de la Biblia que siempre lleva en el bolsillo, sacó un ejemplar del Nuevo Testamento que tenía en el cajón y se le entregó con algún dinero para ayudarla...

—Ese hombre excelente me parece un caso rarísimo en estos tiempos —comentó el amigo de Luis.

—Para mí resulta una inspiración trabajar a su lado —dijo confiadamente Luis—, aunque no entiendo de esas cosas de religión. Creo que va a una de esas iglesias evangélicas del barrio de San Antón.

—Pues yo, chico, no hago nada —dijo, cambiando de tema, José Miguel—. Soy un destino de lujo por si me necesitan alguna vez.

—Pero ¿no ibas a hacer de intérprete? —preguntó Luis.

—¡Cá! Estoy allí, por mis conocimientos, pendiente de destino. Desde luego, ruso yo no sé, así que veremos adónde me mandan.

—A mí no me falta trabajo —afirmó Luis—. No paro a la máquina, expediente tras expediente, dale que te pego...

En aquel momento se oyeron pasos de alguien que se acercaba. Era precisamente don Carlos, y Luis, sabiendo de la amabilidad de su jefe, le presentó a José Miguel.

Saludó afectuosamente al comandante y recordó, por asociación de ideas, a Castillo el de Aguadulce, que le llevó a Melbourne en Almería, pero no tuvo ocasión para ir a ver aquella iglesia, o lo que fuera, de San Antón, que supuso sería igual o parecida a la de Almería.

Algunos domingos los pasaba fuera, en la casa de su amigo Luis, en Mazarrón, acogido siempre

cariñosamente por sus padres y sus hermanos, quienes siempre, a pesar de las restricciones, tenían comida y cama dispuestas para él. Y desde el tejado de su casa contemplaba a veces cómo, a lo lejos, los aviones dejaban caer sus bombas sobre Cartagena.

Los bombardeos llegaron a desconcertar a José Miguel, pues muchas noches en Cartagena tenía que saltar de la cama a toda prisa para buscar un refugio como tantas otras personas. El era uno de esos privilegiados que dormía fuera del cuartel, en una casa particular alquilada. Y en cierta ocasión las bombas les cayeron tan de cerca que tuvieron que salir él y Luis por las ventanillas del autobús en que viajaban, envueltos en una espesa nube de polvo, para tenderse bajo unos árboles cercanos. ¿Cuándo acabaría aquel infierno de Cartagena?

En semejante estado de inquietud e incertidumbre, pendiente de un hilo la vida de aquellos hombres, el «Molinete» se había convertido en un hervidero nocturno. Se encontraba aquel pestilente y erótico lugar no muy lejos del famoso Gran Hotel, casi en el centro de la ciudad y era punto de atracción para extranjeros y españoles, para incautos y perversos, para mujeres profesionales y para desgraciadas inocentes, para vigilantes y para espías. Con todo ello se mezcló José Miguel, tratando de mantenerse limpio, pues había fraguado un plan para liberarse de aquella «circunstancia» que no le iba bien a su yo psíquico.

De allí sacó a la pequeña «japonesa» en volandas sobre sus brazos, subiendo de puntillas las escaleras hasta el segundo piso, sin que Joaquín, el que había sido alcalde de Mazarrón, la percibiera; y allí vio lanzar una faca al «bailaor» de tangos, porque era afeminado, sin que por fortuna le alcanzara en el escenario, armándose un revuelo de categoría. Fue allí también donde descubrió al espía alemán, borracho y vomitando en el suelo del palco, cuando se hacía pasar por inglés, y fue allí, en el corazón de

ese «Molinete», donde encontró el camino de su liberación en la persona de Richard, el del «Muneric».

Todas las noches se encontraban allí, agradeciendo Richard a José Miguel su ayuda con el inglés y también sus consejos en momentos oportunos, evitándole engaños y también borracheras con aquellas cimbreantes serpientes que se acercaban ladinamente a las mesas para ofrecer su mercancía...; pero los bombardeos se hicieron tan intensos que ni siquiera se encontraba ya satisfacción en lo artificioso del «Molinete». La población civil ya había abandonado la ciudad, refugiándose en Los Dolores, La Aljorra, La Unión y especialmente en las playas del Mar Menor, Los Nietos, Los Urrutias, etc., por donde a veces paseaba José Miguel en el coche que conducía Antonio Candelas, de Altea, cuando el jefe de ambos se encontraba ausente.

La pérdida de hombres en los frentes requirió nuevas quintas, y los nuevos reclutas, jóvenes casi niños, se tenían que presentar llevando su propia manta, zapatos, cuchara y plato, pues el ejército no podía ya ofrecerles aquellos elementos imprescindibles. Y, no habiendo tampoco lugar en los cuarteles, muchos de ellos dormían en portales, no pudiendo ni entrar en los refugios, donde ya la población residente había instalado sus propios colchones. Fue preciso rebajar a muchos reclutas de la instrucción por habérseles roto el calzado que habían traído de sus casas.

José Miguel fue ascendido a sargento y adscrito a la Jefatura de Transportes el 25 de febrero de 1938, y desde la oficina, situada en la misma muralla, podía contemplar el mar, añorar la libertad y seguir el movimiento de los barcos. Más de una vez quedó pensativo largo tiempo, apoyando su frente en la reja como un preso que anhelaba escapar...

"Te guié... aunque tú no me conocieras" (Isa. 45)

La población de Cartagena se vio abocada al hambre, y en los cafés, repletos de militares, a medida

que desaparecieron la leche, el café, el azúcar y la educación de los camareros, se tenía que suplicar un vasito de cebada tostada para chupar con una paja, porque las cucharillas también desaparecieron.

Un día en que Luis se encontró con José Miguel en uno de aquellos típicos cafés de la Calle Mayor, dijo Luis, pensativo:

—Estoy tratando de ayudar a una mujer, joven y viuda, con la poca comida que me queda, aparte de lo que puedo llevar a casa. ¿Tienes tú algo que darle? Tiene dos niños pequeñitos y también a su madre. Fue en el Arsenal donde murió su marido, hace unos meses, y los amigos que la ayudaban han desaparecido poco a poco.

Al día siguiente de haber asentido a la proposición, José Miguel se presentó en la dirección indicada, muy cerca de la Muralla, subiendo un kilo de patatas y un par de chuscos con cierta cantidad de azúcar. La chica, bien parecida, tenía noticias de su llegada y le estaba esperando, pero con cierta amargura en el rostro. Y tras unos pocos minutos de conversación acerca de las dificultades y de los que podían ayudarla, abrió la puerta de la alcoba para dejar entrar al militar.

Como se acostumbraba a pagar en aquella moneda, la chica entró primero en la alcoba y comenzó a quitarse la blusa, pero José Miguel, realmente emocionado, con ideas muy dispares en su mente y emociones encontradas en su corazón, dijo alzando la mano:

—Yo no he venido por eso; no, no. Yo sólo he pensado que tienen ustedes necesidad y que puedo ayudarles un poco, así que me voy —y añadió el gesto a la palabra, tomando su gorra militar.

La chica fijó en él su mirada, no sabiendo qué decir, y vio con alivio que José Miguel descendía la escalera, un tanto apresuradamente, hasta encontrar el sol fuerte de la calle que le animó a descansar unos minutos, apoyado en la barandilla de la muralla mientras contemplaba nuevamente el mar.

El puerto, que se abría debajo, se ensanchaba por la bocana para perder sus aguas azules en el abierto Mediterráneo, donde había otros países sin guerra, donde podía encontrarse todavía paz que no conmoviera los cimientos de la sociedad como aquella en la que él vivía, donde no había la inquietud que manifestara San Agustín con aquellas palabras: «Tú, oh Dios, nos has hecho a tu imagen y nuestro corazón está inquieto hasta que no encuentre paz en ti.»

Balbuceos tras el Gran Desconocido

Pronto iba a hacer un año que José Miguel había llegado a Cartagena y se encontraba materialmente agotado; no acababa de familiarizarse con las comidas de cuartel; las primeras diarreas se convirtieron en colitis casi crónica y se sentía con desequilibrio nervioso. Estaba, en verdad, enfermo, delgado, pero su «dolor espiritual» era mayor aún.

No tenía fijos sus sentimientos religiosos, sólo balbuceos en el camino de Dios, pero reconocía que el Ser supremo había venido guardando su vida, que le había protegido. Recordaba haber leído que los griegos, primeros que narraron historias acerca del principio de las cosas, concibieron el mundo como nacido de algo más bien que creado por alguien, y que Hesíodo se contentó con decir que su Caos «empezó a ser» sin explicar por qué, cómo o de qué. Fue Platón quien desarrolló la idea de una inteligencia divina que forma y dirige el mundo, ordenando todas las cosas para el bien; y en Aristóteles el universo depende de la divinidad solamente, porque la divinidad es, según la propia terminología aristotélica, su «causa final», siendo Plotino, el mayor de los últimos filósofos platónicos del siglo tercero después de Cristo, quien deja la doctrina de una fuente trascendente del ser de la cual todas las cosas derivan su existencia y no solamente de la formación del mundo y del orden del mundo.

Pero estaba ya en las escrituras hebreas la idea de la creación como expresión de la eterna sabiduría de Dios, ordenando las leyes y trazando los límites de todas las cosas sobre cuya infinitud e incomprehensibilidad de Dios ocupó el pensamiento de los filósofos y teólogos cristianos.

José Miguel pensaba que era imposible «atrapar» a Dios en la red de los conceptos humanos, incluso en la red de los filósofos y de los teólogos, y estaba seguro de que ese Dios que él buscaba, el Dios que a él le torturaba, estaba ahí mismo, al alcance de la mano. El no carecía de fe, ni siquiera pedía poder razonar la fe, lo que deseaba era poder canalizarla y ese canal, indudablemente, estaba en lo inmaterial, en lo espiritual, en una revelación y encuentro, vis a vis, fuera de la materia. Por eso sufría y pedía libertad para volar y encontrar al autor de la paz.

Indudablemente, Castillo y Melbourne, en Almería, y Carlos Coll en Cartagena, tendrían un conocimiento más claro de la verdad, del Dios trascendente, de ese que José Miguel buscaba ahora para que también le ayudara en este nuevo trance, en el tremendo paso que estaba planeando.

El plan de escape

Aquella noche vio de nuevo, al cabo de varias semanas, al oficial Richard en el cabaret. El «Muneric» había vuelto, luego de recoger nuevo material de Rusia, y el encuentro lo celebraron con champaña, juntamente con otro oficial que José Miguel no conocía. Al anterior, que conocía a José Miguel, le ascendieron a capitán del mismo buque.

Mientras el acompañante de Richard bailaba con una andaluza de gestos extravagantes, envueltos ambos en los vapores del alcohol, José Miguel, con mente clara, explicó a su amigo el oficial inglés todo un plan confidencial de vital importancia. Richard opuso algunos reparos, pero la insistencia de José Miguel y sus argumentos hicieron acceder al inglés,

si bien con ciertas condiciones y no asegurando en modo alguno el éxito de la empresa.

Aquella misma madrugada se registró en la ciudad uno de los bombardeos más espectaculares, constituyendo una de las pesadillas más horribles de las noches de Cartagena. Como siempre, bajó el marinero a grandes saltos los escalones de la pensión, en pijama, para llegar al refugio, viendo, en medio de la luz de las explosiones, a otras figuras alocadas, en medio de cascotes y de polvo espeso. Muchos quedarían tendidos hasta la mañana. Afortunadamente, el refugio de la Muralla era natural, trabajado en la base de un monte y, sin duda, era uno de los mejores de España. Otra vez más, por la intervención del Ser que le protegía, José Miguel llegó sano y salvo al refugio.

El día siguiente fue día de silencio, silencio de muerte en Cartagena, donde tantos habían caído. Ningún avión enemigo se avistó en las veinticuatro horas; sabían que la «pasada» se merecía un pequeño descanso, pero José Miguel contaba las horas y los minutos, creyendo en su corazón que algo maravilloso y también peligroso le esperaba...

Al oscurecer, vestido cuidadosamente de paisano, portador de un pase especial que había conseguido hábilmente dos días antes en la Jefatura de la Base, atravesó la barrera de prohibición, donde hacían guardia carabineros, subió cautelosamente la escalerilla y se introdujo en el «Muneric» como si fuese a realizar alguna misión oficial.

Era el 28 de julio de 1938, día vital en la biografía del personaje de nuestra novela, cuando Richard, que le esperaba temeroso, le hizo pasar con cautela al interior de su camarote.

Luego de cruzar unas palabras sobre los detalles finales, asegurándose de que José Miguel no le delataría, Richard le pidió que se tendiera sobre la litera y luego le cubrió de periódicos y mantas, dejando una abertura para respirar. Le recomendó quietud absoluta, como la de un muerto, advirtiéndole que

la salida del barco sería inmediata. Luego cerró con llave y se fue.

Pasaron minutos de angustia. Un sudor pegajoso, terrible, un temblor interno que difícilmente lograba dominar, se apoderaron del joven prófugo, por cuya mente pasaban toda clase de ideas y de temores. Tuvo miedo, un miedo espantoso al oír voces en el pasillo, al oír los golpes que se daban en las puertas de los camarotes adyacentes, y un carabinero dijo con voz clara: «Yo le he visto entrar... y no ha salido; tiene que estar aquí.» Casi en seguida, otra voz enérgica pronunció: «Búsquenle», y seguidamente golpearon en la puerta de su camarote, tratando de forzarla. El contuvo la respiración y se sintió morir.

—Aquí no hay nadie —se oyó decir mientras miraban por las rendijas hacia el interior. El bulto que hacía José Miguel no se movía—. Vamos más allá —dijo la misma voz.

Los minutos que siguieron fueron tan intolerables, tan trágicamente angustiosos, tan débil se sintió José Miguel que perdió el conocimiento y allá, en la lejanía, en el vacío de su existencia, sintió cómo le fusilaban, cómo le llamaban traidor, faccioso, cobarde y muchas cosas más...; pero luego su mente quedó en blanco..., mecido en la nada.

El «Muneric» se hizo a la mar. Tras la infructuosa pesquisa, el buque despegaba lentamente del muelle, guardando en sus entrañas a José Miguel, desfallecido, expectante... y se alejaba más y más de la costa..., de la catástrofe que luego se iba a cerner, no muy tarde, sobre la pobre Cartagena...

VI

UNA VIDA EN PELIGRO

«Winds blow and waters roll
Strength to the brave,
And power and deity...»
EMERSON (*)

Era preciso, según Richard, dejar transcurrir un tiempo determinado, un número de millas conveniente, fuera de las aguas jurisdiccionales, para que José Miguel hiciera su aparición; de otro modo, el capitán podría volver el barco para entregar al fugitivo, significando aquello un fusilamiento cierto.

Llegó el momento y el oficial explicó a José Miguel que debía decir a toda costa que se había escondido abajo, en la bodega, sin ayuda de nadie. Tenía que hacer énfasis en eso, que nadie le había ayudado, pero antes de dejarle salir del camarote, Richard oteó los pasillos y, a poco, soltó al prisionero. Eran como las seis de la mañana y José Miguel nunca supo dónde había dormido Richard; tal vez estuvo de guardia.

Al avanzar aturdido por el pasillo que daba al puente, el joven respiró intensamente el aire fresco del mar y posó su mirada en las olas grandes y en el surco lateral blanco que producía el corte de la quilla a gran velocidad. Ningún punto de referencia se divisaba; sólo el azul.

(*) Soplan los vientos y agítase el mar; fuerza al valiente, poder y deidad...

Así permaneció durante largo rato, esperando a reponerse un poco, sin ser visto, pues cada uno en el barco estaría ocupado en sus trabajos y parecía como si el barco navegase solo, sin la intervención del hombre.

Por fin descendió por una escalerilla de hierro, dio media vuelta y avanzó por otro pasillo, pero a la mitad del corredor, en un camarote abierto, vio a un hombre, rojo de cara y pelo, con una pipa entre los dientes y sus dos pies hundidos en un barreño. Estaba ocupado en lavárselos con una esponja.

Indudablemente, la sombra que José Miguel proyectó sobre el agua hizo levantar la cabeza al inglés, quien cruzó su mirada con la vacía y agónica de José Miguel. Dibujando en su rostro un extraño gesto de sorpresa, dejó caer la pipa de la boca dentro del barreño y exclamó balbuciente: «*Who are you?*», a lo que el joven, no sabiendo, en realidad, qué decir, se alzó de hombros casi mecánicamente, porque ¿qué más daba quién era él? Lo interesante era ver qué pasaba en aquella situación con un hombre que se escapaba del peligro...

El hombre, que resultó ser un oficial, dio un grito y casi inmediatamente apareció un hombre alto, de chaqueta azul, tocado de una gorra de bisera, que, igual que el primero, quedó casi boquiabierto. En medio de aquella embarazosa situación, más débil que nunca, José Miguel apenas si oyó repetidamente la palabra *Captain,* a quien fue llevado por el fornido griego, en tanto que el otro se apresuraba a ponerse las botas para seguirles.

Ciriaco, que así se llamaba el griego, era el carpintero y tenía los ojos muy azules y un mirar comprensivo que animó un tanto a José Miguel. En el camino le dijo que sólo el capitán y los oficiales eran ingleses, pero que toda la tripulación restante era griega.

Luego de haber subido un par de escaleras cortas, Ciriaco y el joven español se encontraron en el puente frente a una puerta blanquísima en la que había un dorado letrero con la indicación de CAPTAIN.

Era aquel capitán joven, de cara redonda y ojos burlones, dotado de una inevitable pipa de cañón largo, pelo encrespado y camisa desabrochada; pero no se encontraba solo; tenía en la mesa un mapa y otros papeles, junto a los cuales, sentado, había otro hombre, también el cuello desabrochado, sin corbata, no militar, con traje sin planchar y cara de pocos amigos. Levantó la vista del plano y miró estúpidamente. Era el observador del control, uno de aquellos hombres que el famoso «Non Intervention Committee» había colocado en los barcos del Mediterráneo.

Ciriaco presentó al polizón lacónicamente: «*In store room, down, below*», y casi en seguida entró el otro, el oficial que se lavaba los pies. Con otras palabras aclaró lo que dijo el griego, que el español se había escondido en la bodega, abajo.

La noticia cayó como una explosión y, enfurecidos, el capitán y el observador preguntaron cómo, por qué, dónde y quién le había ayudado, etc., etcétera; tal chaparrón de preguntas que el joven, aun sabiendo bastante inglés, no podía asimilar; sin embargo, para ayudar a su amigo, guardó silencio. Entonces vinieron las amenazas de devolverle a la zona roja, de ponerle en otro barco que regresaría a Barcelona, etc., y mientras hablaba, el joven contemplaba al capitán, cuya cara recordaba. Aquél también había estado muchas veces con Richard en el «Molinete», y, como esperaba, de pronto el capitán, fijando su mirada en José Miguel, exclamó: «*I now know who you are*», con lo que significaba, al reconocerle, que pensaba en quién pudo haberle ayudado a esconderse.

Sin embargo, cuando se atrevió a urgir una confesión, lo único que oía del español era que nadie le había ayudado: «*Nobody has helped me.*» Y, tras un largo silencio, el capitán llamó a Ciriaco, que aguardaba en el pasillo, para ordenarle que llevara al joven al primer maquinista para que trabajase,

entretanto, en las faenas más duras. Así lo hizo Ciriaco y el primer maquinista le puso junto a otro griego, delante de la carbonera, con una pesada pala en las manos.

No creyendo que José Miguel entendía inglés, el maquinista, apuntando con el índice a las doce de su reloj, dijo: «*Finito*», pero al contemplarle despacio, viéndole tan demacrado y hambriento, cambió de parecer y le llevó primeramente al «Galley», en donde otro griego, también sorprendido, recibió la orden de dar al polizón una taza de té con un emparedado de mantequilla.

Cuando lo hubo comido, algo más repuesto, José Miguel se encaminó hacia su trabajo en la carbonera, tratando de familiarizarse con aquella vida marinera y con los marineros. Estos hablaban luego con él y supo que una parte de ellos eran idealistas «rojos» y otros completamente indiferentes.

Al día siguiente, uno de ellos, llamado Felipe, de unos cuarenta y cinco años, rostro muy moreno, pelo rizado y dientes blanquísimos, se acercó a él, hablándole español, y de modo reservado le dijo que muchos de los tripulantes del «Muneric» no tenían interés alguno en la guerra de España, que sólo el dinero les atraía, y que en Grecia había quienes ganaban dinero a costa de los dos bandos que luchaban en España, vendiendo material de guerra a uno y denunciando la ruta a los otros para que hundieran o apresaran los barcos. Añadió que José Miguel podría escapar fácilmente de aquella crítica situación y que él le ayudaría cuando llegaran al Pireo, porque el capitán le iba a poner dificultades para su libertad.

—Tú fumar, fumar buenos sigaros, comere buenos pan y no tener mareo —dijo al ver el estado débil del muchacho y su propensión al mareo.

—No sé cuánto durará esto ni si podré resistir —confesó José Miguel a Felipe mientras tomaban una taza de té en el «Galley».

—Tú callar y cuando llegar puertos Pireos Felipe

ayudar, tú escapar por donde querer. Felipe levantar puño España roja, desir ser comunista pero no serlo.

Cuando hubo terminado su jornada marchó José Miguel con paso lento hacia popa y quedó un rato al costado de babor contemplando aquella escena. Grupos de grandes peces jugueteaban a gran velocidad junto al casco del buque, esperando alguna presa...; un estremecimiento conmovió su cuerpo y, de pronto, sin saber cómo, se sintió alzado. Un brazo le oprimía la pierna izquierda y otro le rodeaba la cintura, y cuando, separado del suelo firme, vio más de cerca el agua alborotada y aquellos grandes peces, un grito rasgó el aire y nuevamente se sintió libre y sus pies tocaron el suelo. Vio a unos hombres a su alrededor y arriba en el puente a su amigo Richard gritándoles.

—*Fachist, fachist* —decían en mal inglés dos marineros junto a él, mirándole amenazadores, en tanto que su amigo bajaba la escalera para aproximarse al grupo. Aquellos dos exaltados, creyendo defender al comunismo, pensaron en deshacerse de José Miguel y, de no haber sido por la providencial intervención del oficial, el español habría sido pasto de los cetáceos.

Tras dos días enteros de navegación, la debilidad de José Miguel aumentó, primero por el trabajo duro, luego por las emociones y, finalmente, porque, debido a la colitis contraída en Cartagena, no se alimentaba debidamente. Ciriaco se vio obligado a tenderle sobre dos tablas y a darle masaje por todo el cuerpo, siguiendo instrucciones del capitán, aunque José Miguel nunca comprendió por qué.

A la tercera mañana, el 31 de julio de 1938, el sol radiante iluminaba con esplendor la cubierta del barco y las aguas del mar brillaban como miles de espejuelos, dibujándose clara y terminante la silueta del paquebote en su marcha. La proa hendía suavemente aquel mar llamado nuestro, mientras el tictac del corazón del barco anunciaba impertérrito su incansable función mecánica.

Los marineros en el rancho entablaban alguna discusión mientras desayunaban, y los oficiales escuchaban atentos las noticias de la radio en la cabina del primero. A poco de haber desayunado, cuando el fugitivo se dirigía a la carbonera, le pareció divisar tierra a lo lejos.

Pronto vino Ciriaco, de parte del capitán, a decirle que le acompañara, pero en vez de subir al puente, como imaginaba José Miguel, el griego le llevó a la carpintería, donde recibió un paquete de cigarrillos y una caja de cerillas para pasar unas cuantas horas de descanso, descanso que fue un verdadero encierro, pues hasta la cadena de la puerta fue echada por fuera.

Desde adentro, mirando por la escotilla, veía acercarse la ciudad de Palermo, y muy pronto, al pie del Monte Pellegrino, aquella Cuenca de Oro tan atractiva para el forastero. Se encontraban ya en Sicilia, lugar bello y romántico, cercano de Africa, adornada por innumerables barquitos y lanchas a motor que vistosamente y a gran velocidad iban de un lado a otro. Y de entre todas las pequeñas embarcaciones se destacó una motora que se acercó a gran marcha al «Muneric». Saltaron de ella unos oficiales que subieron a bordo para comunicar con los ingleses.

Al cabo de un largo tiempo, indeterminado, sin saber lo ocurrido, José Miguel fue libertado de su encierro cuando el barco se alejaba de la costa siciliana. Más tarde, caída ya la noche, en la sedante dulzura que envolvía al barco, sentado junto a Felipe que vigilaba en la proa y fumaba a hurtadillas, se enteró de que fue preciso esconderle para que las autoridades italianas no provocasen problemas en la marcha del barco hacia Rusia.

Hablando de cosas de Grecia y de su idioma, Felipe dijo a José Miguel: «*Fos* quiere decir lus. Por eso dije que el oficial no ver *fos* de nuestro cigarrillo aquí detrás del palo. Por allí Malta. Yo muchas

veces ir; siempre barcos flota inglesa, siempre marinos por las calles.»

El joven periodista, en su imaginación, fue un poco más allá y vio el Africa de encantos ignorados, de historia misteriosa y de jirones de carne cristiana. En la noche mediterránea, imaginó las calles tortuosas, los turbantes ennegrecidos, ojos de recelo, barbas hirsutas, y también vio, o adivinó, la belleza escondida tras los velos y las gasas, tras las túnicas y los adornos. Allí estaban las *beslemés* o favoritas muellemente extendidas al dulce y monótono canto de tiorbas y guzlas.

Aquel Islam, regido por la más joven de las religiones universales, veneraba a un simple y todopoderoso Dios, bajo la guía de su fundador, Mahoma, que les enseñó en su Corán cómo debe vivir el hombre en esta tierra y cuál será su destino en el más allá. Aquella religión, contrariamente a las otras que fueron evolucionando lentamente, se presentó con Mahoma a plena luz y se extendió con la velocidad del huracán. Trescientos millones de seguidores forman un séptimo de la población total del mundo, y su dominio se extendió desde Gibraltar hasta el Himalaya.

Su éxito inicial se debió al caos que reinaba en el Mediterráneo y en el celo y la pericia marcial de los ejércitos árabes que preservó su unidad mediante una persuasiva manera de entender la vida, sin paralelo en la cultura occidental. Y la clave misma de su éxito reside en la palabra Islam, que significa «someterse», es decir, a la voluntad de Dios, y el «musulmán» es palabra derivada de la raíz de «Islam», que significa, por ello, «el que se somete». Para el musulmán, religión y vida, fe y política son inseparables. Los árabes están persuadidos de que, en una de sus meditaciones en la montaña, Mahoma vio al arcángel Gabriel, quien le pidió que escribiera el Corán.

La fuerza e impacto del Islam dejó tantas huellas en la tierra andaluza, de donde procedía José Miguel,

que sus pensamientos se hilaron a la arquitectura maravillosa de Granada, a la cultura y filosofía de Córdoba y a tantas y tantas expresiones y reminiscencias de la dominación árabe que el joven se creyó formar parte de aquel ambiente que le suscitaba cierta nostalgia.

Dos días y medio más pasó el español en medio de aquellos griegos, sumido en ideas confusas, desconociendo lo porvenir, hasta que, por fin, observó cierta agitación a bordo y los rostros de los griegos exteriorizaban alegría. Era que ya se divisaba la tierra helénica.

Pero la alegría de aquellos marineros no decía nada al joven almeriense, sintiéndose, realmente, preocupado por lo que harían de él, a pesar de las promesas de Felipe. Y precisamente cuando así pensaba se acercó aquél con tristeza para decirle:

—Yo pensar que ayudarte, pero oír que capitán entregar a ti a Polisia puerto...

En una cárcel griega

Efectivamente, cuando el «Muneric» hubo entrado en puerto, se acercó una motora a su costado y de ella subieron por la escala unos hombres uniformados. Era la policía griega. Sin más consideraciones, José Miguel fue descendido del barco, al tiempo que uno de ellos, gordote y falso, le decía en mal francés como para animarle:

—*Vous dormirez, vous mangerez*

Inocentemente el joven creyó que iría a parar a algún lugar decente, pero la cárcel de Pireos, en donde fue depositado después de retenerle sus efectos personales, era algo que nunca olvidó en toda su vida. Una pieza de ocho metros de largo por cuatro de ancho, dividida en dos compartimentos con rejas fuertes, vigiladas por un celoso y malhumorado carcelero llamado Fielabros.

A su alrededor vio José Miguel caras extrañas, un ventanuco, cuatro paredes peladas y el suelo de

cemento, sin baldosas. Allí había que comer y allí había que dormir; solamente se hablaba griego. La primera palabra la interpretó con fácil deducción, pues cada vez que el carcelero repetía «mesa», «mesa», echaba a cualquier preso que se acercaba a preguntarle algo, con lo que significaba que debía meterse «dentro».

No entendiéndole nadie, sin poder hablar griego, desfallecido por su debilidad, José Miguel pensó en aquella historia de la «Isla de los tiburones», donde se perdía la esperanza de salir, luego de haber pasado aquella advertencia: «*Lose the hope who enter this gate.*»

Dos tipos interesantes se destacaban en la distinguida concurrencia de la prisión: el contrabandista de drogas Papadópulos y el marinero Stella. Era el primero hombre de mediana edad, bigote recortado, cabello caído hacia delante sobre su ancha frente, rostro muy arrugado y un mirar vago que hablaba claramente de las consecuencias de la droga. Una ancha faja azul, a la usanza de la gitanería española, y el tipo encorvado, quizá por el peso de sus muchos sueños, le daban un aspecto extraordinario y un cierto aire de demente al intentar hacer un prolongado paseo, interminable, de un suelo de cuatro metros de ancho. Realmente, parecía uno de esos osos polares encerrados en el Retiro de Madrid, entre rejas, sufriendo alocado el calor estival.

Una de las veces en que el guardián entraba para algún interrogatorio con los detenidos, se encaró con Papadópulos, no se sabe por qué razón, y el guardia, al oír no sé qué frase en griego, le atacó, ni corto ni perezoso, con la barra de hierro que llevaba y, empujándole en el vientre, le dejó tendido en el suelo. José Miguel quedó atónito, sin poder decir nada, y los otros abrían sus ojos de espanto, quizás asustados por las represalias, si sabían, conocedores de la lengua, lo que había ocurrido entre ellos.

El marinero Stella tenía la costumbre de pasearse en ropas muy menores, cantando tangos en malísimo

español que había aprendido en sus correrías por Argentina, según decía, y José Miguel, tan pronto como entró en la prisión, tres o cuatro días después que él, quiso hacerse entender, pero no fue posible porque su español era de pacotilla. No obstante, logró transmitir al guardián la noticia de que José Miguel se encontraba muy delicado del estómago y que era español que no había cometido ningún delito.

Aunque debía saber que ese preso particular estaba registrado en condiciones diferentes, el antipático Fielabros contestaba a las palabras de Stella con la repetición de «*istera*», «*istera*», o sea «mañana», «mañana». Al cabo de varios días, cuando el joven hubo aprendido ciertas palabras griegas y, aconsejado por el Stella, formó una frase entera, se acercó muy serio al Fielabros y le dijo con firmeza: «*egó celo omili kasaks*», que venía a decir: quiero hablar con el jefe.

La mirada del guardián se cruzó con la de José Miguel y, al ver que éste no parpadeaba, se alejó sin decir nada. Y lo cierto fue que una mañana —habían pasado ya diez desde que el joven entrara en semejante cárcel— el mismo Fielabros comenzó a gritar un nombre que ninguno de los presos entendía ni, por supuesto, el español. Sin embargo, cuando le enseñaron el papel con su nombre, José Miguel dijo en seguida que se trataba de él.

Por una escalerilla de caracol ascendió seguido de un intérprete, anduvo por un pasillo muy oscuro y emergió en una amplia habitación, en el centro de la cual había un hombre elegantemente vestido, sentado ante una aparatosa mesa llena de papeles y teléfonos. Era el «*kasaks*».

Explicada su situación, le hicieron bajar nuevamente, y por la mañana del siguiente día un hombrecillo de lo más simpático que imaginarse pueda vino al encuentro del español, sacándole de aquel encierro. Era pequeño, delgado, moreno, pocas arrugas, excesivamente nervioso y muy confidencial, to-

cado de un canotier a estilo de los de Mauricio Chevalier, y una flor en el ojal de la solapa.

Aquel dinámico agente de la calle Tetragonon fue informado de que un español se hallaba en malas condiciones y, perro viejo, supo sacar de entre las redes de la «ley» helénica a José Miguel, que dio gracias a Dios por aquella mañana hermosa de sol acariciante, sentado ante un velador callejero de un café deesayunándose con apetito.

Atenas

Mientras aquel ex capitán de barco, con voz atiplada pero afable y paternal, le hablaba en un español prolífico en frases de baja estofa pescadas mayormente en el ambiente de callejuelas del Paralelo de Barcelona, como él mismo decía, contemplaba José Miguel la urbe concurridísima y cosmopolita, examinando a los tipos griegos, tan parecidos a los propios españoles, de los que separa al joven la barrera infranqueable del idioma. Las letras de los comercios y los titulares todos parecían haber sido dibujados por algún gracioso que se había entretenido en cambiar la posición y en añadir trazos a las letras españolas. Aquello de «Moderna taberna» sí lo descifró bien y lo comprendió fácilmente.

Pensó que se encontraba en el país que había legado cultura al mundo y cuyo idioma se venía estudiando en los centros docentes de casi todas las naciones. Aristóteles comienza en su *Metafísica* incitando a la Humanidad con aquellas palabras: «Todos los hombres desean por naturaleza saber...; los demás animales viven con imágenes y recuerdos y participan poco de la experiencia. Pero el género humano dispone del arte y del razonamiento...; en definitiva, lo que distingue al sabio del ignorante es el poder enseñar...»; y así los griegos dejaron sentado con sus escuelas filosóficas el deber de saber.

Desde Aristarco de Samos hasta los astrónomos de 1900 la Humanidad ha empleado veintidós siglos en

calcular la distancia de la Tierra al Sol: 149.400.000 kilómetros; pero, según Pauwels, hubiera bastado con multiplicar por mil millones la altura de la pirámide de Cheops, construida 2.900 años antes de Jesucristo. Se dice que los faraones consignaron en las pirámides los resultados de una ciencia de la que ignoramos el origen y los métodos. Se encuentra en ellos el número «pi», el cálculo exacto de la duración del año solar, del radio y del peso de la Tierra, etcétera, etc.; y ¿de dónde procedían estos informes? ¿Nacería la civilización en una región geográfica determinada —en este caso Grecia— y se propagaría poco a poco como un incendio en un bosque? ¿O aparecería espontánea y separadamente en las diversas regiones del Globo?

Las pirámides del sol de Teotihuacán y de Cholula son dos veces más importantes que la tumba del rey Cheops. Pero los toltecas venían de una civilización más perfecta, la maya, cuyos restos se han descubierto en Honduras, Guatemala, Yucatán. Bajo una naturaleza exuberante, se dice que hay una civilización anterior a la griega y superior a ésta. En una pequeña tierra volcánica de Polinesia, la isla de Pascua, a 3.000 kilómetros de las costas de Chile, se encontraron quinientas noventa y tres estatuas enormes. ¿Cuándo se erigieron y cómo? ¿Quién movió aquellas piedras, y las de Egipto, con un peso de diez mil kilos y más, y talladas?

Platón, el griego, canta las maravillas de la ciudad desaparecida en el *Crittias,* y Homero, antes que él, en la *Odisea,* evoca la fabulosa Scheria con los tartesos, posiblemente la bíblica Tharsis de Jonás.

Lo remoto de la cultura griega y de su influencia en el mundo queda todavía delante de los estudiosos. ¿Qué queda de los millares de manuscritos de la biblioteca de Alejandría fundada por Tolomeo Soter, que nos habrían iniciado en la ciencia antigua? ¿Qué de las cenizas de las 200.000 obras de la famosa biblioteca de Pérgamo? ¿Qué de las colecciones de Pisístrato en Atenas? Y ¿qué no encerrarían aquellos

millares de libros que en el año 213 antes de Cristo quemara el emperador Cheu-Hoang-Ti por temores políticos?

«La cultura y la civilización —pensaba José Miguel— en eterno contraste con la animalidad del hombre, con sus luchas y con sus guerras.» Y ahora él se encontraba en aquel antiguo emporio de la cultura, víctima de una guerra fratricida, tratando de salvar su vida.

El hombrecillo del canotier quería oír toda su historia y el español la contó detalladamente mientras aquél iba tomando notas en una libreta para luego informar como se esperaba. Al cabo de un rato exclamó:

—Bueno, ya es hora de que vayamos a ver al señor embajador —y ambos salieron en dirección de la estación para tomar el tren eléctrico que les llevara a la capital.

El trayecto de Pireos a Atenas no fue largo y, llegados a la histórica ciudad, tomaron un taxi para salir a las afueras, hacia una finca con hermoso jardín, donde, con toda amabilidad y gentileza, el embajador recibió a José Miguel y le facilitó un pasaporte, fecha 13 de agosto de 1938, válido sólo para Italia, con una duración de dos meses.

No habiendo vacante hasta dentro de dos días en el «Mega Jenodoxeion» (Gran Hotel) de la calle Likurgu, 7, José Miguel se hospedó en la propia casa del ex capitán, donde el hombrecillo le prestó un pijama y le dio a fumar de los famosos *papastratos.*

Había en la casa un ama que se encargaba de cuidar al ex capitán, en ausencia de su mujer, que era inglesa y pasaba las vacaciones en la isla de Rhodas, sin importarle un ápice al hombre que hablaba de las mujeres y de sus defectos, en un lenguaje que, afortunadamente, no entendía la que estaba haciendo la limpieza.

José Miguel se deleitó oyendo las peripecias del griego en sus funciones de capitán, criticando a todos sus compariotas y revelando muchas de sus

insanas actividades, especialmente en relación con la guerra en España, que para muchos de ellos había constituido un pingüe negocio. Armadores hubo que ofrecieron sus propias esposas con habilidad a españoles para conseguir flete con destino a uno de los dos bandos en contienda en España.

En el desarrollo de la conversación, el hombrecillo se metió en problemas de las dificultades españolas, mientras el joven, apoyado en la ventana, fumando, contemplaba las luces rodantes de la Sala de Fiestas frente a la casa.

—Ustedes los españoles —decía el otro— son los hijos predilectos de Roma, y Roma, que ha sabido siempre «navegar» de un lado a otro, les ha dejado a ustedes atrás en el desarrollo intelectual de los otros pueblos.

—Bueno, ya sabe usted que España es católica y se somete al Papa, como ustedes los griegos se someten al patriarca de Estambul.

—Pero ahí voy a parar. ¿Es que el hombre libre, que tiene derecho a pensar por sí mismo, cuando ha bebido los vientos y ha cruzado los mares y tiene idea clara de lo que piensan otros hombres del planeta, puede someterse así, ciegamente, ni al patriarca de Estambul ni a la curia de Roma? ¿O no podemos, por nosotros mismos, inquirir y buscar la verdad?

—Bueno, bueno —arguyó el joven—, yo pongo en duda esa afirmación de que todos los españoles sean católicos; no sé si ustedes, todos los griegos, son ortodoxos, pero yo mismo no puedo decir todavía que sea católico, aunque sí tengo un espíritu religioso...

La paradoja de Aristóteles

—No, tampoco todos los griegos son ortodoxos —atajó el otro—. Mire, todo hombre lleva algo de religión en el bolsillo, como usted dice, pero lo importante es saber cómo la siente y si la siente. Es

verdad que nuestro Aristóteles dijo que «el hombre es un animal religioso», pero añadió: «el que quiera instruirse debe primero saber dudar, pues la duda del espíritu conduce a la manifestación de la verdad». El tomarlo todo por sentado, o sea, esa «fe del carbonero» de vuestro Unamuno, lleva a desastres como el que padecéis ahora: hombres que se han supuesto católicos, quemando iglesias y matando curas y monjas. Si los religiosos han engañado al pueblo, el pueblo aguarda que llegue su hora..., ¿no le parece?

—Francamente, no comprendo eso de aguardar, ¿qué quiere decir usted? —preguntó sinceramente el joven.

—Escúcheme bien —insistió el hombrecillo levantando el índice y soltando, sin darse cuenta, una de sus palabritas—. Yo he vivido mucho y sé bien lo que digo. Me he metido por los vericuetos de todos los barrios bajos de los puertos principales del mundo y conozco a toda esa..., sí, a esa gente que se les habla de Dios y luego se les hace la p...; ¿cómo van a creer en Dios? Esperan la suya para meterlo un terno en la primera ocasión al que les ha engañado, y en vuestro caso, en España, piensan que los curas tienen la culpa de todo ese fandango...

Mejor dudar que mentir

José Miguel le oía y fumaba silenciosamente, mirando de vez en cuando por la ventana.

—Dicen que España es la nación católica por excelencia, pero la verdad es que ustedes tienen muy pocos católicos. Mire, yo me harté de oír en su país: «Yo soy católico a mi manera, ¿sabe?», y esa manera de pensar es tan común que forma la masa, sí, la de Ortega y Gasset. Esas masas han recibido en las escuelas instrucción del catecismo, se les ha enseñado, no sólo la teoría, sino la práctica de la religión católica, y esa práctica ha llevado a privar

de libertad religiosa a judíos, árabes, ortodoxos y protestantes en España...

—Con toda sinceridad —atajó el español—, yo no estudié nunca el problema religioso en mi país, quizá porque me dejé llevar como tantos, formando parte de esa masa, pero ahora quizás empiezo a entender que el sentido religioso de una nación...

—Pues, claro, jovencito —intervino victorioso el griego—. ¿Ha olvidado usted las grandes guerras religiosas, a sus conquistadores de América, o las Cruzadas, o la Contrarreforma? El meollo de toda cuestión en un país reside en su cultura religiosa, en el sentido de libertad del pueblo, porque ¿quién posee la verdad? ¿Cree usted que reinaba Jesús en España cuando empezó la guerra civil de la que usted ha escapado por ahora?

—Pues no, indudablemente —confesó el joven—. Creo que Jesús enseñó la paz, y el amor, y la tolerancia, y la libertad de los seres humanos, y el respeto de unos por otros que puede establecer una justicia social.

—Pero fíjese bien —replicó el ex capitán—, la generación que colocó la estatua de Jesús en el Cerro de los Angeles, cerca de Madrid, diciendo: «Reino en España», es la que ahora se halla en plena lucha, matándose los unos a los otros.

—Quizás en España —recordó José Miguel— ocurra que nuestro cristianismo sea más original. Así lo dijo Ganivet en *El porvenir de España,* que España había creado el cristianismo más original.

—Sí, ese filósofo vuestro también dijo que había que meter en España librepensadores y protestantes, «aunque fuesen de alquiler», dice en su *Idearium,* para resolver el problema y hallar el camino verdadero. Tengo aquí en mi biblioteca un libro que dice que España no es católica y presenta una serie de estadísticas, pero recuerdo lo de los mineros de Membibre que pusieron debajo de la imagen de un Cristo un manto rojo y una inscripción que decía: «Cristo

rojo, a Ti no te hacemos nada porque eres de los nuestros.»

—Sí, recuerdo haberlo leído en un periódico, y también recuerdo la frase de Osorio y Gallardo: «¡Qué grande, qué magnífica oportunidad para la Iglesia!»

—Bueno, pues ya lo ve usted —repuso el griego, con ojos iluminados mientras chupaba sibaríticamente su cigarrillo—; Fedor Dostoyevski escribió: «El catolicismo no es la fe cristiana, no es siquiera una fe, sino la conquista política de todo el Universo bajo el dominio de Roma.»

—Ese problema es muy hondo —confesó el español— y yo no sé cómo enfocarlo, pero creo que merece la pena discutirlo.

—Lo malo de todo ello —finalizó el griego— es que, por la mala enseñanza, por no dejar a los hombres, como decía Aristóteles, que duden para buscar la verdad, se les deja vacíos de espiritualidad y crea un problema grave, porque en una nación el espíritu de Dios debe presidir todas las funciones.

—Yo creo, francamente, en Dios, como le dije ya —afirmó José Miguel—, porque yo he palpado algo sobrenatural en mi propia vida. Yo creo en Cristo, aunque no entiendo de esos asuntos teológicos y quizá diga como Unamuno: «Tengo, sí, con el afecto, con el corazón, con el sentimiento, una fuerte tendencia al Cristianismo, sin atenerme a dogmas especiales de esta o de aquella confesión cristiana...» He leído algo de la Biblia que me regaló un señor en Almería y veo que el espíritu religioso que yo he encontrado a mi alrededor no es exactamente el que se desprende de dicho libro que dicen ser inspirado por Dios.

—Tal vez —continuó el joven— yo me vea dentro de ese sentimiento trágico de la vida del que habla Unamuno y sólo vea los cristos agonizantes de Velázquez, sin haber entendido al Cristo triunfante, a ese glorioso, como él dice, de la Transfiguración, de la Ascensión, que está muy lejos del otro, mezclado con espectáculos de toros y manejos de hom-

bres. Y también nosotros debiéramos exclamar, como Unamuno: «Y tú, Cristo del cielo, redímenos del Cristo de la tierra...»

—Usted ha citado a Unamuno, querido amigo—. Pues bien, él fue quien dijo, en sus *Ensayos* que tengo aquí en mi biblioteca, mire, mire, que «es falso que en una tierra, por ser española, tenga forzosamente que ser católica»; y añade: «... hay que borrar la mentira de que España es católica», pues mientras esa mentira no se borre, España no será verdaderamente cristiana.

—Espero que las cosas cambien para bien cuando esta guerra acabe, porque así no se puede continuar —comentó el joven.

—Es que ustedes se han llevado de mi tierra la idea pluralista de Platón. En su universalismo, «un hombre» equivale a «todos los hombres» y piensan que si Cristo, «como uno por todos», murió, en consecuencia «todos los hombres» murieron, y que si Cristo resucitó y fue al cielo, «todos los hombres» también van a ir al cielo, así «en masa»; de ahí que «el individuo» acepta la fe de «todos», aunque no la comparta ni la siga. Y Cristo quiere que, uno a uno, los hombres se conviertan a su doctrina.

—Bueno, creo que pronto todo eso se arreglará —confió José Miguel—, pues la guerra toca a su fin en España. Hemos visto hace un rato en el Hotel, en el mapa, que los nacionales han cortado por Vinaroz y se ha hecho una gran bolsa por Barcelona, así que tal vez quede poco tiempo...

—Tanto mejor si acaba la guerra pronto —contestó el griego—. Y ¡ojalá que la religión del amor y del perdón y de la fraternidad se implante en España cuando llegue vuestra paz!

José Miguel volvió la vista hacia la calle, contempló las luces rutilantes, encendió un nuevo cigarrillo y se apoyó en la ventana. Enfrente continuaba el baile y la música de la Sala de Fiestas...

VII
NORBERTO

«L'âge viril, plus mur
inspire un air plus sage.
Se pousse auprès des grands
s'intrigue, se menage.»

BOILEAU (*)

Era un individuo alto, más de lo corriente, flaco, cara de hastío e impasibilidad, ensimismado en sus pensamientos. Se había dedicado al dibujo, buscando siempre lo dramático y los motivos poco corrientes, y sus compañeros le admiraban precisamente por su indiferencia a las otras inclinaciones de los chicos más aventureros; en general, sus amistades le consideraban como solitario y de espíritu recogido. Su rostro, más bien cetrino, con ojos muy pequeños y negros, ofrecía siempre, por la inclinación del labio superior de la boca y el pelo fuertemente negro, siempre caído a un lado, ese aspecto típico del indiferente que por nada pierde la calma.

Un tanto mimado por sus familiares, había crecido en un ambiente de espiritualidad, y, al hablar, sus palabras, bien medidas, las más de las veces llenas de lógica, causaban impacto en los mayores; sus opiniones, siempre diferentes a las de otros jóvenes de su edad, iban acompañadas con citas e incluso párrafos de la Biblia, alrededor de la cual parecía hacer girar su vida.

(*) La edad viril, más madura, inspira más sabiduría, se yergue junto a los grandes, se aventura, se gobierna.

En aquella tierra catalana, tan fértil, tan acogedora, sintióse igualmente el retumbar del tambor llamando a muerto, primero cual repique lejano, con ímpetu arrollador más tarde, y Norberto se enfrentó a la tristísima realidad con su espíritu de indiferencia, no exento de resignación cristiana; llegó más tarde a pensar cuál sería el valor de la vida o para qué serviría la suya en manos de aquellos apasionados y alocados invasores que manchaban de sangre aquella tan amada «tierra» suya.

El paso de los Pirineos

Su familia se alejó de Barcelona y con ella fue a Ripoll, más allá de Vich, donde tenían unos parientes; pero no se tardó mucho en sentir allí mismo las nefastas consecuencias de la guerra fratricida y los comestibles escasearon, al paso que los hogares quedaban vacíos, y muchos, muchísimos, en vez de ir al frente, se pasaban al enemigo.

En la región alta de Cataluña, en aquellos lugares fronterizos, comenzaron a funcionar unos guías clandestinos, algunos antiguos contrabandistas, que por cierta cantidad de dinero pasaban a las gentes al país vecino, por senderos y pasos desconocidos de los guardianes de fronteras y carabineros, especialmente de aquellos que, habiendo venido a reforzar la guardia, desconocían por completo el Pirineo. Aquella operación de pasaje a Francia se hacía, como es natural, en el mayor de los secretos, pues en cualquier momento la vida estaba en juego.

«No puedo soportar el separarme de mi hijo —decía la madre de Norberto—, pero menos soportaría que lo llevaran a un frente a matar y ser matado. Dios dice claramente en la Biblia: "No matarás", y los hombres no hacen caso de ese mandamiento.»

Consecuentemente, la mujer, que tenía buenas relaciones en aquella región, aceptó lo que le proponían y, dentro del mismo secreto, se lo comunicó a su hijo, cuya quinta ya estaba reclamada. La ex-

pedición aquella se estaba preparando en todos sus detalles, con calma pero con seguridad, pues últimamente una de las expediciones fue descubierta y los guardias dispararon contra ella, muriendo algunos y haciendo prisioneros a otros.

Los guías que estaban preparando esta expedición conocían el Pirineo palmo a palmo y habían planeado hacer las caminatas de noche y descansar ocultos durante el día. Tardarían un poco más, pero las seguridades del éxito eran mayores, casi completas.

Pasaron unos días y cuando fue mercado, en la ancha plaza típica de Ripoll, poblada de multitud de mercancías, aunque no de comestibles, ropas tendidas sobre cañas, cacharros de barro, muebles de poca garantía, etc., bajo un sol resplandeciente que hacía daño a los ojos, Norberto también fue allá, paseando su alta figura solitaria y ajeno al trasiego de los demás. La gente de los campos, con su blusa negra los hombres, su chal de colores oscuros y falda limpia las mujeres, iban de acá para allá, haciendo cálculos de compra mientras, más bien, aprovechaban para verse amigos y comentar la marcha de la guerra y las noticias de los maridos y de los hijos en los frentes.

Una mujer se acercó a Norberto y, sin más explicaciones ni despertar sospechas, le dijo:

—Vete a preparar tus cosas porque esta noche partirás. Ya te dirán lo que tienes que hacer.

—Está bien —dijo el joven, lacónico, y prosiguió su lento caminar.

Aquella noche, mientras la gente dormía y la luna proyectaba su blanca luz, una sombra larga y otra más corta, con un bulto de provisiones a la espalda, atravesaban las desiertas calles del pueblo que lindaban con el campo abierto para adentrarse más allá de los sembrados hasta ganar un pequeño camino de tierra donde un coche les esperaba. Y el vehículo llevó a Norberto a unos treinta kilómetros de distancia de Ripoll, a una destartalada masía, abandonada, donde permaneció dos días esperando a que

se formara la expedición, junto con otros jóvenes llegados de otros lugares.

En aquellos dos días de aburrimiento, pero de expectación, el libro que le había dado su madre fue su compañero, más bien que los otros jóvenes, con quienes cruzaba solamente las palabras precisas para los comentarios de rigor. Lo sacaba frecuentemente del bolsillo para releer aquellas historias que ya conocía por estudios que se hacían en su propia casa, cuando unos «hermanos» de Barcelona llegaban a «predicar el evangelio».

Norberto se inspiraba en la vida de aquellos grandes hombres de Dios que la Biblia relataba; imaginaba aquel carácter peregrino de Abraham, de Isaac, de Jacob y de todos aquellos patriarcas que, guiados por el Omnipotente, si bien atravesando dificultades y peligros, llegaban a la postre a conseguir bienestar y felicidad. ¿La conseguiría él atravesando aquel peligro al que estaba abocado ahora?

Abraham había salido de su tierra y de su casa, llamado por el espíritu de Dios, sin saber adónde iba, pero Dios le había protegido. ¿No sería la situación de Norberto parecida en cierto modo? Había salido de su casa sin saber adónde ir, pero confiando en Dios, en aquel Padre bueno de que tanto había oído hablar a los predicadores de Barcelona.

Por fin se presentó otro coche, y el conductor, de acuerdo con el guía, trasladó a los jóvenes a otra masía más lejana, desde la que al día siguiente fueron conducidos a otro lugar donde el frío se hacía sentir bastante. Allí había un grupo numeroso de jóvenes y algunas personas mayores, todos los cuales oyeron con suma atención las instrucciones del guía de la expedición, quien repitió varias veces la necesidad de obedecer ciegamente y sentir un verdadero compañerismo y espíritu de sacrificio.

Aquella misma noche, guardando un silencio sepulcral, con una disciplina consciente del peligro, se organizó la partida, a veces en grupos, pero generalmente en fila india, a través de árboles, evitando

espacios abiertos. El frío era combatido con aquel esfuerzo, pero se hacía más intenso a medida que la columna remontaba hacia el Pirineo.

La expedición, que iba engrosada por varios seminaristas y algún que otro cura vestido de paisano, continuaba lentamente su marcha; en algún sitio se hizo un breve descanso para una frugal comida y entonces Norberto se dio cuenta de que la expedición era en sí bastante numerosa; creyó contar más de cincuenta personas y le pareció difícil que pudieran pasar sin ser vistos.

Dos días más tarde se encontraban ya en pleno Pirineo, una vez evitados los pueblecillos o aldeas, en donde generalmente se pedía la documentación o el salvoconducto a los forasteros, norma general al trasladarse de un sitio a otro.

Otro guía especial les esperaba en un sitio determinado, quien por medio de enlaces habría de pasarles, no solamente franqueando los trozos difíciles del Pirineo, en medio del inevitable frío intenso y de la dificultad de los caminos, sino burlando la vigilancia de carabineros o guardianes que se habían situado en lugares clave de la cordillera.

Aquella travesía fue algo imborrable en la mente de Norberto y los cuatro días de caminatas sobre la nieve, en medio de peligros, extenuados por el hambre y el frío, le mostraron el valor de la vida y la insensatez de los hombres. De un lado, a lo lejos, Latour de Carol; de otro, la frontera de Andorra.

Inevitablemente, a pesar de la promesa de solidaridad y compañerismo en aquellas circunstancias, la realidad es que la dureza de la prueba extirpó de aquellos hombres el sentido humanitario y no proferían palabra, no hacían comentario alguno cuando el número de expedicionarios mermaba porque un cuerpo quedaba atrás caído en la nieve. No todos los que tenían deseos de escapar y habían pagado su dinero para ello podían soportar aquella prueba y, cansados, muertos de frío, caían sobre aquel blanco y suave manto; muchas veces, ninguno volvía la ca-

beza hacia atrás para ver el último gesto del desgraciado que, impotente, quedaba atrás, a solas con la muerte blanca...

La corriente de las aguas cantarinas del río Segre, serpenteante por los valles helados del Pirineo, arrastraba, uno tras otro, en la hondonada, a los hombres que, aun queriendo resistir, resbalaban, hasta un número de doce individuos, en la noche helada, muy lejos del mundo de las ciudades, dando su vida en holocausto por una libertad no lograda. Sin poder hacer nada por ellos, experimentando una extraña sensación, mezcla de cobardía, impotencia, miedo, dolor, un no sé qué, Norberto vio cómo desaparecían sus dos compañeros que iban delante y uno de atrás, mientras él continuaba con el resto, sin saber cómo, para lograr el fin.

Otra noche, entre las diez y las doce, sobre la nieve brillante, a plena luna, cuando la expedición marchaba, lenta y silenciosamente, remontando el fantástico macizo del Col de Puymorens, la incansable fila india, con rostros morados y duros por el frío que el viento hacía más penetrante, se enfrentó a un camino estrecho, resbaladizo, junto a una pared del todo lisa, de nieve endurecida y como fondo el inmenso vacío abierto al pie de la montaña.

Despacio, tratando de asegurarse al máximo, fueron pasando, uno a uno, y adentrándose en la garganta, pero todos temblaban en su interior pensando en ser la próxima víctima; se aferraban a las paredes con manos que querían ser tentáculos de pulpo, pero aquellos dedos, ateridos de frío, no respondían siempre; los músculos parecían de madera y, de pronto, una mano se escapó, se oyó un golpe sordo sobre un saliente y un grito que se perdía en el vacío... Quizás el miedo se comunicó a todos y con él el nerviosismo, pues casi a continuación se oyó un segundo grito, más hondo, que dejó también un largo y prolongado eco en el vacío; luego un tercero, y un cuarto, hasta cinco hombres que fueron tragados por la inmensa boca del abismo. Los nervios de los que

consiguieron pasar quedaron deshechos y por ello caminaban luego como autómatas, cansados, sin hablar, invadidos por un pánico indescriptible que más tarde recordarían como una pesadilla de terror. El sentido de la realidad, el corazón, se habían helado y los pensamientos se habían escapado de las mentes...; vivían en la nada de un paisaje helado, lunar...

Desfallecido

Falto de alimentación, agotado por la inclemencia del tiempo e impresionado por la pérdida de sus compañeros, Norberto se sintió desfallecer, más débil y abrumado por las visiones que turbaban su mente ahora febril. Pasaban por su memoria, como en una película, aquellos que se ahogaron en el Segre, los que quedaron tendidos sobre el manto helado de la montaña, los que se hundieron en el abismo sin fin, y..., por último, perdió el conocimiento. Algún compañero le vio caer, pero era inútil, no había más remedio que dejarle abandonado como a los otros...

Debieron pasar algunas horas antes de que Norberto volviera en sí; se sintió incapaz de mover los miembros, sentía mucho frío y, sobre todo, se encontró solo, tan solo... en las nieves del Pirineo francés. A oscuras, en la noche negra, dando traspiés, sin saber qué rumbo tomar, como levantado por una fuerza superior, pudo andar. Instintivamente se metió la mano en el bolsillo y palpó aquella piel persa de su Biblia. Sí, estaba allí. ¿Y su Dios? ¿Le abandonaría ahora o le renovaría sus fuerzas como decía el salmista? A su mente acudieron rápidamente aquellas palabras: «Aunque ande en valle de sombra de muerte, no temeré mal alguno, porque tú (pastor mío) estarás conmigo: tu vara y tu cayado me infundirán aliento...» Era una de las primeras cosas que había aprendido en sus reuniones bíblicas.

Sereno y más repuesto, cobró nuevas fuerzas y,

confiando en las palabras eternas, echó a andar, y ¡hasta creyó que los ángeles le empujaban! También creyó que las puertas del cielo las veía cerca, porque encima del manto de nieve blanco y horizontal percibió un tenue resplandor que fue creciendo tenuemente hasta tomar la forma de un disco dorado que se alzaba en medio de unas nubes cada vez menos densas. Pronto aquel astro solar fue iluminando el contorno y divisó unas líneas curvas que formaban un camino; las grandes masas negras que huían a diestra y siniestra, arrebataban a la noche para dejar paso al día y la decidida aparición del sol y del día le orientaron hacia el norte. Una hora más tarde encontró a uno de sus compañeros abandonado. Estaba muerto de frío. Norberto miró a su alrededor, se arrodilló y, con gran serenidad, echó nieve sobre su cuerpo, procediendo luego a buscar algo de comer en su mochila.

Se alejó mordiendo una manzana y un trozo de pan y no muy tarde divisó uno de los gigantescos postes de alta tensión, lo que le indicaba la dirección de algún pueblecito. Efectivamente, pronto llegó a l'Hospitalet, primer poblado francés, pero en las afueras tuvo la fortuna de encontrar a un campesino que le recomendó escapar por la hondonada del valle, pues los que le habían precedido habían sido todos interrogados por los gendarmes de servicio en la carretera a Toulouse.

Al cabo de dos horas de reposo y de haber comido las provisiones que aquel buen francés le trajo, considerando su desgraciado estado, el joven catalán, algo más fuerte y bien aconsejado, se dispuso a continuar su viaje por Francia con aquellos tres mil francos en el bolsillo que su madre le había entregado antes de la partida.

Siguiendo el consejo del aldeano, continuó su marcha hacia el norte, por el camino indicado donde su presencia sería menos sospechosa, separándose de la divisoria internacional. En Aix-les-Termes tomó un tren sin dificultad y, dejando atrás pueblos y cru-

ces sin detenerse, el tren le dejó en Toulouse, gran ciudad, alegre, confiada y acogedora.

Creyó Norberto vivir una noche de ensueño al deambular sin ser impedido por las arterias de aquella urbe del Saint-Agnam, repletas de víveres, miles de artículos variados, gentes alegres y cuidadas, sin una sospecha de guerra, sin un temor de incursión aérea. ¡Cuán lejos se sentía ahora de todo aquello!

Encontró un hospedaje barato, comió abundantemente y descansó en una verdadera cama, donde sus ojos no veían nieve, no sentían frío y su cuerpo se sintió acariciado por la tibia temperatura y el calor de las cosas. Por la ventana contempló extasiado y como en un sueño aquel mundo de seres que se movían, de automóviles, tranvías y luces; aquello era animación, vida..., ¡y aquellos pobres tendidos para siempre en la montaña helada, inertes en la desolación! Cayó de rodillas y se puso a orar, dando gracias al Dios Omnipotente...

A la mañana siguiente pensó que le era necesario salir de allí, sentía la necesidad de alejarse aún más, quizá de llegar hasta Inglaterra si pudiera, país del que había oído hablar tanto. Quizás allí encontraría un futuro y lograra olvidar la espantosa pesadilla, pero para ello era preciso llegar primeramente a París, aquella capital de Europa y encrucijada de todos los caminos. Allí estaban sus posibilidades y quizás alguien le ayudaría... Tomó un tren.

El hombre de grandes bigotes, sombrero de fieltro, vientre aburguesado y pipa humeante, le miraba insistentemente. Norberto se levantaba de vez en cuando para contemplar los campos y ciudades por la ventanilla, se maravillaba de lo bien cuidada y limpias que estaban las estaciones y de la velocidad del tren, superior a la de España, por supuesto.

Pensaba también en cómo se desenvolvería, pues el costo del billete hasta París había mermado considerablemente su fortuna... y aquel hombre no dejaba de mirarle. Sólo llevaba un pequeño maletín por

todo equipaje, en la redecilla, que ya era más que lo que llevaba Norberto, pues sólo viajaba con la ropa puesta.

Las estaciones se sucedieron y el departamento se llenaba unas veces y quedaba vacío otras, pero el hombre de grandes bigotes y grueso continuaba siempre allí... De pronto, cuando estuvieron solos, preguntó en español muy gutural si Norberto era español.

—Sí, señor —replicó el aludido—, de Barcelona. ¿Usted no es español, ¿verdad?

—No —confesó el otro—, soy francés de nacimiento, pero mis padres eran españoles, catalanes, por cierto, y tengo mucha relación con las cosas de España. ¿Va usted a París?

Aquella conversación, que había empezado fría, de tanteo, fue más tarde confiada y sincera, en lengua catalana. Las ideas e intenciones del joven fugitivo, así como sus tristísimas experiencias, no fueron ya secreto para el francés, que prometió sinceramente ayudarle.

—No conozco a nadie en Inglaterra —precisó— y sin pasaporte usted no podrá llegar hasta allí, pero tengo un amigo en Mulhouse, cerca de la frontera alemana, que podrá ayudarle a usted si quiere probar ese camino...

—Bueno, si no encuentro otra cosa, le agradeceré mucho esa gestión que me propone —confesó Norberto.

Al llegar a la Gare d'Austerlitz, el joven se encontró muy pequeño en medio de aquella gente que poblaba los andenes, los mozos de equipaje, los letreros extraños y, al salir, los edificios de corte distinto. Sin embargo, el desconocido le animó, abrió paso a Norberto y le metió en su propio taxi para dejarle en un hotelito no muy lejano, reconociendo que el joven estaba muy cansado.

—Mañana vendré a buscarle y le llevaré a la Gare de Lyon para ponerle en el tren de Mulhouse —dijo, y luego se puso a hablar francés con la patrona.

La dueña, muy amable, indicó al joven una habitación y el comedor para que bajase a cenar tan pronto como se hubiese lavado, añadiendo cortésmente: «*Soyez le bienvenu, Monsieur!*»

No tuvo Norberto tiempo, ni ganas, para salir a la calle, después de la cena, pues tenía mucho sueño; el cuerpo le pedía insistentemente esas dos cosas: comida y descanso; por eso rápidamente se encontró dormido...

En París

¡París! En la mañana de sol, cuyos rayos le hirieron en la cama, desde la ventana, creía Norberto que vivía otra vida, juvenil, risueña, lejos de pesadillas y sinsabores. Aquella ciudad famosa, París, la de todos los viajes, la ciudad que todo el mundo conoce de nombre y en fotografía, la ciudad con que todo el mundo sueña, le había acogido como una fémina amorosa, alta cual su torre Eiffel y serpenteante como su Sena. En aquel París de Notre Dame y de l'Opera, del Trocadero y de su «Folies Bergeres»; en aquel París que marcaba la moda femenina, la que guardaba su histórica y trágica Bastilla, la de apaches y melodías de acordeón, la de catacumbas y *quartiers* inolvidables, de pintores y estudiantes; aquel París de gendarmes en bicicleta, portando el pan como un rifle, el de Chevalier y Prejean, París el del *amour*, se encontró el joven catalán sumido en incertidumbre.

Pero, no habiendo terminado aún su desayuno, la señora de la pensión le explicó que no tenía que pagar nada por su hospedaje y que habían traído para él una carta.

Sorprendido, mientras masticaba un brioche y alzaba el labio superior y enarcaba sus cejas, expresión habitual suya, abrió la misiva y la leyó. Su compañero de viaje se excusaba por no poder ir a verle, si bien le incluía la dirección del amigo de Mulhouse y un billete de tren con aquel destino, sa-

biendo que el joven no tenía bastante dinero. Además, acompañaba quinientos francos para la comida del camino.

Elevando sus gracias al Señor por aquella nueva intervención en su vida, Norberto abrió su Biblia de cuero, como solía hacer de vez en cuando, y buscó aquel Salmo que tanto le gustaba: «El que habita al abrigo del Altísimo, morará bajo la sombra del Omnipotente. Diré yo al Eterno: Esperanza mía y castillo mío. Mi Dios, en El confiaré. Y El te librará...»

Las consoladoras palabras conmovieron nuevamente su ser y sintió un vibrar interior así como cuando se estira una cuerda de guitarra y se la suelta en seguida. Alababa al Señor de cielos y tierra por su bondad y misericordia derramada sobre su persona.

Cuando se despidió de la dueña de la pensión, salió a la calle y caminó lentamente hacia la estación, que se hallaba cerca, pues tenía tiempo por delante...; por ello dio un pequeño rodeo para ver más de la ciudad.

El nuevo viaje en tren lo hizo más descansado, se sentía más sereno y en su cuerpo encontró más vitalidad y fuerza. Sus ojos se ocuparon en la contemplación de aquella feraz campiña del norte de Francia, y el verde, así como decían los antiguos que curaba el hígado, era como un sedante para su alma. Contempló vacas y corderos alimentándose en los valles ricos y abundantes de fresca yerba y, casi impensadamente, estableció el símil con el alimento espiritual que recibía abundantemente de Dios por medio de la Sagrada Biblia...

Una amiga original

Las horas transcurrieron y Norberto se sintió ya más situado en el tiempo y en el espacio. La chica de pelo de azabache y ojos orientales, sentada frente a él, leía un libro en cuya portada multicolor se veía una rueda de ocho rayos y una cabeza del Buda,

dorada, con largos pendientes y cabeza de casco rizado. Y, quizá porque en aquel momento no había otras personas en el compartimento, se atrevió a preguntar si aquel dibujo representaba al famoso dios oriental, como pensaba, o era cosa parecida.

La chica contestó en buen español, añadiendo que era filipina y que estudiaba en París como muchos orientales; que, efectivamente, el libro trataba de Buda y que a ella le interesaba mucho el budismo, aunque era católica.

—Supongo que será usted una excepción dentro de la juventud universitaria, ya que muchos no se ocupan de las cosas del espíritu —inquirió el joven catalán.

—No lo crea —replicó la chica—. Muchísimos jóvenes se sienten defraudados de los moldes culturales de Occidente y buscan la filosofía y la religión del Oriente como un recurso.

—Y ¿cuántos siguen, realmente, al budismo si no están satisfechos con el cristianismo? —preguntó Norberto, interesado en cuestiones del espíritu.

—Mire, no son muchos en realidad, pero consideran que la vida de Gautama Siddharta, el Buda, es un ejemplo de bondad infinita como la del Nazareno —aclaró la joven filipina—. El Buda nació antes que Cristo, unos 563 años, y ahora hay 500 millones de personas que le siguen. A decir verdad, su código de conducta fía más en el raciocinio del hombre que en fenómenos naturales y hoy los universitarios buscan más la razón que la fe.

—¿Qué países de Oriente siguen a Buda? —preguntó el joven de nuevo.

—Hoy el budismo es la religión oficial de Birmania, Thailandia, el Tibet, Cambodia, Laos, y es religión predominante en Ceylán y asilo espiritual de millones de chinos y japoneses.

—Y ¿qué se sabe del Buda?, ¿cómo era? —quiso saber Norberto.

—Era hijo de un rajá hindú y creció rodeado de lujo principesco. Los sutras, que son antiguas escri-

turas búdicas, relatan que él mismo dijo: «Yo tenía tres palacios: uno para guarecerme del frío, otro para librarme del calor y el tercero para protegerme de la época lluviosa. Delicadas trovadoras halagaban mis oídos en el último de esos palacios, del cual no salía durante los meses de lluvias.»

—Pues poco se parece a la vida de Jesús Nazareno, así que los estudiantes pueden comparar sinceramente —comentó el catalán—. El Buda es, sin duda, fundador de una filosofía del vivir, así como Mahoma...

—Bueno, aunque no se le apareció el arcángel Gabriel como a Mahoma —interrumpió seguidamente la chica—, sí tuvo una «iluminación» a los 49 días de meditación bajo la higuera (el árbol sagrado *Bodhi*) y entonces marchó a Benarés, donde pronunció su primer sermón sobre la significación de la existencia. Después, por 45 años recorrió la India de arriba abajo predicando y haciendo adeptos.

—Y ¿qué ceremonias sigue el budista? —inquirió el otro.

—Son muy variadas —explicó la joven— y depende de las tradiciones de los distintos países budistas. El sagrado nacimiento se celebra bañando con té a la imagen que yace sobre un elefante de cartón, porque, según la leyenda, el día en que nació Gautama llovió té. A los niños se les inculca desde pequeñitos los ideales budistas y el monasticismo; se celebran ceremonias cuando los chiquillos de corta edad son rapados como señal de renuncia a los placeres mundanos.

Mirando a lo lejos, a través del cristal de la ventanilla, mientras el tren corría veloz, el español consideraba la anomalía de semejantes prácticas en un siglo de cultura tan avanzada. Luego, señalando a la rueda de la portada del libro, preguntó:

—¿Qué significa esto?»

La joven, con locuacidad singular, explicó:

—Representa los ocho buenos caminos de la liberación, pero, en términos generales, el mensaje budista se circunscribe a dos manifestaciones, que son: las cuatro verdades, o sea, el dolor es universal, el deseo es la causa del dolor, el dolor cesa cuando se sofoca el deseo, y el Camino del Medio extingue el dolor. Este Camino es el sendero de las ocho ramas, que comprende: el conocimiento perfecto, la intención perfecta, la palabra perfecta, la obra perfecta, la vida perfecta, la aspiración perfecta, la memoria perfecta y la concentración perfecta.

Norberto veía cada vez más dispar y lejana aquella filosofía del Buda de la religión y la ética cristianas. Consideraba, a la luz de la Sagrada Escritura, que el esfuerzo de encontrar la salvación o la santidad por medios humanos, por esa «rueda de perfección», era utópico; sabía que el ser humano era incapaz de ser perfecto por sí solo y tenía, como el mismo San Pablo, que echar mano de Cristo para que le ayudara en su incapacidad.

—Finalmente, los budistas iluminados —prosiguió la chica— alcanzan el nirvana, que es el estado perdurable de sus aspiraciones y la meta espiritual de su vida. No tiene el budismo ninguna ceremonia complicada de conversión. Basta observar las ocho ramas para convertirse al budismo, y de ahí que muchos jóvenes estudiantes europeos se sientan atraídos por esta ética y filosofía y también por el esfuerzo que significa lucha y superación.

Quedó Norberto silencioso y sólo se oía el repiqueteo de las ruedas del tren sobre los rieles del ferrocarril. Se imaginó a aquellos orientales montados sobre ruedas de ocho rayos tratando de llegar a una meta, meta que no encontraron los fariseos de la Ley Mosaica al tratar de cumplir los mandamientos al pie de la «letra», letra de la que vino a liberar el Espíritu.

Alsacia

Sintiendo cierto apetito, el catalán se excusó para ir al restaurante del tren, donde hizo una comida

ligera, pero a su regreso no encontró a su compañera filipina. Pensó que se habría bajado en alguna estación mientras él comía, y se dejó caer tranquilamente en su asiento. Casi tenía su mente en vacío, luego de revolver en la imaginación aquellas ideas, cuando el sol se puso y la oscuridad avanzó. Las estaciones ya se iluminaban y al llegar a Mulhouse encontró una ciudad en ascuas. ¡Qué contraste con las noches oscuras de España, de prevención y de temor!

Al apearse en la población alsaciana, caminó en busca de su dirección; después de preguntar, atravesó un puente sobre el Marne que lleva al Rhin y, doblando por la esquina del suntuoso edificio de Correos, dio a poco con la casa que buscaba.

El hombre que le recibió también hablaba español y mostró gran alegría al recibir a Norberto y leer la misiva de su amigo de París. Seguidamente le presentó a su esposa y a su hija, invitándole a sentarse a la mesa para comer algo mientras llegaba su hijo que trabajaba cerca de allí, en Lutterbach.

La señora no hablaba más que francés y alemán, la chica algunas palabras de español, pero el joven, que llegó poco después, se expresaba en correcto castellano.

—Aquí muchos tenemos que hablar el alemán —explicó—. Ya ve, la frontera alemana está ahí enfrente. El mismo Rhin hace de frontera y, más abajo, Suiza, Basilea, donde todos hablan alemán.

—Yo no sé nada de alemán y muy poco de francés —explicó Norberto—, pero entiendo que Alemania es un gran país, de gran industria, donde no sería difícil encontrar trabajo. Quizá me gustaría vivir allí; ya sabe, los catalanes nos inclinamos siempre por la industria...

—El carácter alemán es muy peculiar y no es fácil para los españoles amoldarse a él —terció el padre—; de todas formas, es difícil entrar en Alemania si no va uno bien documentado. Para pasar

la frontera se necesita un pase o un pasaporte para los extranjeros...

—Ya me doy cuenta —confesó Norberto—, pero de la forma que yo salí de España, difícilmente puede uno venir en regla...

—Creo, papá, que podría quedar aquí unas semanas y ya veremos entretanto —dijo el chico francés—. ¡Quién sabe si, cuando se sienta más fuerte, puedo encontrar trabajo para él en la fábrica de Lutterbach y ya dirá él qué le conviene después.

—Me parece bien —repuso el padre.

De esta suerte el joven catalán permaneció un tiempo en aquel lugar fronterizo, entre Francia, Alemania y Suiza, fortificándose y aprendiendo más bien el francés, ya que el alemán lo encontraba muy duro. No le fue difícil encontrar amigos que tenían la Biblia como él y asistir con ellos a reuniones de estudio de la Biblia o capillas en donde se hacía predicar el nombre de Cristo...

De vuelta a España

La guerra de España tocaba a su fin y un día el dueño de la casa vino con una noticia a la mesa, noticia que inquietó a Norberto.

—Parece ser —dijo— que la policía francesa anda ahora ejerciendo vigilancia estrecha sobre todos los españoles que puedan encontrarse en el país sin documentación en regla. Tienen órdenes de ponerles en la alternativa de traspasar la frontera por donde entraron en Francia, o de que se enrolen en el tercio extranjero para llevarles a Africa.

—Es un problema para ti, Norberto —temió el joven francés que le había dispensado su amistad.

—No, no, el problema es para vosotros —dijo Norberto—, porque si la Policía sabe que me tenéis aquí sin pasaporte podéis sufrir sanciones.

—Lo malo es —arguyó el padre incidiendo en el asunto— que no puedes entrar ni en Alemania ni en Suiza sin documentación y lo único que veo practi-

cable es buscar el camino hacia un Consulado español de la zona nacional. Allí podrías encontrar auxilio.

—Muy bien, pues haremos esto —aceptó Norberto—. Yo no quiero causarles dificultades, después de haberme recogido con tanta generosidad, y, por otra parte, si la guerra acaba pronto, habré logrado mi deseo de no intervenir en ningún bando y de evitar matar a ninguna persona. Tomar un fusil es lo que no he querido nunca hacer.

No pasaron muchos días antes de que Norberto se viese provisto de un documento que le permitía atravesar la frontera suiza por Basilea, hasta Berna, en cuya localidad debía nuevamente presentarse ante un Consulado español. Allí supo que tenía que dirigirse a las Islas Baleares, vía Génova, puerto que se venía utilizando para recoger a españoles de otros países llegados allá en diversas circunstancias.

El recorrido por tren desde Berna a Lugano fue para Norberto como una película deliciosa; tan encantador era el paisaje suizo y tan polícromo, atravesando enormes túneles y remontando pendientes increíbles junto a los profundos valles, nevados en algunos casos, como en San Gotardo. Pronto, cumplidas con facilidad las formalidades aduaneras, el joven llegó a Milán, con una breve parada, y continuó hacia la costa, hacia Génova, el puerto importante italiano en el Mediterráneo.

VIII

DESDE EL MAR NEGRO

«Tandis que vous vivrez
Le sort qui toujours change
Ne vous a point promis
Un bonheur sans melange.»

RACINE (*)

El crucero «Baleares», botado en El Ferrol en 15 de agosto de 1932, se incorporó a la Flota el 29 de enero de 1937 y cumplió misiones de campaña durante la guerra española. Bombardeó 33 veces los puertos españoles y 13 las baterías de costa, apoyando las operaciones de Málaga, cooperando en el abatimiento de aviones, y tuvo cuatro encuentros con la Flota republicana y sufrió ataques de torpedos. Sus hombres eran valientes y experimentados y estaban acostumbrados a seguir convoyes en las aguas peligrosas entonces del Mediterráneo.

A las dos y veinte de la mañana del 6 de marzo de 1938 se encontró con la Flota enemiga. Iba escoltando un convoy con los cruceros «Canarias» y «Almirante Cervera» cuando algunos de los 14 torpedos lanzados contra él le ocasionaron la voladura de los pañoles de pólvora. El efecto fue brutal y las cien mil toneladas del barco, juntamente con sus héroes, se abismaron en el Mar Mediterráneo después de una terrible fase de persecución.

(*) Mientras vivamos, la suerte siempre oscilante, no nos prometerá bien sin algún mal.

Toda Mallorca se conmovió y con ella millones de españoles que lloraron la pérdida de aquellos valientes. Para la posteridad se alzó un monumento de singulares proporciones en la isla, pero el tráfico de convoyes se vio seriamente amenazado.

Cerca de veinte barcos españoles se vieron detenidos en el Mar Negro, durante más de once meses, por el año treinta y ocho. Odesa albergaba al «Juan Sebastián Elcano», el «Ciudad de Tarragona», el «Inocencio Figueredo», el «Isla de Gran Canaria» y el «Mar Blanco». En Feodosia se hallaba el «Cabo de San Agustín» y los otros en Batun, Rostov, etc.

Odesa, capital de una extensión aproximada a Barcelona, tenía un Club Internacional en el que se reunían las tripulaciones de los barcos de varios países y el número de españoles era notable. Apenas si necesitaban conocer nada de ruso, pues allí hacían casi su vida diaria en su lengua materna, pero fuera, con el pueblo, ya se daban cuenta de lo difícil que les resultaba aquel idioma; pero más difícil aún se les hacía el soportar el invierno.

Para combatir el frío era preciso beber mucho vodka y por eso en el «Krasnaia Bar» de la Vía Lenina, en el «Falconia», en la «Sala» y, sobre todo, en el Pidchaski, que era un restaurante-dancing, los españoles gustaban de compararse con los rusos, apostando por el que bebiera más.

Renato en Odesa

Renato, como sabemos, se encontraba a bordo del «Mar Blanco» y llegó a ser bastante popular entre los hombres por haber vencido en más de una ocasión a los rusos tanto en ejercicios de fuerza como en resistencia a la bebida. Al fin y al cabo era de sangre vasca...; pero las mujeres también venían a él por ser, además de fuerte, elegante y «bien plantao», como decía el «niño de Cai». Como si se encontrase en plena vía madrileña, al paso de alguna castiza, Renato se insinuaba a las mujeres con su inicial

ochin krasiva por el inolvidable Parque de la Arcadia que, al paso de los años, levantaría empolvadas hojas en su corazón llenas de melancolía.

Pasaron los días y los meses, creando la rutina de la vida nuevas necesidades, pues las tripulaciones se vieron faltas de dinero, sobre todo cuando el Gobierno ruso se incautó de algunas embarcaciones. Había que ingeniarse la manera de conseguir rublos...

Los rusos vestían mal, muy mal, sin elegancia, y la ropa les resultaba cara, razón por la que el paso de aquellos extranjeros llamaba siempre la atención. En muchos casos hombres y mujeres rusos llegaban a tocar la americana, la corbata u otra prenda de algún elegante extranjero, y los más atrevidos, que frecuentaban el muelle, se acercaban a ellos cautelosamente y, sin rodeos, les preguntaban: «*¿skuelka?, ¿skuelka?*» (¿cuánto?, ¿cuánto?), comprándoles zapatos, camisas, sombreros, etc. Por los relojes de pulsera, que muchos no habían visto en aquella región, pagaban precios elevados.

Es verdad que la policía perseguía aquellas operaciones, pero había algún comprador de ropa usada que, con habilidad, despistaba a los agentes quitando las marcas a las prendas y haciendo firmar recibos falsos para eludir toda responsabilidad. Y fue aquí donde Renato encontró el medio de obtener *yingui,* toda vez que compraba a los ingleses de otros barcos trajes por doscientos rublos que luego vendía a su enlace por ochocientos o mil.

El «negocio» se vulgarizó de modo alarmante y no faltaron sus notas cómicas como la de aparecer ingleses y noruegos en calzoncillos en el Interclub, despojados de sus pantalones en algún cuarto mientras estaban ebrios por la bebida. En verdad, algunos de nuestros españoles lo hicieron.

El «niño de Cai», bajo y regordete, pero hablador como él solo, era uno de aquellos andaluces de corta mentalidad que veía la hombría en la provocación y la camorra, sobre todo cuando bebía más de la

cuenta o cuando aparentaba haber bebido. Pertenecía al «Isla de Gran Canaria», en donde todos le tomaban el pelo por su peculiar comportamiento. Sin ninguna razón que lo motivara, se aproximaba a la litera de algún marinero que dormía y, empuñando una faca bien afilada, le despertaba y, ante la sorpresa del otro, apretaba los labios y, con ojos como fosforescentes, le espetaba sin rodeos:

—He venío a pinchate. M'an dicho que tú a dicho que yo é dicho qu'en Ruzia ze muere la gente de hambre... y me van a linchá lo del Clú...

—Hombre, yo no he dicho nada —respondía el amenazado—. Habrá sido otro...; yo sé que tú eres un buen camarada y defiendes a Rusia...

—¡Ah, güeno...! —aceptaba el de Cádiz, dando luego media vuelta y marchándose en busca de otro.

El que había sido despertado, se daba media vuelta en la cama y pensaba, tragando saliva, que algún día iba a pasar algo grave con aquellas ganas de «pinchar» que tenía el gaditano.

Cierto día, cuando se hallaba el de Cádiz con otros amigos en el Club y vio entrar a Renato acompañado de un inglés bien vestido, al que supuso próxima víctima, dijo al compañero:

—Ete Renato é un linze, ¡no le falla uno! Fijao uztede el trajezito que me lleva y, claro, como le chamulla el inglé...; pero mi menda no ze quea zin la pluma; é estupenda, ¿verdá? Eza tié que zeé pa mí... —y, sin pensarlo dos veces, se acercó a la mesa.

Renato y su acompañante inglés le vieron venir, bajaron sus copas y le miraron interrogantes, pero el «niño de Cai» no dijo nada. Se sacó del bolsillo unos rublos, los puso junto a la botella y de un tirón le arrancó la pluma estilográfica al inglés, dando media vuelta como si el negocio estuviera zanjado.

Aunque el inglés quedó estupefacto, fue sólo un instante, porque reaccionó con energía y el «niño de Cai», antes de atravesar la pista, se vio cogido por un brazo y, al volverse, recibió un directo en la

nariz que le produjo un derrame de sangre, amén del consabido profundo dolor, en tanto que el inglés recogía su pluma y le echaba encima los rublos.

Se armó el revuelo correspondiente y el andaluz comenzó a gritar: «Por mi mare, zujetáme qu'a eze me lo como. Ze la é pagao bien y entoavia me pega. Zujetáme que lo mato...», con lo que causaba la risa de todos los españoles.

De regreso al barco se fue directamente al practicante de a bordo, pidiéndole le viese la nariz porque le dolía terriblemente y tenía ya dos pañuelos llenos de sangre.

—Eso no es nada —dijo el oficial—. Es una epístaxis traumática, sin mayor importancia.

—¡Qué epitazi ni qué gramática, éto lo qu'a zio é un cate en toa la narí que m'a partío! —y agregaba que el pañuelo lo había de llevar a Barcelona para que viera Negrín cómo le trataban a él en Rusia...

Navegando por el Pireo

Habiendo transcurrido ya casi un año de inactividad de los barcos españoles en el Mar Negro, quedando incautados por los rusos, se dio la orden de que los españoles regresaran a su país a bordo de un paquebote francés, noticia ésta que corrió como la pólvora, causando un gran impacto incluso en los más exaltados, aquellos que se quejaban de no estar en el frente con un fusil para defender la causa roja; se echaron a temblar, fingiéndose enfermos, y trataron de eludir el compromiso, pero no hubo manera.

En la célebre Sala se exhibía un gran mapa de España en el que con unas banderitas se marcaban los avances y retrocesos de los frentes de combate y los españoles siempre lo consultaban para saber a qué carta quedarse y luego discutir, pero aquella mañana quedaron perplejos al ver que los nacionales habían llegado al mar por Vinaroz y habían dejado una gran bolsa en Cataluña. Comentaron entre

sí la gran dificultad en que se encontraban las fuerzas de la zona de la República.

Llegó, por fin, el día de abandonar Rusia y la operación de traslado se llevó por etapas y grupos. Poco a poco irían todos a España, pero ¿adónde? Y entonces hubo sus temores y sus discusiones. A Renato le tocó incorporarse al primer grupo, y aunque la noticia no le gustó mucho, trató de disimular y lo mismo hicieron los otros.

El «Theophile Gautier», uno de los más asiduos a los puertos rusos, despegó temprano de los muelles de Odesa y surcó las aguas del Mar Negro en dirección a la estrecha salida del Mar de Mármara, no muy lejos de la costa rumana, para hacer pronto escala en su puerto de Costanza. Siguió luego hacia la angosta abertura que ofrece Constantinopla, llamada por Napoleón «llave del mundo» por su emplazamiento estratégico.

La visión de aquellas cuatro urbes —Pera, Gálata y Estambul, a la derecha, y Escútari, a la izquierda— es majestuosa, y el canal, tan estrecho que hasta las voces pueden oírse. Por eso el «niño de Cai» hizo su comentario:

—Jozú, zi éto é má etrecho qu'er mango de la zartén de Cai!

Los habitantes de aquel pequeño mundo flotante se trasladaban de un sitio a otro con sus máquinas fotográficas o sus tomavistas, hablando en diversas lenguas para comentar aquella belleza y el cambio de tonalidades, de rubio oro a gris plata, que la caída de la tarde ofrecía.

Mientras en primera y en segunda los pasajeros fatigaban sus músculos con el baile, en tercera, oyendo la lejana música, Renato y otros españoles comentaban la situación y la problemática de sus días venideros...; también fatigados, se retiraron a dormir.

Al día siguiente el «Theophile Gautier» pasaba junto a la isla de Rhodas y Chipre para detenerse en Beirut, la más importante ciudad del Líbano, con

sus numerosas religiones, donde circula desde el corriente sacerte católico francés hasta el ortodoxo griego, de larga barba, coleta y gorro-rascacielos. Desde allí algunos pasajeros tomaban el tren para Damasco, inmemorial en la historia, cerebro del Islam religioso.

Hasta caer la noche, cuando las luces de cubierta brillan fulgurantes sobre la mar negra, nativos bronceados ofrecen desde sus barquillas los objetos más heteróclitos para cobrarlos en cualquier moneda del mundo. Aquellos hombres sabían tanto como los cambistas de Tánger o de Lisboa, pero los españoles se sentían con bolsillos vacíos. Y mientras un acordeón suena alegre en la proa y unos sacerdotes suben a bordo con sus maletas, el barco se dispone a partir. Lo mismo que en Costanza, los españoles no tienen permiso de bajar a tierra; van «destinados» o «consignados» a España, vía Italia.

Ahora una flauta acompaña al acordeón y pronto el ruido de las cadenas levantando las anclas apaga la deliciosa música oriental. El destino ahora es Caifa, puerto en malas condiciones, donde los pasajeros tienen que utilizar lanchas para llegar a tierra y, como los misioneros, tomar el tren para Jerusalén.

A la mañana siguiente los españoles encontraron a bordo una notable variedad de razas y de lenguas y también polícromos atavíos religiosos. Quedaba por visitar todavía en el Asia Menor el puerto de Alejandreta, desde donde el barco retrocede en su ruta para acercarse a la península helénica y tocar el puerto de Pireos, llamado por su importancia el Manchester de Grecia.

El argentino

Renato y dos de sus más íntimos amigos habían recorrido ya todo el barco y en alguno de los bares habían echado unos tragos, haciendo conocimiento con algunos pasajeros que, al enterarse de que eran españoles, les hacían preguntas acerca de la guerra.

Un argentino tomó parte en la conversación mientras bebían cerveza, encantado de hablar en su lengua materna, luego de «un tiempito» en el Bósforo.

—A mí me apena, ché, que ustedes estéis en guerra —dijo—, porque nosotros allá, la verdad, tenemos afecto a la madre Patria, no más, y parese que no es buen ejemplo que los hermanos se maten así como así...

—Pues allá en vuestra América, ustedes no nos dan muy buen ejemplo, porque cada semana hay una revolución y un golpe de estado con un nuevo general a la cabeza —replicó Renato.

—Bueno, sí, quisás todos tenemos la misma sangre. Ya sabe lo que dijo Ganivet refiriéndose a la colonisasión hecha por España: «El código judicial del caballero español se reducía a llevar en el bolsillo el único artículo que rezaba así: se autoriza a este español a hacer lo que le dé la gana», y así salió la cosa.

—Bueno —intervino «el bilbaíno», compañero de Renato—, pero también habría buenas personas; muchos fueron con espíritu religioso y la cruz, de manera que...

El alemán

—Se equivoca, joven —interrumpió un alemán que había vivido quince años en Barcelona y hablaba muy bien el español—. Yo soy más viejo que usted y puedo decirle que las guerras religiosas son las peores, y muchas etapas de esa colonización con la cruz alzada fueron cualquier cosa menos espíritu cristiano. ¿Qué dijo Lope de Vega?: «No los lleva cristiandad, sino el oro y la codicia.»

Hubo un silencio casi sepulcral tras las palabras de aquel hombre con rostro de mariscal, pero pronto fue roto por el argentino, que añadió:

—Sí, pero, con todo, el hecho es que España ha civilizado a medio mundo.

—Pero ¿qué es la civilización o en qué consiste la civilización? —preguntó el alemán.

—Yo creo —dijo otro— que Ruskin dijo: «Las grandes naciones escriben su autobiografía en tres manuscritos: el libro de sus hechos; el libro de sus palabras y el libro de su arte...», y si nos fijamos atentamente, veremos que España es, en efecto, punto capital de la civilización. Mire, cuando Europa cayó en la barbarie de la primera Edad Media, cuando se disolvió el Imperio Romano, la primera luz de civilización regresó a través de los árabes. Los árabes salvaron la herencia griega y recogieron lo que pudieron en Bizancio para traerlo hacia el Oeste...

—Claro, y en España tuvimos a los árabes durante muchos siglos —terció Renato.

—Sí, efectivamente —aclaró el otro—, por el puente de los árabes volvió el pensamiento griego a Europa y el arco maestro de ese puente fue España. En ningún otro país se hizo un contacto más grande, más importante y más completo entre el mundo islámico y el cristiano que en España, donde todavía podemos contemplar aquella floración de monumentos que, como la Mezquita de Córdoba o la Alhambra de Granada, son exponente fiel de aquella presencia.

—Oiga —preguntó entonces Renato—, ¿no salieron de Córdoba pensadores y hasta papas?

—Exactamente —dijo aquél—, abades y papas fueron a estudiar a Córdoba, que fue durante dos siglos la capital cultural del mundo europeo. Allí iban ingleses, franceses, lombardos, etc., a recibir la enseñanza y sabiduría de los griegos, y en Toledo se fundó en pleno siglo once la famosa escuela de traductores, el centro más activo de difusión de la cultura de la Edad Media; y el hecho más importante de la historia es el descubrimiento del Nuevo Mundo, originado en España.

—Conforme —aceptó el alemán—, pero un año después de ese descubrimiento, el 1493, el papa Ale-

jandro VI delegó a los reyes españoles, mediante bula especial, el poder temporal y espiritual sobre la Iglesia en los dominios de aquellos reyes y ocurrió que cada uno de aquellos reyes católicos se consideraron vicarios apostólicos...

—Entonses, ché, ¿a quién damos grasias por ser católicos, a los reyes o a los papas? —preguntó riendo el argentino.

—A cualquiera menos a mí —dijo también riendo Pepe el alicantino—, porque yo no creo en reyes ni en papas.

—Ese es un problema arduo de enfocar —dijo el razonador alemán—, porque se necesitaría mucho tiempo para hacer una disquisición histórica; sin embargo, podemos ver que la propagación y mantenimiento de la religión resultó una función del Estado y hasta el nacimiento de países independientes el papa desempeñó un papel secundario en asuntos religiosos. Fueron los césares cristianos quienes marcaron la pauta en Iberoamérica, es decir, los que se llamaban «Su Real, Sagrada, Católica y Cesárea Majestad».

—Yo he viajado mucho, por casi todos los mares de la tierra —intervino Renato—, y nunca me paré a pensar en las cosas de la religión, pero recuerdo que allá en Bilbao mi tía me llevó a un padre que se llamaba Altolaguirre y me dijo que yo tenía que ser como un palo o un muerto para obedecer a la Iglesia sin replicar. ¿Ustedes creen que todos los ciudadanos de un país deben obedecer a la Iglesia así como un muerto o como un cadáver que no opina ni piensa?

—Hermanito, como yo estoy bien vivo —intervino otra vez el alicantino—, pues no quiero obedecer así como así, sin pensar...

—Fue también Ganivet —aclaró el alemán— quien dijo que la flaqueza del catolicismo reside en el embotamiento que produjo a algunas naciones el empleo de la fuerza, el sistema férreo desde el bautismo hasta el oficio de difuntos; tanto es pecado mortal el comer carne en día prohibido como el negar la

existencia de Dios, el dejar de confesarse como el cometer asesinato, el que...

—Mire, señor —interrumpió el argentino—, ayá en la América estamos muchos que nunca fuimos convensidos...

—Pero en el nuestro tampoco —dijo fulminante Renato—. Métase usted en los barcos, en los muelles, en las fábricas, en la masa obrera de España, incluso en la clase media y hasta los señores. ¿Quién está convencido? Nos hemos hecho hipócritas...

—Todo esto se debe —aclaró el anciano alemán— al peligro de mezclar el Estado con la Iglesia.

—Usted perdone —abordó Renato—, ¿es usted protestante? Supongo que siendo alemán...

—Exactamente —confesó el viajero—, pero en mi país los católicos tienen libertad y les ayudamos hasta el extremo de que el obispo católico de mi parroquia, o sea en donde yo vivo, agradeció públicamente a la Iglesia luterana su trato con los católicos.

—Perdone que interrumpa otra vez —insistió Renato—, pero yo he oído decir que Lutero fue el fundador de la religión de ustedes, o sea, otro papa, y que todos los gobernantes le siguen en Alemania.

—¡Ah!, no, no, no —dijo el alemán—, se dicen barbaridades en contra de Lutero y del protestantismo. Lutero es sólo una figura del protestantismo, pero el mundo protestante no sigue a Lutero como infalible. Hay muchos maestros de la Reforma que han abierto camino, como Zwinglio, Melanchton, Calvino, etc., en la Reforma protestante, pero, de hecho, millones de llamados protestantes no siguen a ninguno de esos hombres, sino sólo las enseñanzas de la Biblia. Y en cuanto a los gobernantes, nosotros tenemos protestantes, católicos y no religiosos entre los ministros del Gobierno.

—Bueno, yo he oído decir que si Lutero no hubiese provocado esa reforma —precisó Renato— Europa hubiera tenido más paz y más progreso.

—Lo contrario es la verdad —afirmó resueltamente el alemán—. Fue precisamente un sabio no pro-

testante, Harnack, quien dijo que, al considerar toda la Historia de Europa desde el siglo segundo hasta nuestros días, no se puede negar que la Reforma fuera el acontecimiento más grande y benéfico, superior a todos los descubrimientos y a todos los progresos de la civilización material, pues la Biblia llevó a las gentes una religión puramente espiritual...

—Yo quisiera, ¿me permite, caballero? —interrumpió el argentino—; pues yo quisiera, o mejor, desearía saber tan sólo una cosa que oigo tantas veces en mis viajes. Ya sabe, en los viajes largos se habla de todo... y, claro está, de religión también, especialmente por esta parte del mundo, por estos mares que bordean países llenos de religión, judíos, musulmanes, católicos, protestantes, ortodoxos, coptos, etc. Bueno, pues se dise que la Biblia no debe darse al pueblo y que eso del libre examen es un peligro que origina la formación de muchas sectas. ¿Es así la cosa? Usted que no es católico, quisás pueda desirnos...

—Pues bien, yo no pretendo convencerles a ustedes, ni mucho menos agotar este profundo tema en un rato de conversación, pero ya saben que fueron los jesuitas los iniciadores de eso que se llama «dirección espiritual», que nada tiene que ver con la confesión, donde el confesor escucha pecados, da algún consejo e impone penitencia y absuelve. También entre los luteranos algunos se confiesan, aunque de manera diferente, pero la cuestión de la «dirección espiritual» requiere que el director tenga todos los pensamientos de su «hijo espiritual», sus deseos, su profesión, las condiciones en que se desenvuelve su vida y con arreglo a ello se mete de lleno en el secreto del individuo y le traza un método o camino para que pueda llegar a la santidad o perfección. En otras palabras, es la dirección del hombre por el hombre mismo, no la comunicación del hombre con Dios o del hombre con la Palabra de Dios.

El protestante cree que no debe someterse a un hombre, sino que se entrega directamente a Dios y

a su Santa Palabra; el protestante ha encontrado la Biblia y busca en esos libros santos la norma de fe y de moral para caminar en santidad...

—Oiga —interrumpió con sorna Pepe el alicantino—. ¿Y usted cree que los protestantes son más santos que los católicos? ¡Quiá! Yo he visto en los barcos y fuera a muchos de los países protestantes que hacían cosas que mejor no hablar... y en cambio he visto a católicos excelentes, honrados y buenos.

—Estoy de acuerdo con usted —atajó el alemán—, el error consiste en creer que el nombre de la religión es una tarjeta de garantía. El hombre es bueno o santo, ya sea católico o protestante, cuando hay dentro de él aquello espiritual que no hay en los otros, también sean católicos o protestantes.

—Entonces, ¿a quién damos la razón? —preguntó el bilbaíno, que había estado escuchando con interés y silencioso.

—Pues a todos y a ninguno —explicó el alemán—, porque la verdadera vara de medir está precisamente en la Biblia y el único juez que tenemos es Dios mismo que nos ha dejado su libro conteniendo su revelación o su voluntad.

—El libro ése, que supongo será la Biblia —dijo Renato—, si lo lee todo el mundo como leen el Quijote, cada uno lo interpretará como desee.

—No crean ustedes que nosotros —confesó el alemán— no nos damos cuenta de que hay un peligro de infiltración en el libre examen. Toda persona con malas artes puede abusar de la Sagrada Escritura para descarriar y engañar a otros, pero esto ocurre con el libre examen y sin él, con la autoridad de la Iglesia y sin ella; el hombre malo siempre tratará de levantar su propia bandera, o su secta, como usted ha dicho, pero esto no invalida la doctrina sana y verdadera de la Palabra de Dios y comparándola juntos católicos y protestantes pueden encontrar los caminos comunes y verdaderos.

—Pero ¿no se podrían poner todos los hombres de acuerdo en la interpretación de la Biblia y así

no habría tantos grupos y sectas? —preguntó el alicantino, algo más interesado.

—Mire, yo lo veo imposible. Dondequiera que haya un hombre con derecho a opinar, habrá una idea y unos seguidores; también unos medios de convicción para formar grupo —replicó el protestante—, pero eso no invalidará nunca la verdad de la Biblia. En la moral católica, si usamos términos escolásticos, cuando una cosa es buena *per se* y mala *per accidens,* se dice que es lícita y recomendable, si se intenta lo bueno, y no debe ser condenada. Así, cuando se objeta que muchos se confiesan y comulgan sacrílegamente, la escolástica nos dice que no se van a suprimir los sacramentos porque esto suceda *per accidens*. De la misma manera, podemos decir que si hay descarriados en el protestantismo, en esa amplia gama de libertad de interpretación de la Biblia, lo es por *accidens,* pero que el libre examen y la interpretación de la Biblia es buena, lícita y recomendable *per se*.

—Yo no entiendo perfectamente todo eso que usted ha dicho —confesó Pepe el alicantino—, pero estoy con usted en que un hombre no debe ser guiado por otro hombre en su sentimiento interno. A mí, yo creo, Dios me ha hecho libre y no quiero que me dirijan por dentro; ya me basta que lo hagan por fuera. Y, mire, yo ahora no volvería a España, pero me obligan y no sé lo que nos pasará a ninguno de nosotros.

—Eso es verdad —dijo Renato—, estamos muy preocupados; nos acercamos a España y no sabemos qué será de nosotros, que hemos estado en los barcos de la zona roja y en Rusia...

—Les invito a una cerveza —dijo el viejo alemán para alegrar a los jóvenes españoles, y todos aceptaron y se acercaron a la barra.

El «Theophile Gautier» llegó pronto a Grecia y echó anclas en el previsto puerto de Pireos, precisamente frente a la Aduana, de donde habría de partir

a la mañana siguiente con destino directo a Barcelona.

Hubo viajeros que subieron con sus maletas y otros que descendieron; algunos bajaron a tierra sólo por unas horas, para ver la ciudad de noche o para divertirse de otro modo, pero entre los que bajaron iban tres españoles, sin equipaje, sin permiso, pero con una idea fija y un plan fraguado secretamente...

Y así fue cómo, tras silenciosas pesquisas, Renato, Pepe el alicantino y Toni el bilbaíno se encontraron con el mismo hombrecillo del «canotier» de la calle Tetragonon, aquel que había ayudado a José Miguel para volver a la España nacional.

Renato había explicado al pequeño ex capitán su deseo y éste, acostumbrado a operaciones parecidas en aquella Grecia vinculada a los asuntos de la guerra española, les buscó sitio adecuado para dormir aquella noche, y al día siguiente, mientras el barco francés partía directo para Barcelona con tres españoles menos, el tren eléctrico de Pireos llevaba hasta Atenas, la bella ciudad del Partenón, a Renato, Pepe y Toni. El locuaz agente griego les entretenía en su «liberal» lengua española y les explicaba que les facilitaría pasaporte para volver al «otro lado», vía Italia, como hizo con los anteriores...

IX
MAJORICA

«Plinio llama "Baleares Funda Bellicosas"
A estas islas hermanas de las islas Pythiusas.
Yo sé que coronadas de pámpanos y rosas
Aquí a un tiempo danzaron ante ei mar las musas.»

RUBÉN DARÍO

Los hebreos tienen un héroe bíblico, desde tiempos remotos, que mató al famoso gigante Goliat con una piedra, hábilmente manejada con una honda, en la lucha del pueblo de Israel contra los filisteos.

También los honderos baleares eran gente de guerra de las poblaciones talayóticas de las islas a quienes Diodoro de Sicilia, reflejando el estado de cosas de principios del siglo III antes de Jesucristo, encuentra «desnudos en el verano».

Los escritores clásicos, tras el espejuelo de la fama de los honderos, lanzaron la presunta etimología de Baleares, del verbo griego *balein,* que significa disparar, lanzar. Y no es extraño que escultores y pintores hayan dedicado obras, como Lorenzo Roselló y Lorenzo Cerdá, a los honderos baleares desnudos.

El folklore mallorquín

Restos arqueológicos actuales muestran cuevas de habitación y de enterramiento, poblados fortifi-

cados, etc., entre los que destacan los famosos *talayots,* que tenían el doble fin de servir de torres de defensa y de monumentos funerarios. Por todas las islas se descubre este material, abundante cerámica y útiles de bronce.

En su hermoso poema *La deixa del geni grec,* Costa y Llobera, sacerdote-poeta, pinta un episodio sangriento de la tribu de la Encina, moradores salvajes de los bosques vírgenes cerca de la colonia de Boccoris, fundada por egipcios.

Describe una danza bélica y un baile sagrado de las sagas en torno de una encina corpulenta y del fatídico altar de piedra para el sacrificio.

«Així cent veus cantaven
a cor sota el ramatge
de la sagrada alzina, i
amb majestat salvatge
se dilatava el càntic
pel bosc i per la nit...»

Las actuales danzas de los *cossiers* de Manacor, de Montuiri, de Alaró, con su «Dama» y el «Dimoni» disfrazados con trajes especiales, son reminiscencias de aquellos tiempos primitivos; el demonio, de máscara atrozmente fea, con puntiagudos cuernos y cola negra, cansado de danzar, se arroja a las plantas de la «Dama», dando un fuerte resoplido mientras ella pone el pie sobre su feo cuerpo como para denotar la victoria de la virtud sobre el vicio.

A partir del siglo VI aproximadamente empieza la decadencia de la cultura talayótica y la visita de naves griegas y fenicias que transportan directamente los metales de España a Oriente. A los navegantes griegos y romanos que llegaron a las islas Baleares les causó una fuerte impresión de salvajismo aquellos aborígenes «bañados por el oleaje, envueltos en pieles de carnero, sin vestido, sin zapatos», como relata Licofrón, poeta del siglo III antes de Cristo.

Los tiradores

Según ciertos autores aquellos guerreros llevaban tres hondas ceñidas al cuerpo, y Estrabón precisa: «Alrededor de la cabeza llevan tres hondas de junco negro, de cerdas o de nervios: una larga para los tiros largos, otra corta para los cortos y otra mediana para los intermedios.» Diodoro llega a decir que tiraban piedras del peso de una mina (como medio kilo de hoy) y que «en el tiro son tan certeros que la mayoría no yerran en el blanco». Además, que las madres ejercitaban a sus hijos obligándoles a derribar de un árbol el pan que habían de comer.

Un erudito refiere que, incluso en el año 1787, en Mallorca, «los payeses permiten a sus hijos el ejercicio de la honda, con la que son hábiles para matar perdices o conejos con esta sola arma». Aquellos honderos, al parecer, se sumergieron en la penumbra con la «paz romana», luego de la ocupación de las islas por Roma por el año 123 antes de Cristo, y se sabe que Metelo, precavido contra las hondas, había dispuesto pieles en la cubierta de los navíos para proteger a sus hombres. Fue aquella operación de castigo la que llegó a incorporar al *Mare Nostrum* aquel pedazo de *Mare Balearicum,* hirviente de corsarios y de piratas.

Conquistada Mallorca y Menorca, Quinto Cecilio Metelo trajo de la Península Ibérica tres mil colonos romanos y fundó Palma y Pollensa. Octavio Augusto decretó en el año 38 antes de Cristo la incorporación definitiva de España al Imperio Romano, y no falta quien dice que si San Pablo, en el año 58, escribiendo a los fieles de Roma, dice «os veré cuando vaya a España», visitaría indudablemente Mallorca, escala forzosa de las naves de Roma con dirección a España.

Tras los reyes vándalos, que comenzaron a devastar las Baleares por el 426 y a retirarse con mucho botín, y luego de la dominación bizantina y musulmana, esta última acaudillada por el Jaulani en el

902, el momento histórico más importante para el archipiélago es, sin duda, la conquista de Mallorca por el rey Jaime I.

Mallorca catalana

Los Pirineos y el Mar Mediterráneo fueron siempre vocación expansiva de la Corona de Cataluña y Aragón, y efectuada la anexión de parte del sur de Francia por Alfonso II y muerto Pedro II el Católico, el niño de cinco años Jaime I viene a marcar un punto de trascendencia histórica para la isla de Mallorca.

Dice un cronista que, desde niño, el famoso conquistador se había enamorado de la Biblia, que la aprendía de memoria y que la recitaba en las fiestas, que

> «*entendia bé y sabia les divines Escritures per gratia del Sant Esprit et predicaba en totas festes del any, en qualsevol ciutat... devotament et molt maravillosament, explicant les Santes Escritures...*».

Se había registrado una serie de incidentes marítimos entre las tripulaciones catalanas y moras en aguas de Ibiza que dieron lugar al apresamiento de una nave mora y el emir se apoderó a su vez de dos naves barcelonesas. Los comerciantes catalanes se quejaron al rey don Jaime, y Pere Martell dio un banquete al rey y a la nobleza en Tarragona para determinar la conquista. Don Juan Alcover evoca con su pluma la escena:

> «*El bon Pere Martell, a Tarragona, tenia el Rei i els nobles convidats i els parlà de Mallorca llarga estona, deixant-los astorats...*»

El rey, al decir de los cronistas, estaba en la plenitud de sus veinte años..., «el hombre más guapo del mundo, más alto que la mayoría y de sana con-

textura. De ojos negros y pelo rubio, dientes bien colocados y anchos hombros... Casó a los catorce años con doña Leonor de Castilla, hermosa mujer, y ya a los trece había sido ordenado caballero, por lo que su vida posterior está llena de hazañas y aventuras».

El 21 de diciembre de 1228 reúne Jaime I las Cortes Generales para deliberar una expedición, y al año siguiente, en septiembre de 1229, una flota real, compuesta de 155 naves grandes, sale de Tarragona, Cambrils y Salou con 20.000 hombres para proteger a los comerciantes catalanes y conquistar la mayor de las islas Baleares. Tres días más tarde desembarca en Mallorca, en Santa Ponsa, a donde le lleva el viento, pues su intención era entrar por Pollensa.

El rey entra a caballo, el treinta de diciembre del doscientos veintinueve, hasta las puertas del Alcázar en Palma, y, de acuerdo con lo pactado, reparte la isla entre los señores que le habían ayudado a conquistarla y, en consecuencia, centenares de familias catalanas se trasladan a vivir y comerciar en Mallorca. Don Jaime, que visita la isla en varias ocasiones, coloca la primera piedra de la famosa catedral, pero es a su hijo, Jaime II, a quien históricamente corresponde el honor de levantar aquel «inmenso navío, como lírico galeón, anclado a la orilla del puerto».

Con los catalanes, varias órdenes religiosas —dominicos, mercedarios, trinitarios, franciscanos, etcétera— se establecen entonces en la isla y así las calles de Mallorca están llenas de nombres y de estatuas a los Jaimes primero, segundo, tercero y cuarto, y de iglesias y de capillas y de santuarios de todas las devociones.

Al expulsar o aniquilar la morisma, los catalanes se mezclan con los judíos y éstos se ven pronto obligados a ceder su barrio a la orden de los dominicos.

El rey Jaime conquista Ibiza luego y somete a Menorca, pero se vuelve contra Valencia años después y la conquista de los sarracenos, siendo preci-

samente en Valencia donde muere, en 1276, donde convoca Cortes, reparte dones, franquicias, libertades y fueros y, al bendecir a sus hijos, deja las Baleares, Montpellier y el Rosellón y Cerdeña a Jaime II. Un cronista dice: «Con gran sosiego el alma de Jaime I partió de su cuerpo y fue al paraíso.»

Ampliando las conquistas catalanas a Italia, Pedro IV, en 1338, al reconquistar Mallorca, haciendo huir a Jaime III, considera el Mar Mediterráneo como «¡un mar catalán!». Y en aquel mar catalán se mueve un insigne mallorquín que, desde la altura del Puig de Randa, había oteado espiritualmente ambos lados del Mediterráneo. Rodeado de pinares y de naves catalanas, el doctor iluminado, Ramón Llull, o Lulio, escribe unas ciento ochenta obras en catalán y latín, dejándonos su *Art General* como pieza de filosofía, y *El llibre de contemplació,* escala mística catalana en la cultura medieval.

Llull vivió durante el reinado de Jaime II y viajó extensamente, dando clases en Montpellier, en la Sorbona de París, etc., interesándose por la conversión de los infieles en la orilla de Africa y fundando el colegio Miramar para la formación de misioneros. Muere en 1314 como consecuencia de haber sido apedreado por los musulmanes en Bugía, y sus restos se encuentran en la Basílica de San Francisco de Palma.

Los "juetas" (judíos) de Mallorca

La existencia de judíos en Mallorca, probada a principios del siglo XII, es uno de los datos más interesantes de la historia de la *Balearis Major* que persiste hasta nuestros días. Los hebreos vivían dentro de la Almudaina árabe, entre lo que hoy son las calles de Jaime II y San Bartolomé, y el odio que los payeses tenían a los judíos, por causa de la usura, produjo saqueos y matanzas repetidas.

El viejo *Llibre de Mostassaf* pregonó: «Ara oiats... a tots los jueus qui són en lo Regne de Malor-

ques... que degen portar una roda als pits, la meytat vermella e l'altra meytat groga...»

Judío que se pescara sin llevar colgado del pecho ese círculo rojo y amarillo era rápidamente despojado de su ropa que se repartía entre el denunciante y el rey.

Impedidos de practicar su religión, de disponer de sus bienes, de extender contratos de compraventa, dejados a merced del furor popular, armados los payeses contra ellos, los pobres judíos se vieron obligados a bautizarse, y cuando en 1492 los Reyes Católicos decidieron que no quedara ni un judío, la Inquisición empezó a celebrar los autos de fe que sembrarían muy amargo fruto..., el problema todavía actual de los *chuetas* o descendientes de los judíos en Mallorca.

Hasta el reinado de Carlos III, que concedió cédulas en 1782 a estos *chuetas* para vivir en cualquier sitio de la ciudad, las persecuciones y oprobios se sucedieron y hoy, como cuenta Baltasar Porcel, la mancha feroz está vigente y el descendiente del judío converso, el renegado, debe renunciar a casarse con una bella aristócrata. Hasta hace poco, en algunos centros de enseñanza el *chueta* no era admitido.

El *jueu* de nariz ganchuda, actitud aparentemente humilde, de fonética aguda y avidez económica está todavía allí y sus apellidos son conocidos de todos: Miró, Aguiló, Tarongí, Bonnin, Valls, Cortés, Forteza, Fuster, Segura, etc., todos ellos representando a una clase social que, si bien controló el comercio y la industria, sigue siendo señalada por el isleño común, no por los «peninsulares» que cayeron sobre la isla posteriormente, muchos de ellos a vivir de los negocios de esta misma clase señalada.

En el siglo pasado, el periódico *L'ignorància,* en 21 de junio de 1879, se burlaba de los afanes de la cultura y se ofrecía «à expedir gratis es títol d'Ignorant en Ciències, Arts i Lletres à tot mallorquí que provi sa seua incapacidat devant es públich», pero hoy esos llamados *chuetas* procuran carreras bri-

llantes para sus hijos y tratan de vencer su complejo de inferioridad social. Muchos de estos brillantes y dignos *chuetas* mallorquines saben, como decía Unamuno, que la religión no debe imponerse «a cristazo limpio».

El paisaje de las islas, cantado por el insigne Ramón Llull, es de una permanente modernidad, ajeno a guerreros conquistadores y a discriminaciones raciales; el visitante, aun sin entenderlas, se asocia de todo corazón a sus palabras significativas:

> *«Quan veig la terra e la mar, lo cel e aiun ancells cantar, e sent de les flors llur odor adouss sent al cor tal dolçor que auc no la sentí major...»*

Junto al pino y a la encina destaca en Mallorca el olivo con profusión, enraizado en el antiguo pasado, con un hablar tan silencioso que cuenta historias a nuestra imaginación. Dormidos en la historia, los olivos suscitan poemas como éste antiguo:

«Cuéntame, viejo olivar, mientras aguardo, sentado en la roca,
Cosas de tiempos atrás que veo escritas en tu corteza seca.»

Miguel Costa vio la creación como inmenso poema de la infinita belleza de Dios; la naturaleza como testimonio vivo de la divinidad y así su corazón envidia al árbol sobre la tierra impura, en aquel famoso *Pi de Formentor* (mi corazón ama un árbol):

> *«Arbre mon cor t'enveja*
> *sobre la terra impura,*
> *com a penyora santa*
> *duré jo el teu record...»*

Cabrera, a catorce kilómetros de Mallorca, no tiene historia propia, independiente. Es «una peña muy fuerte», avanzadilla de la isla grande, roca de sesenta y dos metros y presa interesante para ber-

beriscos y otros navegantes. Su costa es dramática y fue marco espeluznante de los sucesos de la Guerra de la Independencia.

El 19 de julio de 1808 nueve mil prisioneros franceses, derrotados en Bailén, son enviados de Puerto Real, por causa del escorbuto y de la sarna, a las Baleares, en ocho grandes navíos, pero a causa de una tormenta llegan a Mahón, aquel del que Luis Ripoll dijera: «Té Maó tres cosas bones, que cap altra ciutat té: molt bon port, hermoses dones i al fi s'Arca de Noé.»

Pero estando lleno aquel lazareto del famoso puerto, los desterrados desembarcan en Cabrera, frente a Mallorca, viviendo desnudos, en cobertizos hechos con troncos y padeciendo tal hambre que se dieron casos de antropofagia.

A lo lejos veían Mallorca, de belleza sin igual, pero sufriendo su salvaje soledad y sequedad despiadada; por eso al partir en 1814 dejaron escritos aquellos famosos versos:

> *«Adieu rochers; adieu montagnes, grottes, déserts, antres affreux. Nous laissons vos tristes campagnes pour revoir un sejour heureux.»*

Frente a ellos, sin poder alcanzarla, para aumentar su dolor, estuvo siempre la isla dorada, la hermosa Mallorca, ese regalo de Dios, con el arco de oro de su bahía tendido suavemente al abrigo de un anfiteatro de montañas, donde un siglo después lloverían desde el cielo monstruos de hierro de todos los países, desembarcando carnaza ávida de sol, de whisky, de sexo y de droga.

Y como las naves catalanas de antaño, todo navío que se acerca a la isla hoy recoge aquella primera impresión de un castillo, guardián-caballero de la isla; ese Castillo de Bellver, iniciado por Pere Salvá en el siglo XIV para residencia de los reyes mallorquines. Como un sombrerete gracioso del monte ar-

bolado, domina el puerto y la ciudad, con su fina traza circular, sus delicadas ojivas, sus torretas, sus puentes y sus defensas que sirvieron de fortaleza.

De la bella isla dijo un escritor: «Si en Mallorca tuviera uno que escoger estaría perdido. Si le exigieran a uno que señalara un costado cualquiera del litoral para preferirlo, la vacilación no acabaría nunca. ¿A qué renunciaríamos? ¿A los duros acantilados del norte, abiertos en la luminosa herida del puerto de Soller, a los miradores de los ermitaños, a la Foradada tan grata del Archiduque? ¿Diríamos adiós sin llorar a esas calas desiertas, casi vírgenes, que van de Porto Cristo hasta Santañy?, ¿o a esas terrazas con que Estallenchs y Bañalbufar descienden paso a paso hasta el agua? No, no se puede preferir.»

Hay que amar entera, indivisible, la total hermosura de la isla y abrazarla, como hace el mar, ciñéndola por la cintura... Mallorca guarda un embrujo en el que han caído tantísimos como Chopin, Rubén Darío, Unamuno, Rusiñol, Azorín, etc., buscando allá también su inspiración literaria. Y los lugares de Valldemosa y Deyá, en especial, por donde tosía, componía y se moría Chopin, trajeron luego a millares de artistas y a millones de visitantes.

La *Beateta,* dulce adjetivo de los mallorquines para la famosa Santa Cathalina Thomas, nació allá en Valldemosa.

En el extremo oriental de la isla, el más cercano a Menorca, el litoral, quebrado y roto en puntas y calas sucesivas, presenta un atractivo único desde Cala Ratjada hasta Porto Petro. Las playas de Son Moll, Cala Pedruscada y S'es carregadó, con la evolucionante Cala Provençals, rodean a Capdepera y Artà con sus fantásticas cuevas de fama mundial.

Llegada del Cristianismo evangélico

Fue precisamente por aquella parte de la isla, por Capdepera, por donde los isleños decían que entró

el protestantismo, y los más incultos susurraban que se escondían aquellas gentes tras las murallas de Capdepera para «confesarse ante las piedras» como los judíos. Pero la verdad es que Menorca, a principios del siglo XVIII perteneció a los ingleses, y la historia dice que «desde la llegada allí del duque de Argyle, que reemplazó al general Stanhope, aquellos habitantes se dieron plenamente cuenta de que la isla había pasado a poder de un país protestante...».

No hay duda de que la tierra de Mallorca más cercana a Menorca es la de Cala Ratjada-Capdepera, de suerte que los contactos por mar fueron influyentes en la comunicación de ideas. En una historia de los autos de fe contra los judíos de Mallorca consta que el 2 de abril de 1645 fue quemado en estatua Juan Anhelot por «hereje luterano», y fueron reconciliados los cuatro vecinos de Palma, también herejes luteranos, Almendrich, Cornelio Lanza, Gabriel Gerardo y Umberto Guislinech.

El doctor Harris Rule, pastor de una iglesia metodista de Gibraltar, tradujo y anotó todo el Nuevo Testamento del griego al español y llegó a Palma por el año 1870. Allí predicaba a numeroso público en la Calle del Real, número 25, donde llegaron a funcionar tres escuelas protestantes por el año 1882; pero en marzo de 1879 ya había protestantes en Capdepera, bajo la enseñanza de Bartolomé Alou, en la Calle de San Pedro, número 3.

El protestantismo se desarrolló en Mallorca, no ya por la influencia sola de los ingleses, sino porque la enseñanza de la Biblia atrajo gran número de seguidores y fueron ya mallorquines quienes se responsabilizaron en desarrollar la obra evangelizadora. Y de las dificultades con que tropezaron los protestantes, no tan grandes, por cierto, como las de los judíos, da idea este párrafo que se encuentra en el acta de la iglesia, de 29 de junio de 1878, firmada por Mr. Brown: «Entre las bajas de mi clase, ocho lo fueron porque los curas les han ofrecido escuela gratis a todas las familias que saquen a sus hijos

de la escuela protestante, y si no los quitan están condenados y no les darán tierra sagrada cuando muera alguno de sus familiares.»

Menéndez y Pelayo, por su parte, cuenta en *Los Heterodoxos* que «los católicos crearon, enfrente de su escuela, una pública y gratuita del Sagrado Corazón de Jesús que en poco tiempo llegó a arrebatar a las escuelas protestantes más de ciento ochenta alumnos»; y alude a Tudurí, que publicó el *Boletín Balear,* protestante, y creó una escuela gratuita para niños.

El catolicismo, más allá de los dioses paganos primitivos, por encima de las prácticas musulmanas, venciendo la influencia judía, pisando al protestantismo, siguió ejerciendo su poder en la isla. Las otras se consideraban religiones extranjeras, como dijo el cronista: «El catolicismo era la religión de Mallorca y el protestantismo lo consideraban una religión de extranjeros.»

En su obra comparativa del protestantismo y el catolicismo, Balmes dice bien: «Todo gobierno que profesa una religión es más o menos intolerante con las otras religiones y esta intolerancia disminuye o cesa únicamente cuando los que profesan la religión odiada se hacen temer por fuertes o escarnecer por débiles»; y así fue en Mallorca, que llega católica hasta nuestra guerra de los tres años.

Y ésta es la isla, la más experimentada en la historia de España; ésta es la isla que conoció pueblos y culturas; ésta es la isla llena de luz y de color, pero también de angustias y dolor; la isla trabajada por los afanes de la política y de la conquista, por los afanes del comercio y de la industria, pero también vivida por el arte, por la literatura, por la religión...

Y a esta isla llegan nuestros personajes, y en esta isla se deciden sus destinos y su embrujo les envuelve en aquel crítico momento de la guerra española, cuando todavía las playas no estaban hastiadas de extranjeros, cuando todavía los gigantes de cemento

no se alzaban para destruir su belleza y su encanto, cuando los industriosos mallorquines no hablaban alemán ni sueco, cuando sólo hablaban algo de inglés o poco de francés, cuando la gasolina no corría y cuando un mediocre pensionado de la Gran Bretaña vivía como un príncipe en medio de ensaimadas sin cuento...

X

CAMINO DE LA ISLA

«Sas allotes, tots es diumenges
Quan no tenen res més que fer
Van à regar es claveller,
Dihent-li: Veu, jà que no menjes!»
Canto mallorquín (*)

Hacía ya tantos días que José Miguel no había dormido en una cama que aquella mañana se levantó tarde. El hombrecillo del canotier había tenido que salir, pero dejó encargado a la mujer de la Calle Tetragonon que le preparase al joven un buen desayuno y así el español agradeció en sus cortas palabras griegas a la sirvienta aquel excelente alimento.

Poco después de terminar su aseo y desayuno vio entrar al ex capitán con aspecto alegre y le notificó que ya estaba todo arreglado y que le iba a acompañar al Hotel «Veto», el Mega Jenodoxeion, adonde también llevaría dentro de unos días, según informó, a otros tres españoles que tocarían en el puerto de Pireos en un paquebote francés.

Verdad y libertad

Ya en la calle, José Miguel oyó de boca del griego parte de la historia helénica y, sobre todo, de la ejemplar vida de los antepasados.

(*) «Las chicas, cada domingo, cuando no tienen qué hacer, se ponen a regar la maceta, diciéndole: ¡Bebe, ya que no comes!»

Nota: La voz *atlote* viene del árabe *aila* (muchacha).

—Sí; además de todo lo que nos han legado en arte y literatura, la historia nos dice que nuestros antepasados eran amantes de los juegos y que vivían en armonía; los juegos eran nacionales y da idea de que el espíritu de las gentes era más alegre, más amplio...

—Bueno, pero otros países tenían también sus juegos bien conocidos; por ejemplo, los romanos —replicó el español.

—¡Uf, los romanos! —exclamó sin poderse contener el hombrecillo—. Usted sabe que sus juegos eran sangrientos y brutales, peor que las corridas de toros de ustedes. Aquello no se parecía en nada a nuestros inocentes juegos de antaño. Fíjese en lo que dijo Homero: «Para nosotros es placer general el banquete, el harpa, la danza, el cambio de prendas, los baños calientes y el amor y el sueño.» Un pueblo así podía tener ideas de libertad y ser capaz de convivir en paz.

—Bueno, pero la libertad según la entienda usted —dijo el joven español—, porque siempre, en todos los países, hay señores y siervos.

—No, no, no, jovencito —replicó con su atiplada voz el ex capitán—. Cuando a la reina persa se le dijo que los griegos, según cuenta Esquilo, luchaban como hombres libres por lo que les era querido, preguntó si no tenían amo y le contestaron: «No. Nadie llama a los griegos esclavos ni vasallos»; y Herodoto añade que «sólo obedecen la ley».

—¿No se sentían sometidos de algún modo a un poder superior, aunque fuese el respeto a los sacerdotes representantes de un poder religioso? —inquirió José Miguel.

—Lo extraordinario es que tenemos gran información y documentación acerca de aquellos tiempos, pero en ninguna parte aparece que haya habido dominio del pensamiento por parte de los sacerdotes y el derecho a decir lo que uno quisiera era fundamental. Eurípides dijo: «Un esclavo es aquel que no puede expresar su pensamiento.»

—Sí, entonces hay millones de esclavos hoy —comentó con sorna José Miguel—. Fíjese en las guerras; los hombres hacen causa común y mantienen la lucha por miedo, por hipocresía ante el sistema. Ante el sistema, el hombre no puede replicar; se convierte en una diminuta pieza del engranaje de la nación, ya sea religioso o no.

—Así es en nuestras sociedades modernas —dijo el griego—, pero la verdad tiene uno que encontrarla individualmente y guardársela en secreto. En su país, ahora, los religiosos no pueden manifestar su fe en la zona roja, pero en la zona nacional todo el mundo es religioso, católico a toda costa; mas en aquellos buenos tiempos, cuando Sócrates entraba en el gimnasio, todos abandonaban sus ejercicios para interrogarle acerca de la Justicia o la Amistad, con la repetida frase de «queremos saber la verdad»; y vea usted lo que nos dice el historiador Lucas, el del Evangelio y los Hechos de los Apóstoles, que en aquel tiempo los griegos «en nada entendían sino en querer saber la verdad». Por eso cuando San Pablo viene aquí a Atenas le llevan al Areópago y lo primero que le preguntan es por su nueva doctrina, su nueva enseñanza, a ver si en ella encontraban verdad. Hoy sólo los fanáticos impiden a protestantes u ortodoxos declarar abiertamente lo que piensan; de esta manera los hombres no pueden comparar ni juzgar. Los comunistas hacen eso, no dejan que los hombres comprueben con libertad...

Hablando así llegaron los dos hasta la Plaza de la Constitución, alrededor de cuyas mesas y sillas surgía la vida de la ciudad de Atenas; al fondo, a lo lejos, por encima de la perspectiva, se alzaba el Partenón, perfecto símbolo del «camino griego», el camino de la libertad de pensamiento, de expresión y de religión. Debajo de la meseta, con su aspecto de fortaleza, las casitas descendían formando la moderna ciudad, en una de cuyas pobladas arterias fue despedido José Miguel por el ex capitán griego, advirtiéndole que debía tomar el vapor «Frinton» para Italia dos días después.

Aquellas cuarenta y ocho horas siguientes quedaron oscuras en la mente de José Miguel al correr del tiempo y no comprendió por qué aquel abultado sirio, de semejanza con el rey Faruk, le llevó en su coche, simulándole secretario, hablando un regular español, a varios lugares que el joven español desconocía. El abultado sirio daba órdenes en francés a su chófer y éste les llevaba por calles y avenidas de una villa a otra donde armadores griegos hablaban en esta lengua con él.

Los personajes de aquella sociedad griega le parecieron corrompidos a José Miguel, y sobre todo cuando comprobó que la esposa de uno de ellos se ofrecía a cambio de un embarque de mercancía, mercancía que seguramente no iba dentro de las cajas, cajas que luego serían hundidas en el mar...

Sobre su pasaporte, la salida (*exodos*) de Grecia aparece con fecha 16 de agosto de 1938 y la entrada en Italia, por el escalo marítimo de Brindisi, al día siguiente. Su nave se adentró entre Salamis y el Atica, para penetrar en el Golfo de Corinto, a lo largo del famoso canal de su nombre, viejo de sólo cuarenta años y sueño de tantas generaciones. El Peloponeso era ya una isla.

Aquel corredor de cuatro millas, atravesado sólo por un puente, acortó el viaje entre Pireos y Patras en más de 200 millas y así se llegó temprano a la isla de Corfú, frente a Albania, quedando atrás las interesantes ruinas de Grecia, para enfrentar un moderno aspecto de la vida: la presencia de buques de guerra británicos y de portaviones haciendo prácticas navales entre Italia y Albania.

Contemplando aquellas aguas quietas y de azul transparente, José Miguel vio a los turistas descender a tierra y tomar aquellos típicos coches de caballos provistos de enormes parasoles multicolores, acompañados de cicerones. El no podía descender; estaba «consignado a Roma», casi como una mercancía vigilada.

Después de pasar la noche en Brindisi, el joven

español tomó el tren para Roma a las nueve de la mañana, y se sintió contento al contemplar, desde aquel tren eléctrico veloz, la hermosa y larga playa de Bari, en el Adriático, y ganar luego el Tirreno por Caserta y Nápoles, con su hermosa visión del Vesubio y en lontananza la famosa isla de Capri. El dieciocho llegó a Roma, corazón del Lacio, llamada Ciudad Eterna, junto al arrullo del pacífico e inofensivo Tevar.

José Miguel en Roma

Roma, limpia como una taza de plata entonces, antigua y moderna a un tiempo, atractiva, bella e interesante, donde los siglos se habían mezclado artísticamente en sus muchos rincones, recibió a José Miguel aquella inolvidable mañana soleada, sin preocupación alguna por su equipaje ni por la búsqueda de hotel, quizá con la tristeza de ver que nadie le esperaba y que, al encontrarse solo, no significaba nada para nadie. En el bolsillo un papel indicaba la dirección de la Embajada de España.

Mientras se desayunaba en la Piazza Venezia y sus pensamientos se dulcificaban, el español no encontró dificultad en hacerse entender en aquella lengua, dulce y rabiosamente parecida a la suya. Tuvo un irresistible deseo: visitar el Vaticano tan pronto le fuera posible. Aquello era cosa obligada, especialmente para un español, siendo España hija predilecta del Papa.

El camarero, sin embargo, estando más cerca, le sugirió que visitara primeramente el Coliseo y así lo hizo José Miguel, atravesando el Foro Romano, en el Palatino, y allí, sentado en una de las antiguas piedras y mirando hacia el anillo, quedó pensando... ¡Tantos cristianos habían sido víctimas de un fanatismo religioso! Víctimas de quienes habían hecho una religión convencional, al servicio de un emperador, adorando una mentira; pero la verdad no pudo ser destruida en los cuerpos torturados, destrozados

o quemados. «Ninguna religión mundana —pensaba— podrá jamás destruir la verdad del Cristo viviente, del Cristo de la Biblia que se llama a sí mismo "principio y fin, alfa y omega". Cristo no pasará jamás, pero aquellos hombres sí... ¿Y quiénes eran aquellos?»

Hombres de hierro y locos, sádicos y aparentes santos, aquellos emperadores romanos tuvieron una apoteosis histórica de mayor alcance que sus vidas mismas. Aquellos ochenta y seis hombres aparecen en la historia con aspecto terrible de poder sin límites; sus gestos cambiaban el destino de los países, sus virtudes podían bendecir a muchos y sus vicios corrompieron escandalosamente. Su megalomanía se comprende en aquella civilización de superlujo en la que ellos eran más que señores, se titulaban dioses. No era el mérito, sino la fuerza bruta, o la fortuna, o la astucia la que subía a los hombres hasta la púrpura y los situaba en un ambiente de intriga, de amenaza y de traición que llevaba a la muerte.

La fama de Julio César como conquistador no le acreditó ciertamente como hombre de estado creador, cosa que brota en su resobrino Augusto, durante cuyo reinado nace Cristo. El fue quien creó el Imperio y dio a Roma 200 años de paz, de prosperidad y de grandeza. Tiberio, contrariamente a Augusto, vivió a la sombra de Augusto, pero sus interminables años de vida en la intriga le convirtieron en un misántropo cuando llegó a ser emperador a los cincuenta y cinco años; para las provincias fue un gobernante consciente; para el Senado, un déspota duro. Atormentado, marchó a la isla de Capri, fue víctima de la paranoia, y sus enemigos contaban terribles orgías celebradas allí. Hoy los turistas contemplan el precipicio por el cual se echaba de cabeza a las gentes sólo por darle diversión a él.

Nadie pudo imaginar lo que ocurriría cuando Nerón fue nombrado quinto emperador de Roma, en el año 54 de nuestra era. Sus primeros discursos, escritos por su ministro Séneca, rezumaban virtud, pero

pronto se vio que aquello era la máscara que ocultaba a un loco, al loco que sumió a Roma en nueve años de extravagancia satánica, horrorizando al pueblo. Empezó por matar a su madre Agripina, provocar el suicidio de Séneca, sedujo a muchachos y a muchachas, a casadas y no casadas, se gozó con la quema de cristianos en el Gran Fuego del 64 y mandó construir una estatua de sí mismo de ciento veinte pies de alto. Sus crímenes fueron tales que sus generales mandaron asesinos para matarle, y murió a cuchillo a los treinta años.

Un español, el primer emperador que vino de fuera, Trajano, modesto y afable, enérgico y decisivo, quiso compartir los sufrimientos de sus hombres y en cierta ocasión desgarró su túnica para hacer vendas para los heridos. Trajano fue el más grande constructor que Roma haya visto jamás y cubrió el Imperio de acueductos, carreteras, canales y puertos. Modernizó el puerto de Ostia y dio a Roma su más espectacular Foro. José Miguel, al recordar estas páginas de sus estudios, pensaba que los romanos tendrían cierto reconocimiento por la actuación de aquel emperador de España que legó a la historia tal cúmulo de monumentos.

No fue Trajano como su seguidor, Marco Aurelio, que autorizó la matanza de millares de cristianos y miraba impasible cómo eran torturados hasta la muerte en el Coliseo. Con su muerte, en Viena, el año 180 de nuestra era, se llevó a la tumba dos siglos de grandeza romana...

Sumido todavía en sus pensamientos confusos acerca del pasado y de la maldad de los hombres, remontó el joven por el corso Vittorio Emmanuele, encontrándose con el fantástico monumento a su nombre. ¡Qué enorme contraste! Aquella masa de granito, coronada por corceles guerreros, blanca e imponente, aquellas estatuas de moderna hechura y su arquitectura de imitación griega, no podrían nunca decir a la historia lo que aquellas piedras del Coliseo decían: que Jesús era el verdadero César

y Emperador, el Rey de reyes y el Señor de señores. Los hombres caían como las hojas de los árboles, se secaban como la flor del campo, pero Cristo estaba redivivo, era el mismo ayer, hoy y por los siglos... ¿Podría haberse referido el Maestro a aquellas piedras cuando dijo que si sus discípulos callaran «las piedras hablarían»?

Le fue necesario a José Miguel tomar un autobús para llegar a su destino y pasó a lo largo de la suntuosa Via Nazionale, bordeó luego la Piazza Essedra y se presentó en el lugar indicado, no lejos de Villa Borghese. En aquella residencia le entregaron un documento para legalizar su traspaso del país, vía Génova, hasta Palma de Mallorca.

Después del almuerzo dedicó la tarde a visitar otros monumentos, dejando para el día siguiente la gira por la Città del Vaticano. Y como había mucho que ver en Roma y mucho que andar para no gastar el dinero, que resultó escaso, llegó a su albergue cansado, pero satisfecho de haber aumentado sus conocimientos y sus recuerdos visuales.

La chica que le servía no ocultaba su curiosidad y su extraño sentimiento. Le horrorizaba oír hablar de las cosas que pasaban en España en la «zona roja»; ni siquiera quiso tener en su mano los billetes que José Miguel conservaba todavía y los tiró al suelo como si le mordieran. Aquello fue un cierto no sé qué de fanatismo e ignorancia. Sólo hablaba de la victoria que los italianos habían tenido en Guadalajara...

A la mañana siguiente, cobradas nuevas fuerzas por el descanso nocturno y por el cumplido desayuno, deseoso de contemplar el famoso Vaticano, el español preguntó por el camino más corto o conveniente para llegar allí. Siguiendo las instrucciones, tomó un autobús que le paseó durante más de quince minutos por Roma antes de atravesar el puente del Tevar para llegar a la enorme Plaza de San Pedro, que casi forma un círculo completo de columnas y estatuas, protegiendo la entrada y la Basílica.

Desde 1929 Italia había reconocido a la Santa Sede la plena propiedad, poder exclusivo y jurisdicción soberana sobre el Vaticano, con todas las pertenencias y dotaciones. De esa manera se creó el estado más pequeño del mundo, menos de un kilómetro cuadrado y mil cien habitantes: la Ciudad del Vaticano. La Plaza de San Pedro, en la que se encontraba absorto José Miguel, era todavía trozo soberano de Italia, sujeto a la autoridad italiana.

El español alzó la cabeza para contemplar por unos minutos aquel imponente palacio. En el interior había un hombre que dirigía todo un vasto ejército diseminado por el mundo: Pío XI. Uno de sus predecesores se enfrentó contra Atila en la marcha sobre Roma, otro predicó la cruzada contra el Islam, otro excomulgó a Martín Lutero, otro fue hecho prisionero de Napoleón; pero la figura estaba todavía allí.

El Vaticano

Aquel hombre era conocido con el nombre de Sumo Pontífice, o «hacedor superior de puentes», en latín, por lo que estaba ocupado en su relación con todas las naciones y en hacer puentes con ellas. Precisamente en aquellos momentos tenía un eficaz y dinámico cardenal secretario de Estado, llamado Eugenio Pacelli, que habría de sucederle dentro de pocos meses, al que él llamaba «nuestro cardenal trasatlántico y panamericano» por su dinamismo en viajar por todas las naciones. El nuevo papa Pacelli habría de ser un Papa técnico, rodeado de los últimos modelos de teléfonos, máquinas de escribir, radio y televisión, inteligente y capaz de hablar en cinco idiomas.

Se imaginaba José Miguel en el interior al Papa como Jefe ejecutivo de una organización única que ninguna iglesia tenía, con más de 1.500 diócesis, 2.500 obispos, 500.000 sacerdotes, monjas, hermanos y unos 100.000 trabajando en los campos de misión.

Además de todo eso, el Papa tenía millones de católicos en todos los países, conscientes de seguir la política del Jefe de la Iglesia en cualquier movimiento que conviniese. Por eso el caso de Felipe el Hermoso de Francia, en el siglo XIV, es único, porque no hubo otros que quisieran dominar al Papa y trasladar su corte papal como él hizo, llevándole a Avignon y sujetándole así a la corona francesa.

—¿Sabe usted si es día de visita hoy? —preguntó un austríaco interrumpiendo los pensamientos de José Miguel.

—No puedo informarle —dijo el joven—, pero creo que podemos entrar en la Basílica. Yo no he entrado aún. Estaba pensando...

—Bueno, vamos. Yo estoy de paso para El Cairo; estudio religiones comparadas y tengo interés en ver algo del Vaticano —añadió en inglés.

—Yo vengo de Grecia y voy a España —confesó José Miguel.

—Interesante —comentó el austríaco—. Yo no conozco España, pero Grecia la veré a mi vuelta.

—Después de todo lo que uno ve —dijo el español— lo que preocupa es encontrar la verdad religiosa, la cosa espiritual, ¿sabe?

—Sí, pero le va a ser difícil de hallar, sobre todo si repasa y estudia, como yo hago ahora, libros de las distintas religiones. Todas dicen que tienen la verdad y todas presentan una tradición, aunque ninguna es tan imponente ni tan organizada como esta que tenemos aquí —explicó el austríaco, haciendo una señal con la mano.

—No comprendo cómo se pueda tener la verdad cuando hay dos cabezas que se la disputan como sucedió después de la corte de Aviñón —dijo el joven español en un arranque de sinceridad.

Una japonesa con su brillante quimono se alzaba sobre sus zapatos de madera para contemplar mejor las pinturas murales, y el austríaco parecía extasiado contemplando el maravilloso altar mayor con sus

estupendas columnas negras en espiral y la incomparable cripta.

—Pues eso mismo le da a usted a entender —dijo el austríaco sin separar la vista del fascinante altar— que las religiones son falsas y que se mantienen por la piedad ignorante de las masas. Mire usted, no sólo había en aquellos tiempos dos o tres papas, sino que todos se decían legítimos sucesores de San Pedro y se lanzaban anatemas. Tuvo el Concilio de Constanza, en 1417, que poner paz designando a un solo papa con sede en Roma. Después de aquellos cien años de pugna decidieron los papas, como usted está viendo aquí, rodearse de tal fortaleza que evite un segundo cautiverio.

Avanzando despacio sobre las enormes y refulgentes losas, en perfecto silencio, José Miguel rumiaba todo lo que acababa de oír y la cabeza le daba vueltas en su empeño de encontrar la verdad espiritual. Algo en su interior le decía que sí, que había una verdad profunda, una verdad religiosa detrás de todo aquello...

El resto de la mañana lo pasó casi como un autómata, como un turista más de cualquier país que admira la obra de los hombres, el arte maravilloso movido quizá por la piedad religiosa misma; pero su corazón no latía de emoción, estaba frío, no sentía el toque del espíritu, si bien no podía dejar a Dios ausente de la historia, ausente de la obra de los hombres...

Aquella hermosa ciudad de Roma, la de las siete colinas, punto de peregrinación de millares de católicos, atractivo de tantísimos turistas creyentes y no creyentes, fue quedando atrás el día 24 de agosto cuando José Miguel, en otro tren eléctrico, se dirigía a Génova, último punto de enlace con España.

En Génova

Se desayunó en Civitavecchia, corriendo el tren a lo largo de la costa del Tirreno, y al cabo de un

tiempo llegó a Pisa, contemplando, incluso desde el tren, la célebre torre inclinada de la que tanto había oído hablar. Luego, el tren prosiguió el curso espléndido y sedante de la Spezia.

Al ponerse el sol, la estampa maravillosa junto al mar impresionó al joven español, que iba sentado junto a la ventanilla de la izquierda. Las carreteras de la Riviera ofrecían interesantes puntos de vista, a lo largo de la antigua vía romana Aurelia, y centenares de vehículos corrían en ambos sentidos.

—Quasi tutta Genova è a letto alle dieci di sera —le dijo a José Miguel un italiano, compañero de departamento, que le daba detalles del viaje.

—Pues en España nuestra gente se acuesta más tarde en casi todas las ciudades —aclaró el español.

—Es que aquí la gente es muy positiva —dijo el otro—. Muchísimos hacen dinero a base de llevar una vida moderada. Génova la consideramos los italianos como centro de negocios, como una colmena de trabajadores, muchísimos de ellos vinculados al mar. En el rápido de las seis y media de la mañana encontrará usted muchos comerciantes de Génova que se van a Milano el miércoles al mercado. Son muy negociantes y por eso hay tantos ricos.

Dentro ya de la ciudad, mientras el compañero le seguía hablando, José Miguel divisó los mástiles de los numerosos barcos del puerto, alguno de los cuales —pensó— sería el que le llevara a Mallorca. Por eso, tan pronto llegó a la estación indagó por la calle Maragliano, en cuyo número 18 se encontraba el «Consolato Generale di Spagna».

Efectivamente, como suponía, su barco estaba en el puerto y zarparía al día siguiente; por eso le indicaron un lugar donde dormir y un restaurante donde cenar. Llevaba una tarjeta para aquel restaurante porque era lugar determinado donde se concentraban los españoles que las autoridades españolas embarcaban para Mallorca.

Los expatriados camino de Mallorca

Lentamente, como el que quiere saborear hasta el máximo un placer o libertad que se acaba pronto, meditando sobre cuál sería su suerte porque la guerra no había acabado todavía, José Miguel se encaminó por desconocidas calles hasta «la Corona di Ferro». Allí encontró el comedor bastante iluminado y notó cierta animación típicamente española, algo diferente a lo que había vivido en las semanas pasadas. Una sirviente de ojos garzos y dulces palabras le condujo a una sala interior, conociendo mecánicamente a los enviados del Consulado, y allí, oyendo algunas palabras españolas, se sentó en un rincón, solo, estudiando a los comensales.

Alrededor de una amplia mesa de mármol, bajo una alegre cristalera que daba a un patio interior, unos hombres hablaban con calor y vivacidad española. José Miguel pareció ya sentir lejanos los días pasados en Grecia y en Roma y oía la conversación con interés. Aquellos hombres hablaban de Rusia y de la guerra española. De pronto vio que otro hombre se levantó de un salto, de una mesa contigua, llevando en su mano la servilleta blanca. Con su talante escuálido y ojos chispeantes parecía un Quijote movido por una idea.

—¡Y entonse ustede soi españole! —exclamó animado—. ¡Y olé que sí, por mi mare e mi arma! Zeñore, yo zoy er «Malaguita» qu'a dao la güerta ar mundo pa entrá otra ve en Málaga, que tanta ganica tengo de verla...

Tan simpática introducción alegró la reunión de aquellos hombres, y un joven, fuerte y elegante, se puso en pie, invitándole a sentarse junto a ellos, dándole la bienvenida. Dijo:

—Me llamo Renato, éste Pepe el alicantino y éste Toni el bilbaíno. Los tres venimos de Rusia. Siéntese. Y usted ¿de dónde viene?

—Ahorita mimo me ziento —dijo «Malaguita»—. ¿Conque de Ruzia, eh? ¡Várgame Dio! Yo zalí de

Málaga y en Francia me metieron en un campo de concentrazión, pero luego zalimo do o tre como pa Suiza, pero no echaron enzeguía pa Italia. Al llegar aquí, zin una perra y muerto de hambre, pregunté por el Conzulao y m'an mandao aquí...

Mientras oía aquella conversación, José Miguel sintió ganas de levantarse y unirse a los otros, pero en aquel instante apareció de nuevo la muchacha, que le trajo pan, la servilleta y un frasco de vino. Entonces observó que otro joven alto, de pelo de azabache y ojos pequeños, muy negros, escuchaba desde otra mesa con cierta atención.

José Miguel comió un trozo del pan y se sirvió un poco de vino, pero al levantar el vaso para beber observó que aquel joven se ponía en pie, alzaba su labio superior, enarcaba las cejas y se acercó al grupo. Entonces le oyó decir:

—Amigos, me veo obligado a compartir con ustedes estos momentos de emoción porque me parece que somos todos destinados al mismo lugar y en el mismo barco mañana, ¿verdad? Me llamo Norberto y deseo encontrarme pronto en Cataluña, mi tierra...

—¡Que ze mueran los que no m'entiendan! —dijo exaltado «Malaguita»—. Ahora m'a tocao a mí hablar con mis paisanos —y abrazó teatralmente al joven catalán—. Ya estaba yo harto de no entendé a naide y ahora ze puen morir tós que pa mí están de má.

—Pues nosotros —explicó Renato después de estrechar su mano— también tenemos ganas de volver a España después de meses allá en el Mar Negro como presos en los barcos detenidos. Hoy mismo hemos llegado de Grecia, con una noche de descanso en Firenze, y mañana, según nos han dicho, salimos para España.

No esperando ya más, José Miguel, con rostro pálido pero corazón muy animado, se acercó a la mesa de mármol y se presentó y entonces el grupo de españoles se sintió unido por un lazo de cordialidad inexplicable que les volvió locuaces y comunicativos. Cada uno contaba su historia y sus peripecias acaecidas fuera de la patria, y alguien pidió champaña para celebrar el encuentro. La chica permitió unir las mesas de aquel pequeño departamento del comedor y todos los españoles, como una familia grande, se enfrascaron en sus experiencias y peripecias, para preguntarse, al cabo, cuál sería el destino de cada uno al llegar a la isla de Mallorca.

Mientras «Malaguita» contaba sus amarguras en el campo de concentración de St. Cyprien y sus desventuras en los puertos de Marsella, antes de entrar en Italia, José Miguel le miraba fijamente hasta que reconoció al personaje que tiempo atrás había conocido en Almería cuando la famosa caída de Málaga, y seguidamente, con nueva alegría del «Malaguita», refrescaron aquellas páginas de principios de la guerra.

José Miguel, que había salido de Pireos antes que Renato y sus dos compañeros, se detuvo en Roma unos días, por lo que coincidió con la llegada de aquéllos en Génova, y Norberto, que había descendido de Suiza, llevaba ya varios días esperando su embarque, siguiendo órdenes del Consulado.

Las horas pasaron, los comentarios no terminaban y, por fin, la camarera dijo que era hora de cerrar, de suerte que los españoles, formando un grupo animado por las calles, siguieron hablando hasta muy tarde, teniendo, finalmente, que despedirse hasta el día siguiente cuando se verían en el muelle.

Mucha gente había junto al buque, despidiendo a familiares y amigos, cuando el grupo de españoles que se habían encontrado al pie de la escalerilla subía pausadamente por la pasarela, sin maletas, desconocidos, uno tras otro, casi en silencio.

Al ver los billetes, el encargado del control del «Firenze» les dijo: «*Terza classe è laggiù, signore*», y el «Malaguita», que iba al final, oyendo nuevamente la indicación de «por ahí se va a la tercera», exclamó: «Mu bien, hombre, mu bien, ¿o tú t'a creío

que yo viajo en primera? A mí con tal de ir montao pa mi tierra me da iguá, compare e mi arma.»

Muy pronto el gran piróscafo abandonó el puerto de Génova, con lentitud al principio, más velozmente después, quedando lejos el balanceo de los pañuelos blancos de despedida y luego la falda de casitas esparcidas bajo los montes de Génova, destacadas sobre un verde cuidado. Ya lejos, en alta mar, una vez normalizada la marcha, en medio del azul intenso, la tripulación y los pasajeros se dedicaron a atender sus menesteres de rutina.

Sobre la cubierta de tercera, en grupo casi siempre compacto, los españoles se preguntaban sobre el fin de las cosas de la guerra en España, aquel 25 de agosto de 1938, cuando el buque italiano tenía como meta la isla de Mallorca. No era probable que en los días que restaban para llegar a las Islas Baleares terminase la guerra, se hiciera la paz y todo terminara así, tan rápida y felizmente; por ello se comunicaban su temor de caer en un ambiente de temor y de vigilancia, de sospecha y de peligro...

Las horas transcurrieron y una noche y otra noche. Aquella alemanita, viajando sola para encontrarse con sus padres, indagaba sobre la ciudad, y otro alemán, mucho más viejo, se apresuró a darle su impresión, la primera que José Miguel oyera sobre Mallorca.

—*Palma ist wirklich sehr shön. Diese ist meine zweite reise.*

Aquella isla bella, según oyera el joven, estaba ya cercana y con su cercanía aumentaba el nerviosismo de los españoles.

Mallorca a la vista

Conforme el sol se despertaba, la *Balearis Major* de los romanos, *l'île dorée* de los poetas antiguos, asomaba coqueta en el horizonte y dos horas más tarde ya divisaron con plenitud la bahía. ¡Qué azul tan maravilloso! ¡Qué quietud y qué belleza! Bien

pudo decir George Sand a Chopin en 1839: «*La mer, la plus blue, la plus pure, la plus unie.*»

—«Malaguita», tú figuras en la histora —le dijo en chanza José Miguel—. Los fenicios precedieron a los moros en la conquista de esta isla y luego el famoso rey Jaime la tomó en 1229; también vinieron los marinos de Luis XV y los de Nelson por aquí, de modo que...

—Tú, «Malaguita» —interrumpió Renato—, en representación de la manzanida andaluza, tomas posesión de la isla y una curda en mi nombre...

Todos se echaron a reír y, ya dentro del puerto, contemplando la bella estampa del Terreno y la silueta única del Castillo de Bellver, Norberto se fijó en el nombre de una motonave anclada allá cerca. Su nombre era «Ciudad de Barcelona». Al leer el nombre exclamó:

—¡Y pensar que he dado semejante rodeo para tratar de volver a unas ciento treinta millas de distancia de mi ciudad natal!

—Me gusta poderosamente esta entrada de la isla —comentó José Miguel— y no sé si no sería un verdadero privilegio quedarse a vivir aquí en paz y felicidad. Esta isla me atrae; tiene, como las peñas imantadas, cierto embrujo, un no sé qué...

—Yo ya estuve aquí, enrolado en otros barcos españoles, antes de la guerra —confesó Renato—, y me dijeron que en aquel palacio que veis, que se llama La Almudaina, estupenda obra de arte, como la Catedral, se instalaron los *cheiks* moros y los reyes de Mallorca. La gente de aquí es lenta como su famoso bolero «El Parao», y algunos escritores extranjeros han dicho que si los relojes de España van atravesados cincuenta años con los de Europa, los de Mallorca van un siglo.

—Tal vez sea esta isla como un monasterio... —comentó taciturno el vasco.

—Casi, casi —replicó un mallorquín con acento francés por haber vivido muchos años en Francia—. Un escritor francés, Claude Derveun, preguntaba

en un libro qué hacen allá para los turistas: «¿Hay una calle en Palma desde donde no se descubra una puerta de iglesia o de capilla?»

—Mirad qué hermoso castillo a la izquierda —exclamó, de repente, Pepe el alicantino.

—Oh, sí, es maravilloso —consideró José Miguel—. Desde allá se podrá dominar toda la ciudad...

—Su historia es muy interesante —dijo el mallorquín—. Lo mandó construir Jaime II a principios del siglo XIV, y se dice que en el fondo ha habido presos notables como don Gaspar Jovellanos, el gran orador y escritor por su panfleto *Pan y toros*. La plataforma del castillo se encuentra a ciento cuarenta metros sobre el nivel del mar, así que el panorama, como usted ha dicho, es maravilloso.

—Por allí se pasearían, sin duda, esos famosos reyes —comentó Renato.

—En efecto. Fue residencia temporal de los reyes de Mallorca y de Juan I de Aragón, y por el año 1400, después de la batalla de Lluchmayor, donde murió Jaime III, su esposa, la reina Violante, y sus hijos quedaron presos allí.

Ya el barco se acercaba al muelle y comenzó a notarse la agitación propia de a bordo; los pasajeros pasaban a estribor para tener una visión más bella de la entrada del puerto y media hora más tarde los recién llegados de Rusia, de Grecia y de Francia, aquel puñado de prófugos españoles anónimos, descendían por la pasarela del «Firenze» sin saber cuál sería su destino.

José Miguel y Norberto se alojaron, bajo el control de las autoridades, en el Hotel Perú, de la Plaza de Palau y Coll, y los otros fueron distribuidos por otros lugares, pero todos ellos, según la norma establecida para aquellos casos, tuvieron que verse cada día en el famoso Borne, pulmón abierto de la ciudad, a las horas de comida, pues allí se hallaba situado un famoso comedor de Auxilio Social donde señoritas experimentadas atendían lo mismo a niños necesitados que a hombres refugiados, fuese cual fuese

su escala social, intelectual o profesional; marineros y abogados comían juntos en aquel comedor infantil.

A medida que la máquina judicial iba terminando la depuración de cada individuo, el grupo de los españoles que estuvieran juntos en Génova, tras largos recorridos y diversas peripecias, se iba reduciendo. Renato, Pepe el alicantino y Toni el de Bilbao, por su profesión, fueron enrolados en la Falange Naval; «Malaguita» fue dejado en libertad a causa de su edad y, llegada la paz y la oportunidad, volvió a su tierra natal.

Norberto, examinados sus pulmones, fue dado por inútil temporal y no fue enrolado en los servicios militares, pero siéndole imposible regresar a Barcelona hasta el fin de la guerra, encontró trabajo en una oficina de una fábrica de pieles del Molinar. Del grupo sólo José Miguel quedó en expectación de destino y, junto con Norberto, por dificultades económicas, una vez dados de baja en Auxilio Social, se hospedó en la Pensión Ferrá de la calle de San Cayetano, detrás de los comedores, junto al Borne histórico. Allí los dos jóvenes cimentaron una amistad y entablaron conocimiento con otros jóvenes militares también hospedados allí.

XI
DINA

«Bien haya quien hizo cadenitas, cadenas; ¡bien haya quien hizo cadenas de amor!»

CERVANTES

El clima templado, la calma, la tierra soleada, los maravillosos efectos de luz, los frondosos pinares, todo ello comenzó a tonificar el alma de José Miguel y a dejarle pensar que había llegado a un lugar de paz absoluta, aunque viviendo en guerra fratricida.

Mallorca se había mantenido hasta entonces en un casi aislamiento, sin contaminarse con usos y costumbres de otras tierras. Vivía una vida *sui generis,* heredada de aquella historia azarosa suya y de aquella mixtura de hombres y pueblos, conservando su sello característico en edificios, muebles, trajes de campesinos, cánticos, bailes populares con su gaita y tamboril. Mucha gente no sabía hablar el castellano y a José Miguel le consideraban como un *forasté,* palabra que en ocasiones rezumaba cierta ofensa. A veces tuvo que recurrir al auxilio de su amigo Norberto, el catalán, para que le tradujese frases o expresiones.

Visita arqueológica de la isla

Durante el tiempo de su depuración, no pudiendo ocuparse en nada, José Miguel fue asiduo lector de bibliotecas, especialmente de la más reciente, la de la

Caja de Pensiones, de donde alguna vez tuvo que salir algo de prisa por alguna falsa alarma aérea. Pero su espíritu se fortalecía, en especial al meditar en la advertencia de Santiago Rusiñol: «Si padeces neurastenia o te imaginas que la padeces, que ya es padecerla; si estás atolondrado por los ruidos que nos ha traído la civilización, por ese afán de ir más a prisa y llegar antes a donde nada tenemos que hacer; si los negocios te han llenado de números el sitio en que deberías tener lo que llamamos inteligencia; si los cines te han estropeado la mecánica de la vista y aquel bailoteo se te ha hecho crónico y el desasosiego no te deja vivir, sígueme a una isla donde siempre reina la calma, donde los hombres nunca llevan prisa, donde las mujeres no envejecen nunca, donde el sol se detiene más que en ninguna parte y donde hasta la señora Luna camina más despacio, contagiada de pereza. Esta isla, lector, es Mallorca.»

Más eufórico, José Miguel paseaba frecuentemente por el Borne con sus amigos de viaje, comentando cada cual su propia situación y sus experiencias, luego de haberse situado en espera del fin de la guerra. Aquel Borne era como la sangría del cuerpo de la ciudad, allí vertía toda la vida de la misma y por él circulaba tanto el personal de casa como el flotante. Allí se daban cita enamorados y comerciantes, viajeros y extranjeros, y allí se hicieron conocimientos trascendentales y perdurables; allí conoció Renato a Paquita, de la alta aristocracia, enamorada perdidamente de él, con la que sufrió hasta serle «escamoteada» de su vida por la influencia de su familia...

—Es muy curiosa la historia de esta isla —dijo una tarde Norberto a José Miguel—. Estoy leyendo un libro interesante; por lo visto, los fenicios y los griegos fueron los primeros que recalaron por aquí para entablar relaciones comerciales, y luego aparecen los famosos «honderos», que se defienden contra los cartagineses a pedrada limpia; después vienen las famosas piraterías, que tienen preocupados a los romanos por los apresamientos de sus naves, hasta que un cónsul romano se apodera de Mallorca, un siglo antes de Cristo, y así, poco a poco, todo el archipiélago es romanizado.

—Sí, hombre. Creo que hay todavía un teatro romano en Pollensa —dijo rápido José Miguel—, y también hay un poblado prehistórico en Lluchmayor y *talayots* de la Edad de Bronce en Artà; pero el período más importante de Mallorca tiene lugar después de la dominación musulmana, que comenzó en el siglo VIII...

—Bueno, aquí es donde entra el famoso Conquistador, el rey Jaime ¿no? —inquirió el catalán.

—Así es —dijo riendo José Miguel—; vosotros, los catalanes, invadisteis esta isla, afortunadamente para enderezar la historia; los moros fueron vencidos y los catalanes se repartieron el botín.

—Aquello debió de ser violentísimo —comentó en voz queda Norberto.

—Ya lo creo. Figúrate que los mismos historiadores dicen que, después del *piellage,* se negaron a repartir honradamente y, malcontentos, comenzaron todos a robar y a asaltar a diestra y siniestra; pero, fíjate bien, les vino un castigo de Dios después, porque don Guillermo Terrasa dice que inmediatamente se encendió Mallorca en una peste de la que murieron muchísimos e innumerables nobles.

—No creo que se limitasen sólo al botín...; ni la honra respetarían, como en tantas guerras. Los del «botín» son como fieras... —dijo enigmático Norberto.

—Efectivamente —dijo su amigo—. He leído en la Biblioteca, en la *Crónica* de Marsigli, que los saqueadores y ladrones registraban las casas para sacar bellas mujeres y mozas con sus piezas de oro y plata y sus perlas preciosas, siendo tal el escándalo de los hombres de la casa del rey de Aragón que no aparecieron ante su presencia en ocho días, ocupados en semejante pillaje...

—Aborrezco esas luchas con todo mi corazón —dijo con tristeza Norberto—; por eso me salí de España. No puedo con las guerras y las invasiones de esos locos...

—Imagínate —añadió José Miguel— que las cabezas de los moros muertos eran arrojadas al interior de la ciudad mediante catapultas. En aquellos tiempos la sensibilidad y la misericordia brillaban por su ausencia. Si tú hubieses hojeado, como he hecho yo, el *Cronicón Mayoricense* te asustarías de las cosas que allí se leen.

—«Oiréis guerras y rumores de guerras...», dijo Jesús —comentó ensimismado el catalán.

—Lo que encuentro sorprendente es la mezcla de la religión en la guerra, porque leí esta cita: «Se fundó también en Mallorca la religión de los templarios en el año 1230, a quienes, por haber concurrido a la conquista, les perteneció en la citada división de la isla la duodécima parte de los bienes...; los religiosos claustrales de San Francisco asistieron también a la conquista y les dio el rey este mismo año de 1230 un huerto de su porción dentro de la ciudad», y así se repartió a los dominicos, al obispo don Berenguer Balla, etc., etc. Esto lo dice el historiador Dameto —prosiguió José Miguel—; pero lo inesperado fue que el propio rey fue luego excomulgado en 1246 «por la iniquidad que usó con el obispo de Gerona», y luego se registra una gran controversia...

—No acabo de entender —interrumpió Norberto— por qué una misión de tipo espiritual se inmiscuye en asuntos temporales para desprestigiar ese ministerio sublime de la Iglesia de Cristo...

—Sí, pero ¿te imaginas lo que habrían de sufrir los judíos por entonces? —insinuó el almeriense.

—No sé, pero entiendo que había muchos barrios judíos por entonces en esta isla —confesó Norberto.

—He leído que hasta cuatro mil personas bajaron desde Inca a Palma para saquear la judería y matar a los judíos. Dicen que en 1435 hicieron pasar a un

moro, en una sinagoga, por todos los pasos y tormentos por que pasó Jesús en Jerusalén; y el largo relato, después de consignar la furia, dice que «dio lugar a la conversión del total de judíos que en Mallorca quedaba».

—Hombre, claro —exclamó Norberto, airado—, de esa manera se convierte cualquiera. Tiene mucha gracia la manera de «convertir».

José Miguel invitó a Norberto a sentarse en una de aquellas típicas sillas metálicas del Paseo del Borne y allí continuaron su conversación, contemplando el paso de las gentes y su movimiento pendular a lo largo del tiempo...

Llama el amor

Con su camisa verde a rayas, corbata y jersey azul, chaqueta gris larga, que le confundía con los italianos aborrecidos por muchas chicas, delgado bigote negro, frente ancha y pómulos más salientes de lo necesario debido a su delgadez, José Miguel no era precisamente el tipo atractivo del joven que enamora a las chicas, a pesar de que el fuego vivaz y temperamental de sus ojos producía un cierto atractivo.

Cuando la conversación se trasladó al caso de Renato y sus relaciones con Paquita, José Miguel dijo a Norberto que él tenía miedo a enamorarse, aunque quizás su corazón necesitase un cierto consuelo de relación.

—Pues yo creo que el hombre puede pasarse muy bien siendo soltero —opinó el catalán—; por lo menos yo no he pensado nunca en eso. Hay eunucos que se hicieron a sí mismos eunucos por causa del reino de los cielos; el que pueda ser capaz de eso, séalo, como dice la Biblia...

José Miguel quedó sin entender aquella cita de Norberto y, antes de dormirse, aquella noche quedó pensando en aquello. Una mujer, ¿es bueno?, ¿es malo? ¡Dios dirá!

Pasaron varios días, y una tarde, paseando con Pepe el alicantino, vio un grupo de chicas que caminaban alegres —hablando en aquella lengua que todavía no dominaba José Miguel—, vuelta tras vuelta, por el gastado Borne. Y había una de ellas que al joven le pareció un ángel; tan realmente bonita era...: no alta, bien proporcionada, de cabellera rubia con bucles de oro volante, piel nacarada y ojos azules como almendras que encerraran luminosos zafiros que le cegaban al pasar.

—No lo lograrás, José Miguel —dijo el de Alicante al ver aquel mal disimulado interés del joven paseando tras aquel grupo femenino animado—; eso es un bombón delicado de gran valor...

Quizás aquella invisible barrera contribuyó al empeoramiento de su estado, pues al verse sin muchas fuerzas, sin dinero, sin permiso para trabajar todavía, comprendió cuán lejos, cuán terriblemente lejos se encontraba de «ella»... y se sintió enormemente triste.

Truco afortunado

Sin embargo, al cabo de días, por un milagro inesperado, quizá por un pequeño truco que apeló a la sinceridad y buena fe la muchacha, obtuvo una respuesta.

—Señorita, ¿qué quiere decir «tinc mal de cap»? —preguntó, tan sólo por verla más de cerca, con cierta osadía.

Ella le miró un momento y, viendo la seriedad en aquel rostro aceitunado, considerándole totalmente inofensivo e incapaz de otra pretensión, repuso con voz melodiosa:

—Quiere decir «me duele la cabeza».

—Pues justamente es lo que me pasa a mí. Estoy débil, no conozco a nadie aquí y estoy comiendo de limosna en Auxilio Social.

Aquello dejó perpleja a la chica y su primer impulso fue separarse y acabar la conversación, pero algo en ella que no podía explicar la retuvo.

—Encuentro extraño lo que me dice —se aventuró, por fin, con su acento mallorquín—. ¿Quiere decir que come ahí enfrente con los niñitos pobres de Auxilio Social?

—Así es, señorita. Cualquier día puede usted pasar y me verá, con tres compañeros más, comer junto al ventanal que mira al Borne...

Tal vez por lástima, quizá porque no temió nunca que hubiese un pretendiente en la débil persona de José Miguel, Dina, que así se llamaba la joven, continuó la conversación y también su paseo por el Borne, paseo que continuó y continuó, sintiéndose cada vez más interesada por las experiencias de José Miguel y por las que le contó de Norberto, de Renato y de sus compañeros de Rusia, especialmente la triste historia de Málaga y de las peripecias de Almería y Cartagena.

Dina era maestra nacional y estaba pendiente de destino, de modo que tuvo ocasión de repetir sus conversaciones con el joven en el memorable Borne una y otra tarde, ante la sorpresa de sus amigas que no encontraban en el desconocido ningún atractivo. El día veintidós Dina comunicó a José Miguel que, por fin, había recibido un oficio destinándola a Lluchmayor, debiendo partir seguidamente para allá al objeto de tomar posesión de la escuela.

Desaliento

Sólo el «sordo» de la Pensión Ferrá conocía Lluchmayor, pues se dedicaba al negocio de zapatos y tomaba el tren para allá de vez en cuando. La guerra le había cogido allí en Palma y se las apañó, como buen catalán, para continuar cierto negocio de pieles que podía administrar bien, sobre todo siendo soltero empedernido. Por su influencia, el otro catalán, Norberto, había encontrado el trabajo en El Molinar.

Carbó, que así se llamaba el comerciante, era buen jugador de ajedrez, como también Rullan, el

estudiante de Química de Soller, que hacía el servicio militar en Palma, y con ellos, todos hospedados en la misma pensión, sostenía José Miguel partidas por las noches, en aquellas reuniones formadas por media docena de jóvenes. Carbó dijo a José Miguel que el pueblo era rico y estaba situado en el interior de la isla, comunicado por tren y auto con Palma.

La correspondencia cruzada con Dina fue, pues, muy abundante desde el Hotel Universo de Lluchmayor y la Pensión Ferrá de Palma, sumando centenares las cartas cruzadas expresando el estado de alma de los jóvenes y el desarrollo de su afecto y amor en aquellas largas relaciones.

Después de comer, algunos de la peña se reunían en el famoso Café Madrid, sito en el Borne, para comentar los acontecimientos de la guerra y su génesis, a la vista de un mapa de España. Y allí conoció José Miguel al ingeniero Picornell, hombre inteligente, de ojos excesivamente saltones y hablar pausado, que había sido trasladado desde Sevilla a la Agencia de Campsa de Palma.

—Estoy llegando a la conclusión de que no hay que esperar nada bueno del género humano —dijo meditabundo José Miguel—, y quizá los animales se entiendan mejor en su especie. Creo que el único camino de paz y el único refugio está allá arriba, donde está Dios...

—Yo no sé si Dios nos hace caso —confesó Picornell con lentitud—, pero, desde luego, los hombres son los mismos a lo largo de la historia; sólo cambian las circunstancias. Dijo Goethe que «la Humanidad progresa constantemente, pero el hombre es siempre el mismo».

—Sí, creo que es así —replicó José Miguel.

Picornell, alzando su copa de coñac que invariablemente tomaba allí todos los días, consultó su reloj y dijo: «Son las cuatro. Ya me voy», y salió al Borne, hacia arriba, buscando la calle de Capuchinas.

José Miguel seguía luchando por encontrar camino a su vida en la isla y se proveyó de un carnet de

intérpretes en la C.N.S., iniciando gestiones para su colocación, pero estaba indocumentado y en edad militar, así que no le era posible...

Esperanzas e ilusiones

Dina envió una postal con la vista del pueblo, y él, tras agradecerlo, informó que, a causa de una alarma, tuvo que meterse en un refugio precisamente cuando venía de que le pusieran una inyección endovenosa que el médico le recetó para fortificarle. Los días pasaron y el amor del joven por Dina fue creciendo vertiginosamente, y con él su dolor, pues temía no ser correspondido, y no podía ofrecer nada. Sólo su pobre literatura...

La carta del diez parecía mostrar una señalada indecisión en Dina: «¡Me gusta tanto oírte hablar! Cerraría mis ojos y me mecería en tus palabras. Quisiera permanecer de esta forma siglos infinitos y creo que no me cansaría...; a través de tus palabras se percibe una estela de sufrimientos, y creo que si has sufrido mucho, al menos has vivido y has sido, tal vez, comprendido, pero yo, con la envoltura de mujercita alegre, quizá fría, nunca experimenté el gozo de ser comprendida por nadie... ¿Amo hoy? No sé, pero por si acaso no dejaré que este señor llamado Amor entre en mi corazón. Es caprichoso y cruel; no me atrevo ni a dejarle entrar en el vestíbulo...»

Sin embargo, después de aquella afirmación del diez, la joven dejó caer en medio de la carta del diecinueve estas frases que alegraron a José Miguel: «Una mujer nunca parece tan indiferente como cuando está profundamente interesada en algo..., nunca tan interesada como cuando permanece completamente indiferente»; añadiendo luego: «si no hay novedad, nos veremos nuevamente en la Biblioteca, como siempre, a las cinco», y aquello significaba el sábado, día en que Dina descendía a Palma a ver a sus familiares.

Poco podía imaginar la seria bibliotecaria catalana que en una mesa silenciosa, leyendo, frente a frente, un joven y una joven estuvieran fraguando un grande amor, un fuerte amor por el que esperó y sufrió José Miguel durante cuatro años. «... esta noche pasada —decía él en su carta del veinticuatro de octubre— he tenido ensueños agitados; innumerables figuras, como fanales alocados, iluminaban en juegos diabólicos los diferentes rincones de mi vida, oscurecida por la tapadera de esta voluntad empeñada en dejar para mejor ocasión el conglomerado de recuerdos...; alegrías, penas, visiones, palabras, retratos, etc., pretendían, como caracoles encerrados en una cazuela, escaparse constantemente a la luz... y me veo camino de la estación. Llenos de barro los pies y empapados en agua, obtengo el billete para un pueblo donde está el imán que me atrae, la maestrita de escuela, menudita, de cabellos rubios de oro, naciendo, de una frente límpida e intelectual, bucles de artística composición, que adornan el rostro nacarado, casi redondo, angelical, en el que unas cejas enarcadas maravillosamente protegían los ojos pequeños, almendrosos de azul, iluminados con destellos de alma...; por ellos asomaba la bondad y el cariño de su corazón, aquel que encierra sensible y micromástica jaula virginal, nariz perfecta y labios llenos, bien recortados, y en el marco sus orejas transparentes, como de cera. Sucio, mojado y lleno de barro, ¿qué hacía yo delante de aquella obra de arte? Mi corazón la llamaba "muñequita" y "reina"...»

Cuando volvió José Miguel de Correos de depositar su carta encontró la habitación revuelta, los colchones levantados y preguntó qué pasaba, pero los patrones no dijeron nada. Sin embargo, Antonia, aquella mujer viuda de Andraitx que hacía la limpieza, aquella que había pasado tantos años en Rouen, le dijo en francés, en un rincón del pasillo, que la policía acababa de salir y que habían registrado todo su cuarto, hasta los colchones.

La vigilancia continuaba, pensó el joven, y el proceso de depuración le enervaba. De vez en cuando era llamado a declarar y en ocasiones se le hacían preguntas inesperadas sobre personas que había encontrado en alguna calle, por la mañana o por la tarde, en una calle o en la Muralla, en sus paseos, personas que él mismo no conocía...

Para distraer la mente, por la noche se puso a jugar al ajedrez con los amigos. Se animó al conseguir ganar al campeón de la peña, Martínez, sargento de Aviación, ante el cual ni el «sordo» se resistía, y ya tarde, cuando se iba a retirar a dormir, entró Salvá, el maestro de Ibiza, que estaba pasando una temporada oficial en Palma. Estaba casado, pero cada día tenía sus problemas amorosos y aquella noche comenzó a contar otra de sus interesantes aventuras. Ralla, el pelirrojo sargento, y Molina, el brigada de Aviación, comenzaron a contar de las suyas. Ambos eran andaluces con sal, de manera que aquello se prolongó y la conversación se generalizó. Las páginas de la corrompida sociedad de guerra fueron releídas, implicando especialmente a las dos chicas mantenidas por italianos que había en la misma pensión y que aquella noche no estaban en el grupo.

José Miguel, teniendo la mente turbada por todo aquello, intentó dormir, pero no lo logró. Aquellas ideas le tenían muy despierto y decidió levantarse de la cama. Sobre la pobre y reducida mesa, con aquella pobre luz del cuarto peor de la pensión, ayudado tarde por el silencio de la madrugada, escribió, con la dedicatoria «A mi reina», sus «sextetos de insomnio»:

«Es cierto que la vida
no vale cuando el hombre
piensa en sus sufrimientos,
pero que amando mucho
la vida se comprende,
también es cierto.

Parece que estoy loco,
me dan vuelta los versos;
si yo quiero dormir,
¿por qué escribo yo esto?
No sé ni lo que quiero,
si duermo o estoy despierto.

Hay algo que me invade,
me tiene amenazado;
el mundo y sus ciudades
desfilan por mi lado.
Hay males y bondades.
¡Estoy enamorado!

Mas ¿cuál es la mujer?
No puede ser cualquiera,
yo tengo cierta historia.
¡Esto es una quimera!
Yo quiero aquella novia
que tal vez no la hubiera...»

Por la mañana el patrón le vio muy demacrado y se acercó a él mientras leía el periódico junto a la ventana.

—Mire, hemos pensado que si usted nos ayuda a llevar las cuentas, en vista de que no puede pagar más, como los otros huéspedes, le dejaremos el precio de su pensión todavía en cuatro pesetas diarias y la daremos, además, el desayuno. *Ça va?* —dijo el patrón, que hablaba francés muy bien.

—*Mais oui, très bien, très bien; merci beaucoup!* —respondió Miguel, muy agradecido, en la lengua con que hablaba bastante frecuentemente con él.

El dinero que el Banco de España le había entregado a cambio de una parte válida de lo que llevaba había ido reduciéndose y, sin trabajo, su situación económica se hacía cada vez más difícil. Por eso aquel gesto de bondad refrescó el alma de José Miguel y seguidamente escribió a Lluchmayor dando la noticia e incluyendo la poesía de la madrugada

anterior, con esta claración: «Tu pueblo mallorquín —dicen los autores— es músico y poeta, tierra de "trovadors" o improvisadores; así que yo, aunque no soy poeta, me he hecho trovador cuando no podía dormir...»

«¡Si yo pudiera impedir tu sufrimiento! —contestaba ella—. Pero me encuentro tan pobre espiritualmente..., es imposible describir lo que siento..., no sé si sería mejor no escribirte. No sé qué me pasa, pero cuando escribo noto que lo mejor, y quizá lo más exquisito, huye de entre los dedos, se gasifica, desaparece... Tu carta es para mí, a pesar de todo, un sedante, como alimento delicioso para mi espíritu, martirizado por ideas fantasmagóricas que se traducen en sueños horribles, pesadillas dolientes que, incluso despierta, me atenazan las sienes...»; pero le ocultó a José Miguel que también a ella, por causa de él, la policía había llegado a inquirir y a prevenir...

Pasaron semanas de angustias y de dolor; ambos se encontraron separados, no sólo por la corta distancia de ferrocarril, sino por la situación social, por el temor de los padres y de las amistades de ella, por la desventaja que significaba José Miguel, bajo vigilancia policíaca, junto al médico de Lluchmayor que la pretendía, junto a otros jóvenes pudientes y bien situados que la cortejaban. Por eso, dándose triste cuenta de la difícil situación, en una isla de conveniencias, de tradición y de intereses, comenzó a desfallecer. Le escribió: «... y me he considerado inmerecedor de "mi reina" e infinitamente desgraciado, pobre de espíritu y sumamente dolorido; ésta es una realidad espantosa en una situación especial entre un pueblo especial...; vienen a mi mente las palabras de un amigo japonés, esperantista, que me escribió diciendo: "Aun en el fango de la vida hay algo de poesía." Yo no sé, sin embargo, si mi amigo Hirota, con su especial filosofía, decía la verdad, pero creo que he llegado a ese fango que nadie quiere, que todos en esa sociedad evitan...; no sé si vale

la pena de vivir..., aunque yo mismo sienta cierta poesía inexplicable en el sufrimiento y en el barro...»

Desesperación

Aquel forcejeo de alma, aquel hundirse y levantarse, aquella monotonía de muerte que le impedía avanzar en la vida, la imposibilidad de ofrecer algo a la mujer que amaba, la decepción que le causaban los hombres en guerra y aquella guerra que no terminaba, llegó a trastornar a José Miguel y, como un autómata, subió al tercer piso, al cuarto de Norberto. La puerta estaba entreabierta y pasó, pero él no estaba allí...; se acercó al balcón abierto y miró hacia abajo.

La calle Zagranada, tan estrecha como la de San Cayetano, formaba un ángulo con ésta y, desde la altura, José Miguel veía el desconchado de la pared lisa...; abajo no se oían pasos sobre el empedrado..., silencio..., soledad. Y al resbalar su mirada pared abajo, abstraído, inconsciente, angustiado, comenzó a percibir unos pliegues blancos y una espuma curvada que se alzaba y descendía lentamente. Las piedras de la calle, allá al fondo, no existían, era ya todo agua y unos cetáceos saltaban para volver a desaparecer bajo las olas...; estaba en el barco, en su barco, y los marineros querían echarle al mar. Tal vez aquello habría sido lo mejor, no habría sufrido tanto; en unos solos minutos..., así, levantando voluntariamente un pie y saltando. Se aferró con las manos al hierro de la barandilla y alzó su cuerpo...

—¿Qué haces? —gritó una voz—. ¡Estás loco! —Era Norberto que se acercó corriendo al balcón para sujetar a José Miguel, con media pierna fuera.

—No sé qué dices... —musitó el joven, dejándose arrastrar hasta la cama.

—Los tiburones me lo habrían agradecido —añadió balbuciente, tendido sobre la cama—. Ellos me

habíran considerado útil y valioso —añadió, cubierto de copioso sudor y preso de alteración nerviosa.

—Esos tiburones a que te refieres son el mismo diablo, José Miguel —replicó Norberto—, y tú te has olvidado de Dios, de que El es poderoso para sacarte de tu dificultad y para salvar tu alma también.

—Sí, sí —dijo con voz muy débil su amigo.

Días más tarde, algo más repuesto, José Miguel fue a presentar un trabajo literario que había venido preparando en sus ratos libres con la pretensión de verlo publicado. En aquella oficina de la calle de San Jaime, donde lo entregó para no tener nunca más noticia de él, encontró a una señorita italiana que trabajaba en el Consulado y quería aprender español. José Miguel fue su profesor durante unos meses y aquellos ingresos le ayudaron a vivir. Elvira María Finocchi era además excelente cantante y fue invitada a cantar, ante un público competente, en la residencia del noble Torrandell.

A José Miguel le gustaba hablar durante sus clases con aquella culta dama que conocía bien la historia y los países del Mediterráneo. Frecuentemente comparaba el retroceso de las masas en cuanto a la cultura, a lo bello, a lo espiritual, y decía que lo bueno y el progreso del mundo sólo dependían del esfuerzo de unos cuantos personajes destacados de la historia. «Tolomeo Soter fundó la maravillosa biblioteca de Alejandría, con millares de manuscritos utilísimos, pero ¿dónde están hoy? ¿Dónde están las cenizas de las 200.000 obras de la biblioteca de Pérgamo, y qué ha sido, en Atenas, de las colecciones de Pisístrato o en Jerusalén de la biblioteca del Templo y de la de Phtah en Menfis? ¿No quemó el emperador Cheu-Hoang-Ti tesoros que contenían los millares de libros de aquella biblioteca china? ¿No quemaban los monjes del Monasterio de Santa Catalina, en el Sinaí, la joya de la Biblia en pergaminos para calentarse al fuego, ante el estupor del gran erudito Tischendorf?»

José Miguel, sin duda, estaba sufriendo un ver-

dadero impacto en su vida en aquella singular isla de Mallorca; no sólo se mezclaba en el crisol de su alma aquella amalgama de sentimientos y actitudes de los hombres frente a la cultura, frente al amor, frente a la religión, sino que él mismo era juzgado allá adentro, en lo más recóndito de su ser; allí se juzgaba su propia actitud para con Dios, ese Dios verdadero que controla todas las cosas, que ve todas las cosas, que sopesa los espíritus de los hombres, sino que el mismo futuro de su amor estaba en juego...; su cabeza le daba vueltas...

Dina le escribió el veinticuatro de junio recordándole que ésa era la fecha de la fiesta popular de San Juan, cuando las muchachas funden plomo que vierten sobre el agua en el suelo para adivinar el instrumento que indicaría la profesión del novio que iban a tener, al tiempo que rezaban: «San Yuan pelut, San Yuan pelat, trei me ses aines d'es meu enamorat»; y mientras oía aquel maravilloso avemaría, José Miguel se preguntaba qué instrumento indicaría su propia profesión futura...

Crepúsculo espiritual

Una tarde entró en la habitación de Norberto cuando aquél estaba leyendo su Biblia y le preguntó qué leía.

—Estoy leyendo el libro del profeta Amós —contestó—, uno de tantos hombres de Dios que anunciaban al pueblo el castigo por sus pecados.

—¡Pecados!, ¡pecados! —exclamó José Miguel—. Creo que el que más peca hoy vive mejor, mientras que los que sufrimos encontramos todas las puertas cerradas...

—Amós dice que Dios mandó pruebas al pueblo de Israel, mortandad, cuchillo, hasta que subía el hedor de los muertos a las narices, y, a pesar de ello, el pueblo no se arrepintió —explicó Norberto.

—Y ¿no crees tú que en España ha habido ya bastantes muertos? ¡A ver si la gente se arrepiente y podemos todos vivir en paz y felicidad...

—La Biblia dice claramente, amigo José Miguel: «Buscad primeramente el reino de Dios y su justicia y todas las cosas os serán dadas después»; la paz y la felicidad del alma no empiezan sino después de haber buscado el Reino de Dios.

—Sí, esas palabras las recuerdo. Están en el Nuevo Testamento y las dijo Jesús; me las leyeron en Almería, pero mi Biblia se quedó allí... Me gustaría leer la tuya esta noche, ¿me la dejas?

—Sí, sí; tómala y mañana me la das, pero aprovecha el tiempo. Yo no puedo pasar un día sin leerla —dijo Norberto.

Ya en su cuarto, el joven abrió la Biblia y leyó a solas en el recinto quizás el más inhabitable de la pensión, cerca de una cocina desusada y de un retrete, teniendo en el cuarto un ventanuco por toda ventilación y un cristal encima de la puerta de entrada al cuarto para que entrara de día cierta luz. Y allí, en aquel escondido rincón, encontró dentro del libro una postal. Representaba un faro en medio de las olas gigantescas y al fondo un barco que la mar trataba de hundir. La tempestad agitaba y amenazaba todo menos aquel fuerte y erguido faro que daba luz en las tinieblas de la noche. Debajo había una cita: «El Eterno es mi luz y mi salvación» (Salmo 27:1).

José Miguel quedó mirando aquella tarjeta, de color verdoso, un tiempo indefinido, las palabras fueron pasando lentamente a través del éter, por la retina entraron en su cerebro y comenzaron a barrenar en su corazón. Dios, el creador de todo, el que ve todo, podía ser la luz en las tinieblas que rodeaban su vida, su salvación en aquella ruina y perdición...; indudablemente, Dios le vería a él en aquel rincón, en aquella isla, olvidado del mundo...

Con cierto inexplicable alivio comenzó a leer la Biblia, hora tras hora, hasta que los ojos se le cerraron, como si le pincharan con agujas..., y no supo a qué hora quedó dormido.

XII

CRISTO EN MALLORCA

«Después de estas cosas, Yahveh dirigió la palabra a Abraham en una visión, diciendo: No temas; soy para ti un escudo...»
Biblia BOVER-CANTERA

(Gén. 15)

Se levantó en sábado con el corazón alegre, como cada fin de semana, porque era el día cuando su novia descendía en el camión a Palma; allí, en la Avenida, la encontraría para acompañarla hasta su casa, con algún bulto, en la típica Plaza de Quadrado, número once. En el camino se cambiarían las primeras impresiones y las noticias más importantes.

—Estoy aburrida y triste en aquel pueblo. No salimos nunca después de la caída del sol; de la escuela vamos siempre a la iglesia y de la iglesia a casa. Allí trabajamos un poquito y, después de la cena, cada día, junto a la lumbre, rezamos el rosario con Camps y su madre; he dejado el hotel y vivo ahora con ellas, es más familiar —dijo Dina cuando se hallaron sentados cómodamente en el gabinete de su casa.

—Desde mi punto de mira, egoísta, prefiero que así sea. Tengo hasta miedo de que te vean, ¡tan celoso estoy de ti! Me asusta el perderte y, estando lejos, me parece, aunque en pueblo, que me roban algo mío, algo que necesito mucho... Por otro lado, esa vida vuestra es muy propia de los tiempos pa-

sados; hacéis vida de medio monjes: clases, iglesia, rosario, comer y dormir...

—Sí, esto es verdad, pero quizá me ayude a pensar más en ti —dijo ella—. Te encuentro más delgado que la semana pasada...

—Sí, peso exactamente cincuenta y dos kilos y setecientos gramos. Hoy me he pesado y el médico dice que me vigile; esta vida mía es insoportable. La patrona me ha dicho esta mañana que me daría una habitación mejor si pudiese pagar cincuenta céntimos más cada día, pero no puedo aumentar gastos. A poco de decirme aquello se presentó otro policía a interrogarme y esta tarde tengo que ir a Capitanía para nueva interrogación; los nervios los tengo deshechos y me paso las noches en vela; fíjate que, en el silencio de la noche, oigo el tic-tac de mi reloj de pulsera, mientras por un angulillo del ventanuco veo la luna clara, en ocasiones empañada por alguna nubecilla lejana...

—¿Es que el médico no puede darte nada para dormir? —inquirió Dina.

—No le he dicho nada; es que duerme conmigo una loca... —replicó él.

—¿Qué me estás diciendo? —preguntó la chica inocentemente alarmada.

—Sí. Malebranche llama «loca de la casa» a la imaginación y esa imaginación me produce debilidad cerebral, algo así como principios de locura; después de todo, se dice que hay más locos por la calle que dentro de los manicomios, sobre todo como resultado de los sufrimientos de la guerra. Yo siento en mí dos fuerzas que luchan, que me desgarran: mi amor por ti, que es el consuelo en el desconsuelo, la única medicina contra la muerte, y por ese amor siento todo lo que de carne pueda tener el espíritu; por otro lado, la inclinación a la desaparición, a la muerte misma; siento que mi alma, sea ella lo que fuere y esté o no destinada a desaparecer, se debate en un campo de contradicciones entre el sentimiento y el raciocinio...

—Has de tener confianza en Dios; no desesperes, pronto saldremos de esta situación angustiosa y se nos abrirá un camino. Ya lo verás...

—Sí. Tengo fe en Dios, estoy leyendo con ansia la Biblia y sus palabras son verdaderamente hermosas, consoladoras, pero dentro de mí sigue, como en una crisis espiritual, esa lucha que cantara Leopardi, entre el amor y la muerte, que es hermana suya: «Fratelli, a un tempo stesso, Amore è Morte ingeneró la sorte.» Confieso que soy un supersensible; Schopenhauer me coloca entre este tipo de individuos y por ello registro en mi ser todas esas variaciones y sensaciones ultramateriales.

Cristo mejor que Schopenhauer

—Ya te dije la semana pasada que dejaras de leer a Schopenhauer —dijo Dina—. No te metas dentro de ti mismo y ábrete a la vida. Dios está también en la calle, en las cosas de cada día.

—Ya sé, ya sé; Schopenhauer no me da dinero, pero medio me ayuda a vivir con mis propios pensamientos —confesó el joven.

—A veces pienso —susurró ella— que nunca vamos a llegar al fin que anhelamos. Mis padres piensan que estoy perdiendo el tiempo y que no eres precisamente un partido, como aquí se dice, pero... ¿por qué ha de ser así?, si parece que ha sido Dios quien dispuso que nos conociéramos y tuviéramos afinidades y brotara el amor en nuestros corazones...; es cierto que en el camino de esta vida encontraremos espinas, pero tal vez esto sea un acicate para unirnos más, para que nuestro cariño sea más hondo y para que sepamos valorar lo que Dios nos ofrece...

—Sí. Dios nos ha unido —afirmó José Miguel—. ¿Cómo iba yo a imaginar, reina mía, que tú me esperabas en esta isla de ensueño a donde jamás pensé llegar? Fue Dios quien te colocó aquí, esperando mi encuentro; pero ¿cómo?, ¿cómo?, ¿de qué

manera puedo yo hacerte mía? No puedo avanzar..., creo que estoy neurasténico y grito con Michelet: «¡Mi yo, que me arrebatan mi yo!»...

—No desesperes. Me tortura la idea de que sufres y lo considero como una gran prueba, pero tengamos confianza en Dios —aconsejó Dina, y bajando la voz, conmovida, dijo—: Tú sabes que no he tenido otro novio, que ningún hombre ha rozado jamás el borde de mi vestido y que no estaba dispuesta a aceptar sino al que hubiese de ser mi marido... Cuando Dios me ha llevado a aceptarte a ti será porque tú y no otro ha de serlo... En sus manos lo dejé desde el primer momento en que te acepté, y confío en su santa voluntad.

La joven quedó silenciosa un rato y, al contemplarla, José Miguel creyó que una aureola invisible la embellecía de modo superlativo. Le tomó una mano y así, fijamente, quedé un tiempo indefinido, mirándole a los ojos.

—Creo que nuestro amor será eterno, como esa luz azul diáfana de tus ojos transparentes, y pienso, según veo en la Biblia, que la fe en el Dios personal, en el Padre de los hombres, lleva consigo la fe en la eternización del hombre individual que quiere vivir con El en espíritu. Job preguntaba: «Si el hombre muere, ¿puede vivir otra vez?»; y Jesús dice que sí, que todo aquel que en El cree no morirá y vivirá eternamente.

Tras una pausa Dina dijo:

—El pensamiento de Pedro Mata me gusta mucho. Nuestras almas se comprenden, se hablan, sin necesidad de recurrir a las palabras. Por eso yo no estoy nunca sin comunicarte algo, siempre te cuento cosas, te hablo, aunque rara vez recurra a la palabra...

Cuando abandonaba la Plaza de Quadrado, José Miguel, tras la cena, se encontraba casi siempre en las veladas que reunían a Carbó, Molina, Martínez, Rullan, Ralla y Pablo. Este último era también catalán, soldado de alta estatura que cumplía en Capitanía.

Como casi todos los reunidos, exceptuando José Miguel, Carbó y rara ver Norberto, eran militares y un par de chicas subvencionadas por italianos, las conversaciones eran vulgares y superficiales, no habiéndose mencionado jamás la palabra Biblia ni discutido temas de religión, pero aquella noche, sin saber cómo, José Miguel, relajada la tensión de la partida de ajedrez, preguntó inesperadamente:

—¿Qué sabéis de la Biblia, amigos?

Se registró un momento de silencio, sin duda por la sorpresa, y seguidamente el alto Pablo, religioso a su manera, explicó:

—Es un libro de los protestantes. En Barcelona hay grupos de esos tipos...

—Yo lo que zé —dijo Molina, con su cara alegre e infantil, moviendo su grasienta sotobarba— es que en Graná, cuando queremos decir algo gordo, decimo: «¡La Biblia en pasta!», de manera que debe zé un libro tremendo...

—Pues yo la he leído —confesó el sordo, con su cable colgando de la oreja, riendo mansamente, como siempre—. Y no es mala, no. Lo que pasa es que no se conoce y casi nadie la tiene.

—Hay uno aquí en la pensión que la tiene, Norberto —confesó sinceramente José Miguel—; es muy pequeña, encuadernada en una piel especial y le cabe en el bolsillo. A mí me la dejó anoche y la estuve leyendo varias horas...

—Pues creo que te has condenado —saltó en seguida Pablo—. En mi vida la he leído yo por eso mismo. Yo cumplo con la Iglesia, no falto ni un día a misa y estoy satisfecho sin leerla ni conocerla. En la batalla del Ebro yo llevaba la cruz a cuestas por encima de las trincheras, de modo que no será porque no soy cristiano, ¿eh?

—Siento decirte —contestó José Miguel acariciando las piezas de ajedrez— que no me siento condenado y, contrariamente, las cosas que he leído y leo

me acercan más a Dios y a Jesucristo. Hay cosas estupendas que me consuelan y son un bálsamo en mi tristeza.

—Pues yo no he visto de esos protestantes que llevan la Biblia —intervino Ralla el pelirrojo—. Yo lo he visto en las películas...

—Buenas noches —saludó inesperadamente Norberto al abrir la puerta de cristales, acercándose a la mesa para alcanzar un periódico.

Norberto da su testimonio

—Aquí está nuestro hombre —insinuó Martínez, poco hablador—. ¡Que él nos explique!

Hubo un corto silencio y Ralla lo rompió para decir con aire familiar:

—Oye, Norberto, la Biblia es cosa de protestantes y extranjeros, ¿verdad?

El aludido quedó un tanto sorprendido e imaginó que José Miguel habría hablado del tema. Pausadamente, contestó:

—Un famoso crítico español, Menéndez y Pelayo, se atrevió a decir que, para un español, la única alternativa espiritual posible era una lealtad incondicional a la Iglesia Católica o un completo agnosticismo...

—Es que yo lo creo así —interrumpió calurosamente Pablo—, o católico, o nada. La Iglesia es la que salva y fuera de ella no hay perdón.

—Muchos intelectuales que siguieron —prosiguió Norberto, sin hacer caso de la intervención de su paisano— hicieron lo que se llama «el caldo gordo» a Pelayo y han seguido diciendo la misma vaciedad, que no se puede en España ser otra cosa que católico, algo así como lo que gritan los hinchas del fútbol: «Ras, ras, ras, el Barcelona y nadie más», y otra estupidez, la de que el protestantismo es cosa de alemanes o de ingleses. Ganivet, que no se comprometió, como Menéndez y Pelayo en sus *Heterodoxos*, a defender a la Iglesia Católica, hace notar en su *Idearium* la decadencia de la Iglesia en España, y en nuestros días las charlas del misionero Ramón Sarabia nos están siempre preguntando si España es realmente católica.

—Pues claro que es católica —volvió a interrumpir Pablo—, y para eso hemos luchado, para defender a la Iglesia.

—Bueno, si España entera hubiera sido católica —intervino el otro catalán, Carbó—, ¿por qué las elecciones trajeron la quema de conventos y la matanza de curas? Angel Osorio, siendo católico, afirmó: «Hay que ir prontamente a un Concordato..., porque España es un país católico sin cristianos, cuidadoso de la liturgia, pero olvidado de los mandamientos de Dios», algo así como lo que escribió Unamuno: «El sentimiento religioso que hemos heredado de nuestros padres es sencillamente una filfa.»

—Desde luego, Pablo, yo creo que debemos hablar con sinceridad —intervino Rullan, el de Soller—. Tú háblales de Cristo a cualquiera en el cuartel y no saben nada de su doctrina, y algunos hasta no le han oído nombrar, y cada soldado representa una familia española. Yo creo que, si afinamos un poco, España, así como suena, no es esencialmente cristiana; el espíritu de Cristo, la persona de Cristo son desconocidos para el hombre de la calle.

—Pero ¿qué pruebas tenemos de que haya existido Cristo? —preguntó ya abiertamente Martínez.

—Las pruebas son absolutas —explicó Norberto—, no sólo por la historia misma de la Biblia, sino por los documentos literarios de la época y luego por descubrimientos arqueológicos y referencias en los anales de otros países mediterráneos.

—¿No habéis leído lo del Vaticano? —preguntó Ralla algo incrédulo.

—¿Qué paza?, ¿qué paza? —preguntó interesado el granadino Molina.

—Pues que un equipo de físicos, con el padre Ernetti a la cabeza, han inventado una máquina que fotografía el pasado. Trabajan como los astrónomos, calculan los años luz, han instalado un laboratorio

con diez mil antenas parabólicas en California, en Mount View, y todas las radiaciones que captan vienen de civilizaciones lejanas a la nuestra. Ya han fotografiado a Colón cuando llegó a América, a Juana de Arco en la hoguera, a Napoleón en Waterloo y ahora dicen que tienen la fotografía de Cristo...

—Ezo, amigo Ralla, no me lo creo yo ni ninguno aquí —dijo fulminante Molina.

—Yo creo absolutamente en la existencia de Cristo —repuso Carbó— porque cualquier persona medianamente inteligente admite esa realidad, pero lo que digo es que, por lo que sea, no sabemos mucho de él, aunque quien más, quien menos ha oído en misa y fuera cosas del Evangelio.

—Estoy de acuerdo con Carbó —intervino Martínez— y creo que, como todo fundador de doctrina o de partido, como cualquier hombre grande de la Historia, debería haber dejado su doctrina o enseñanza a las gentes.

—Pues eso es precisamente lo que ha hecho —explicó José Miguel— en la Biblia; es en ese libro donde tenemos todas sus enseñanzas y todos sus puntos de doctrina.

Al llegar a este punto, Norberto echó mano de su libro de piel que llevaba en el bolsillo y, abriéndolo, leyó:

—«Yo soy el camino, la verdad y la vida...; nadie viene al Padre sino por mí» —y añadió—: Estas palabras son precisamente de Jesús e indican que El salva, y no una Iglesia determinada, ni una filosofía determinada, ni ortodoxos, ni protestantes, ni católicos, ni budistas, ni mahometanos; Cristo y sólo Cristo salva a los hombres.

—Bueno, yo lo veo claro —confesó José Miguel—, porque ¿quién ha muerto en la cruz, una iglesia, o una filosofía, o ha muerto Cristo personalmente? Y si ha muerto en la cruz por unas exigencias determinadas de la ley y del pecado, ¿quién puede salvar si no es él mismo? Si yo deposito mi confianza en Jesús y no en un grupo de hombres por organi-

zados que estén, me alcanzará el valor de la muerte de Cristo aunque los religiosos y filósofos no cuenten conmigo.

—¡Cuidado, Norberto! —dijo riendo, con voz bronca, el sordo—. ¡Que te van a excomunicar...!

—Es imposible —dijo el joven—. Yo no estoy comunicado, así que no pueden excomunicarme.

—Entonces tú eres un hereje protestante —exclamó furibundo el alto Pablo.

—Llámale como quieras —dijo con plena tranquilidad Norberto—. Yo me consideraré un catalán cristiano, pacífico y seguidor de las enseñanzas de Cristo y amante de la Biblia.

—A ver si entre catalanes os peleáis ahora —comentó, con su sonrisa de conejo, el rubio Ralla.

—No, yo no los dejaré —dijo, también riendo, el sordo Carbó—. Les obligaré a bailar una sardana.

Todos se echaron a reír menos Martínez, que, más pensativo, insistió:

—Pero la cosa es importante, porque no se trata ya, según deduzco, de ser filósofo o religioso, ni mahometano ni protestante, sino sencillamente de creer, de tener fe.

—Pues todos tenemos fe —dijo Pablo.

—Bueno, eso es un poco relativo; en el fondo, muchos no creen —dijo José Miguel—; tienen la fe del carbonero, de aquella famosa de Unamuno. En el mismo Evangelio encontramos a los que no creen, pero hay uno que San Marcos presenta como padre de un niño epiléptico a quien Jesús dice: «Sí puedes creer, al que cree todo es posible»; y el hombre, interesado en la curación de su hijo, exclama: «Creo, Señor, ayuda mi incredulidad.» Y ¿qué significa aquella contradicción de socorrerle en su incredulidad?: que su fe es una fe a base de incertidumbre, que quiere que su hijo se cure, aunque dude de aquella curación. Pero Cristo robustece la fe del padre curándole al hijo. Nuestra fe no ha de ser de incertidumbres, sino de certezas, de autoridad de la palabra de Cristo en la Biblia.

La conversación, que no se alargó mucho más, sirvió como de tónico y reconstituyente a José Miguel. Cobró ánimos espirituales y se definió más; era algo que le salía de modo espontánea y pensó que en aquel intercambio de ideas y de sentires el camino de la verdad se había abierto más claramente ante él.

Al día siguiente, sábado, fue, como de costumbre, a la Avenida, tras el Café de las Siete Puertas, a esperar la llegada del camión de Lluchmayor y sentirse muy feliz durante aquellos dos días hasta el lunes, en que, al partir ella para la escuela, se encontraba de nuevo deprimido y triste.

—Esta semana hemos tenido conversaciones interesantes acerca de la Biblia. Comienzo a creer que, efectivamente, Dios está poniendo a prueba nuestra resistencia, pero que tiene un camino preparado para nosotros, un camino de luz. No sé donde he leído que la hora más negra es la que precede al alba y quién sabe si nos acercamos ya a ese alba de nuestro mañana —dijo animado José Miguel.

—Espero y confío en que Dios, siendo tan infinimente misericordioso, se apiade de nosotros y nos ayude —replicó Dina.

—He empezado a leer un libro interesante —informó él— que se emplea en algunos centros como apologética, pero hay muchas cosas que me desconciertan y siempre ando rebuscando por la Biblioteca. La señorita de allá no sé si va a hartarse de verme y de que le haga preguntas. Ayer encontré una cita de un Santo Tomás, pero ni ella ni la otra bibliotecaria del Ayuntamiento supieron darme razón porque dicen que hay cinco o seis Santo Tomás: el de Aquino, el de Italia, el de Lérida, etc.

—Sí, hay tantos santos —dijo Dina—, muchos más de los que tú encuentras en la Biblia.

—Efectivamente, y esto me recuerda un chiste. Mira, un parachutista se arroja del avión, pero por desgracia no se le abre el paracaídas y, lleno de pánico, comienza a llamar a San Francisco a voz en cuello. De pronto, una mano le sujeta en el aire y le pregunta: «¿A qué San Francisco llamas?» El paracaidista replica atropelladamente: «Pues a San Francisco de Asís», y en aquel momento le suelta la mano y vuelve a sentirse en el vacío, al tiempo que una voz que se alejaba decía: «Yo no soy el de Asís, de modo que no eres de mi devoción.»

—No sabes lo que me alegro de encontrarte de buen ánimo —confesó la chica, con ojos resplandecientes— y quisiera que fueras a ver al Padre Bonet, de los jesuitas, en la calle Montesión. Es muy famoso y, sin duda, te va a ayudar en todos los problemas de tipo espiritual que estás viviendo...

Pasó José Miguel, verdaderamente, unos días de mejor ánimo y cobró fuerzas nuevas en su indefinida situación, pero pronto, con las primeras lluvias del invierno, sintiendo algo de frío a pesar del clima ideal de la isla, vio a su Dina cada vez más lejos, cada vez la necesitaba más junto a él...

Leía a Heidegger y se creyó incluido en su filosofía, en aquella de que la existencia humana se realiza en el horizonte de la nada, la de que el hombre es arrojado a la nada, y se preguntaba: «¿Qué será la nada?», recordando que el mismo Unamuno luchaba con aquella idea en su ansia de inmortalidad. Don Miguel decía: «En un escondrijo, el más recóndito del espíritu, sin saberlo acaso el mismo que cree estar convencido de que con la muerte acaba para siempre su conciencia personal, su memoria, en aquel escondrijo le queda una sombra, una vaga sombra de sombra de incertidumbre, y mientras él se dice: "ea, ¡a vivir esta vida pasajera, que no hay otra!", el silencio de aquel escondrijo le dice: "¡quién sabe!"...»

Una tarde, al oscurecer, salió de la Pensión Ferrá, atravesó el Borne, subió el Part d'en Quint hasta la Plaza de Cort, enfiló unas calles tortuosas y llegó a la de Montesión; buscaba la sede de los jesuitas. En la carta que escribió a Dina el día veintidós

decía lacónicamente: «Ya he visto al Padre Bonet. Esta mañana, a las ocho y media, me citó para esta noche a las siete y media y cuando llegué estaba en el púlpito dando un sermón, con toda la iglesia iluminada, llena de gente, principalmente mujeres. Al terminar y sonar el órgano yo no me acordaba de cuál era su confesionario, pero al ratito vino un joven a mi banco y me dijo en voz baja: "El padre le espera", y fui con él. Estuvimos hablando tan largo rato que se preocupó por el dolor de mis rodillas, y me dijo que debíamos hablar más veces, pues había muchos puntos que no me podía aclarar. Después de la confesión me llevó a su despacho y me entregó dos libros, prometiéndole ir a verle. Dijo que yo era muy buen cristiano y casi perfecto y que, en un hombre de mi temperamento y de mis condiciones, me comportaba como otro no habría sabido hacerlo, y muchas cosas más...»

Días después José Miguel escribía literalmente sus confusos sentimientos: «... así me siento hoy, porque el haber ganado la mitad de terreno en la lucha conmigo mismo me da satisfacción, pues me puedo acusar y prefiero hacerlo y no defenderme, porque prefiero lo más duro, ya que por exceso de bondad o de pureza nunca peca uno, aunque es difícil, dificilísimo, como dice el padre Bonet, llegar a la perfección; pero yo sigo intuyendo, sigo creyendo que sólo por la fe puede salvarse el alma. Según leo en la Biblia, "no hay perfecto ni aún uno", y además "el justo por la fe vivirá", y además, "no por obras de la ley, sino por la fe en Cristo Jesús", y muchísimas otras citas que ahora no recuerdo...»

Cuando mandó aquella carta, José Miguel sintió deseos de leer más aquella Biblia santa y subió a pedirla a Norberto. Aquella noche quedó también muchas horas leyendo los evangelios, buscando en las palabras de Jesús el consuelo y la norma para su vida. No encontraba en los libros del padre Bonet la solidez de pensamiento, la seguridad, la autoridad, el aplomo y penetración de aquellos evangelios

de la Biblia; después de leer todas las páginas de aquellos libros apenas si llegaba a su corazón algún alimento, alguna respuesta. En cambio, en los evangelios, cada frase y cada historia llegaba directa al alma sedienta de José Miguel, como saetas directas, llenas de bálsamo calmante, cicatrizante, para sus heridas...

Dos días después, en la carta de Dina había un párrafo que hizo recordar al joven enamorado su desgana para pergeñar poesías, aquellas poesías sin enjundia literaria que todos los enamorados escriben. Decía así: «¡Pobre mortal mío! ¿Será posible que tu musa haya perdido tanto que ni siquiera logre hacer mover tus fibras poéticas? Estoy alarmada, niño mío...»

«Confieso, con vergüenza, que, debido a mi continuada tortura y crisis, las ideas sublimes que permanecen de ti no pueda trasladarlas con elegancia a la poesía, pero me consuelo con lo de Marcel Proust, el autor famoso de *A la recherche du temps perdu,* que era mal poeta y escribía a su "petite Louise" versos tan malos como éstos: "Couleur du ciel; le ciel du lit; Azur strié de nuée blanche; Flotte sur Louise qui lit; Avant de dormir sur la hanche" —le respondía José Miguel en la suya—, pero, animado por ti, me atrevo a preguntar a tu pregunta:

¿Quieres que te haga una poesía?
Y es tan difícil, considero,
expresar con palabras lo que quiero
que más prefiero callarme, vida mía

De todas formas, el hombre ya ha expresado
ese amor que, ardiente, le atormenta,
y cómo la vida le es cruenta
al sentirse grandemente enamorado.

Mas ¿qué es el amor?; ninguno sabe
y cada cual lo define a su manera
al esforzarse en encontrar la clave
en la experiencia que el tiempo le diera.

Yo, pensando en su divina procedencia,
sentido grandemente enamorado,
aunque sufra, dolorido, agotado,
espero y confío en la Providencia...»

Se aproximaba la Navidad del treinta y ocho y José Miguel se imaginaba a todo el mundo feliz, menos él; todos los hogares reunidos, menos el suyo; todos los caminos abiertos, menos el suyo, y se preguntaba hasta cuándo tendría que soportar aquel dolor humano, aquel deshacerse interiormente por legalizar su vida y situarse en la sociedad para poder formar su hogar...; sin embargo, las palabras de la Biblia parecían revolverse un día y otro día en su cerebro: «Buscad primeramente el reino de Dios...» «Buscad primeramente el reino de Dios y su justicia...»

El quería hacerlo, quería buscarlo, quería encontrarlo. Su pensar y repensar había llegado a la seguridad de que, sin la asistencia de Dios, el alma no tenía satisfacción, no tenía paz...; creía, de verdad, que Cristo era su salvavidas en la tormenta... y otra vez aquella noche pidió a Norberto la Biblia, pero antes de leerla cerró los ojos como para ver a Dios, como para hablar con El, como para oírle...

A su mente acudieron las muchas escenas del pasado. Dios contestó su sencilla oración en Almería; le había puesto en contacto con su Palabra, la Biblia, en Aguadulce; había oído hablar de El en la Calle del Pueblo por aquellos misioneros; Dios le había guardado cuando le buscaban para fusilarle los milicianos por la falsa noticia del *Times*; Dios le había liberado milagrosamente en aquel puerto de Mazarrón, del que tantos salieron para una muerte cierta; había sido preservado en los muchos bombardeos de Cartagena; le evitó el fusilamiento por su fuga en el «Muneric»; le libró de los tiburones, y cuando se hallaba desilusionado, decepcionado, casi incrédulo por las conversaciones en Grecia y en Italia, y en el barco por todas las experiencias y filosofías religiosas, encuentra nuevamente la Biblia en Palma...

Cristo, una realidad personal

No había duda de que Dios estaba tratando de mostrar a José Miguel que no se trataba de seguir o de aceptar una religión tal vez contaminada, tal vez acomodada, sino de aceptar a una persona. Ni las procesiones de Granada, ni los oratorios o mezquitas que vio en Africa, ni las sinagogas de los judíos decían nada a su alma. En cambio, en la Biblia, en aquellas páginas sagradas, había una figura que consolaba su alma, que le hablaba; allí encontró al Hombre-Dios que le aconsejaba, que le prometía, que se ofrecía a ser su guía, su Pastor eterno...

Abrió lentamente el volumen de grata piel y leyó, leyó largamente... hasta quedar dormido... José Miguel soñó que se moría, que deseaba morirse, que su alma saltaba fuera de su cuerpo, que se escapaba de la tierra y bajaba... bajaba por la nada. Pero el roce con la nada iba limando y reduciendo su alma, la iba destruyendo, la pulverizaba, hasta que allá abajo, en lo más hondo, la partícula más diminuta de su alma desapareció del todo, quedó en la nada; su alma quedó en algún sitio inmaterial de ese todo que era nada...

Y, de pronto, a una hora que no supo nunca, una luz viva, muy viva, pareció cegar sus ojos y un halo de vida refulgente, como fosforescente, dejó pasar una figura que se puso delante; era El, era Jesús mismo, al que José Miguel había visto antes sin conocerle; allí estaba y le reconoció. El le miró como mirara a un conocido y le invadió la dulzura, aquella figura de hombre, transparente, no como cristal, ni parecido al mármol, sino como ámbar... Era un hombre como los otros, pero sin color de carne, mostrando su divinidad, su majestad en su transparencia, y Jesús no desaparecía de sus ojos. No le habló ninguna palabra que José Miguel pudiera recordar, sino

la visión, la presentación, la visita, la afirmación, todo aquello que luego habría de quedar grabado para siempre en su corazón, en su vida...

José Miguel había visto a Jesús no como Moisés vio a Dios en el fuego del Sinaí, sino tal vez como le viera Ezequiel, más definido que el fuego, ambarino, varonil, y así como se dice que en la noche anterior a la decisiva batalla del Puente de Milvio, en las afueras de Roma, Constantino vio engarzadas en el cielo una cruz luminosa y las palabras «In hoc signo vinces», así José Miguel recordó que, a través de las palabras de la Biblia, como Señor y autor de ella, había visto, translúcido, cual amigo, a Jesús, su Salvador personal, aquella noche cumbre en Mallorca.

No había sido el joven convencido definitivamente por la dialéctica aventajada de ningún orador; ningún sermón le había transformado, ni católicos ni protestantes; sólo la Palabra, el soplo divino había rendido su alma angustiada a los pies del Salvador, lo había llevado a depositar ante El toda su debilidad, su impotencia, sus dudas, sus afanes, sus anhelos, su ansia de inmortalidad y de felicidad. José Miguel entró así en el Reino, y el Rey mismo, en puro alarde sobrenatural, se presentó ante él, quizá como lo hiciera ante Matías para caer a sus pies y exclamar: «¡Señor mío y Dios mío!» Cristo le había recibido y su promesa era que no le echaría fuera. Ahora ya estaba seguro, estaba en las manos del Buen Pastor y éste le iría moldeando, le iría enseñando, alimentando, capacitando, conduciéndole a pastos ricos y nutritivos; le permitiría flaquear y resbalar, pero, como buen alfarero, haría de él un vaso precioso; era ya suyo y «nadie le arrebataría de sus manos»...

Sin ceremonias o ritos, sin intereses humanos, vacío de toda influencia carnal, así, llanamente, por la fe, en espíritu, aquel que quería dimitir de la vida la encontró en Jesús aquella noche de diciembre del treinta y ocho.

XIII
BODA Y DESTINO

«Sea bendito tu manantial y alégrate con la mujer de tu juventud.»

Libro de Proverbios 5:18

Mallorca tiene menos gente cuando más hermosa está, en la época de las calmas de enero, en la época de la floración de los almendros, en esa primavera de invierno que se ofreció a José Miguel después de su conversión, en toda la belleza paradisíaca de la isla. La luz del campo y del mar, la luz de la ciudad parecían ahora estar en consonancia con la luz interior del joven, con aquella luz que Jesús le había comunicado.

Estudiando la Biblia descubrió que Dios le había hablado. La consigna de San Juan: «En el principio fue el Logos», es decir, la Palabra o el Pensamiento, la parodió Goethe en su consigna existencial: «En el principio fue la Acción», y el joven entendió que ese Verbo de Dios, que es acción, había trabajado en él y había operado un milagro. De muchas maneras había hablado Dios y habla aún a los hombres, pero si nos había hablado últimamente en su Hijo, como dice el libro de Hebreos, su encarnación lleva aparejada la revelación y José Miguel vivió aquella revelación en lo más íntimo de su ser.

El mundo, creado por la Palabra, iluminado por la Luz, animado por la Vida, es también «casa» de Dios, pero los hombres están muertos sin esa Luz, sin esa Palabra, sin esa Vida; de ahí que José Mi-

guel, al recibir la Palabra, al enfrentarse con la Luz, recibió la Vida. Entendió que la resurrección de la muerte que efectuó Cristo era la piedra filosofal de la nueva vida, y que la suya, la vida de José Miguel, estaba anclada ya a las costas eternas y no era ya más un barco a la deriva en el mar encrespado de la ignorancia, del pecado, de la zozobra espiritual, de la desesperación. Entendió que Cristo había sido el cordero sacrificado de Dios que arrancaba el pecado del mundo y, por tanto, sus propios pecados; aquella maldad e injusticia genética que se le había transmitido por siglos de siglos, de padres a hijos, sólo pudo ser borrada por aquel que irrumpió en su vida, por aquel que «gustó la muerte por todos» y que luego resucitó, «sueltos los dolores de la muerte por cuanto era imposible ser detenido de ella».

Reconocía que su salvación había costado la muerte de Cristo, pero que al propio tiempo, participando ya de la impalpable vida espiritual, tenía su asiento en las alturas, como dijera San Pablo a los cristianos de Efeso: «Dios nos resucitó juntamente con Cristo y asimismo nos hizo sentar en los cielos con Cristo Jesús.»

Al deambular por las calles de Palma, en sus idas y venidas a la Biblioteca en los intervalos de ausencia de su novia, se preguntaba si aquellas gentes que encontraba entenderían aquella doctrina. ¿Sabrían las gentes que el ser cristiano comportaba un cambio total de vida por haber visto a Jesús con los ojos de la fe, por haberle oído hablar en su Palabra, por haberse entroncado verazmente en fe con el Jesús eterno? ¿Sabrían aquellas gentes que había una vida nueva, aquella vida que él sentía y experimentaba, aquella nueva concepción de las cosas, lo que afirmaba San Pablo a los cristianos de Corinto que «si alguno está en Cristo es una nueva criatura y las cosas viejas han pasado»?

José Miguel, sin dejar de ser quien era, el mismo humano de todos los días y de todas las noches, miraba ya desde la altura, consideraba ya desde otro ángulo, estaba ya amarrado a un poste muy alto desde el cual, aunque diera bandazos, no podía ya soltarse; por ello, sus cartas a la novia estaban ahora teñidas de un velo sutil de espiritualidad, de un sentir diferente y abundaban en ellas las citas bíblicas, las alusiones a «nuestro Dios que nos está ayudando», a quien «hace todas las cosas bien» y «dirige todas las cosas para nuestro propio bien». Y hablaba en plural porque había venido envolviendo a Dina en el problema espiritual, que no religioso, en el que ella comenzó a penetrar con nueva luz, en el que ella se movió primero con incertidumbre, luego con valiente apertura. En una carta de febrero del treinta y nueve le decía a Lluchmayor: «Nada encontré en el ceremonialismo, ni en el aparente sacramentalismo, nada en el confesionario, nada en las opiniones de los hombres...; era a Cristo a quien debía de acudir, a su persona, y así fue, así le encontré. La Biblia me dice una y otra vez que vaya a Cristo y El mismo lo exige: "El que tenga sed (espiritual), venga a mí y beba." Tú ya sabes cómo le encontré, cómo le vi...; por su gracia estoy firme, porque El dice: "el que a mí viene no le echo fuera".»

Un nuevo día para José Miguel

Cuatro semanas más tarde, el veintisiete de marzo, recibió con gran alegría un oficio de la Comisión Clasificadora de Prisioneros y Presentados comunicando que José Miguel había quedado en plena libertad, sin perjuicio ni responsabilidad alguna, pero que debía presentarse a las fuerzas de Marina para su incorporación. Aquella noticia la comunicó rápidamente a Lluchmayor y el corazón de Dina saltó de gozo y de agradecimiento al Señor.

En la Comandancia Naval, ya incorporado, le asignaron a la Sección de Interpretación de la Base, donde estuvo el tiempo hasta que, resonando en toda

España aquel maravilloso clarín de «... la guerra ha terminado», fue licenciado para convertirse en un ciudadano libre, en un español sin trabas para poder incorporarse en la maquinaria nueva de la sociedad que habría de sufrir inesperados cambios en la evolución beneficiosa de la Patria.

José Miguel ganó unas reñidas oposiciones y entró en la Campsa, destinado en las Baleares. A su vuelta de Barcelona logró que un velero mallorquín le trajese desde Almería un cajón con parte de sus libros, y su alegría subió de punto cuando encontró la Biblia, aquella que le regalara Francisco en Aguadulce.

Emocionado, no sabiendo cómo comunicar su «hallazgo» a los demás, no deseando desprenderse de aquel valioso volumen, comenzó a mecanografiar el Nuevo Testamento y a enviar copias de las páginas a familiares y amigos.

Pronto escribió Dina para decir que aquellas páginas del Nuevo Testamento habían causado sorpresa entre sus amigas y que una de ellas, muy católica, dijo que esos eran escritos protestantes y que los católicos no lo necesitaban.

«En un folleto titulado *La religiosidad española y los problemas nacionales* —contestó el joven a vuelta de correo—, con un cuadro en la portada sobre la expulsión de los judíos, he leído algo que puedes comunicarle a tu amiga. Copio a continuación: "¿Os explicáis el estado actual de la religión en España? Llega a ser tan lamentable que un escritor joven y ya famoso, Ramón Pérez de Ayala, dice: 'Una de las 'acusaciones que, de no ser tan estulta, sería inso-'portablemente sarcástica, dirigidas contra España, 'es la de que somos un pueblo religioso... y los es-'pañoles tenemos empedernida el alma, sarmentosa 'las afecciones; somos materialistas, egoístas, baja-'mente epicúreos, débiles ante los peligros y jactan-'ciosos con el débil; avanzamos por la vida a em-'pujones, a codazos, cuando no a puñaladas, incapa-'ces de todo renunciamiento, de toda esperanza, de

'toda sonrisa, de todo amor. Si se llama religión a 'darse golpes de pecho y a tragarse avemarías con 'rutinaria voracidad, entonces sí, nuestras mujeres 'y alguno de nuestros políticos son bastante religio-'sos...'."»

Destinado a Madrid

En abril de 1942, por una disposición oficial, José Miguel fue destinado como traductor a Madrid, con una notable gratificación, y considerando que su Señor hacía acto de presencia en su vida para guiar sus planes futuros, dispuso con Dina y con sus familiares que aquellas relaciones amorosas, bendecidas y guiadas por Dios, debían ya culminar en boda, tras cuatro años de duración.

Por fin, en una mañana de calma mallorquina, en aquel primero de julio de mil novecientos cuarenta y dos, en la histórica iglesia de San Francisco, José Miguel y Dina se unieron en feliz matrimonio y desde Palma marcharon a un lugar romántico de El Arenal, en la ancha bahía, para pasar su luna de miel.

Allí, sobre la arena, a la luz de una luna llena plateada, que iluminaba lo que parecía fantástico lago de Palma, mirando a lo lejos, José Miguel ciñó el talle de Dina y le recordó su poesía «Amor solo»:

«Ya sólo existe una palabra: tuya,
que brota con victoria del amor...
Allá queda la pena, allá queda el dolor,
aquí resuena dulce el ¡aleluya!...

Cantan los pájaros: "¡es tuya!";
también los peces de colas de oro.
Lo mismo canta el dulce coro...
Todos repiten juntos: "¡aleluya!"...»

Silenciosa, Dina no decía nada...; repasaba en su memoria, en su imaginación, toda la historia accidentada de José Miguel y le parecía como un sueño

que hubiesen, por fin, traspasado la barrera de la Iglesia, llegado al estado de seguridad y de paz, paz del alma, paz del hogar, paz de España. Al cabo de un tiempo, dejando caer su brazo nacarado sobre la arena blanda, repitió aquellas palabras de Jesús que había aprendido tan bien: «Buscad primeramente el Reino de Dios...»

Hallazgo de las iglesias evangélicas madrileñas

El primer domicilio de la pareja, al llegar a Madrid, fue en la calle del Norte, haciendo esquina precisamente a la calle del Noviciado, y, por pura casualidad, Dina se enteró en el mercado que allí enfrente había una «iglesia protestante» y se lo dijo a él durante la comida.

No tardó mucho José Miguel en buscar al pastor de aquella iglesia, hombre lleno de unción, de santidad y sabiduría. Era un Licenciado en Filosofía y Letras, había sido catedrático y, convencido, se hizo pastor evangélico. En su primer encuentro, al considerar sus manos afiladas, su rostro cetrino y alargado, de ojos negros, sinceros, humildes, el joven pensó inmediatamente en aquellos tipos que el Greco presenta en sus pinturas; le parecía que don Carlos Araujo, que así se llamaba el pastor, se había escapado de un lienzo de Toledo para hablar allí con él. ¿Qué personaje sería? José Miguel pensó que se asemejaba a San Pablo...

Los sermones de aquel santo varón y excelente teólogo fueron de grande ayuda espiritual para José Miguel y Dina, que siguieron profundizando en el estudio de su Biblia. Y cuando José Miguel quiso comunicar su fe a otros compañeros de trabajo y regalarles copias del Nuevo Testamento, se enteró de que precisamente el hermano de don Carlos, don Adolfo Araujo, era el encargado de suministrar Biblias y Nuevos Testamentos en español. ¡Cuán emocionante fue el encuentro con don Adolfo! José Miguel pensó que aquel hombre, de apariencia insignificante, estudioso de leyes, encorvado y «lleno de frío» en aquella oficina de la calle de la Flor Alta, era simplemente un pozo de ciencia.

Tenía don Adolfo siempre la mano tendida, una mano de amigo y de padre, y una sonrisa comunicativa, una respuesta justa para cada cuestión, un consejo sabio para el que lo necesitaba y una cierta cantidad de humor que alegraba el ambiente. Aquel hombre, que había recorrido toda España, que había diseminado todos sus vendedores de Biblias por España, que había discurseado en todas las tribunas y en todos los púlpitos, trabajaba en aquel rincón, puesto su abrigo y cubierto con sombrero porque ¡no había dinero para calefacción!, en aquel Madrid tan frío, con días de nieve en las calles, algo sumamente distinto de la vida de Palma.

Por don Adolfo, que era el mejor ilustrador de la vida protestante y católica nacional, el más informado del movimiento bíblico en España, se enteró de la existencia de una iglesia episcopal, con rito mozárabe, que había fundado en Madrid el célebre don Juan Cabrera, exilado en Gibraltar en los días de la llamada Segunda Reforma Religiosa española. Aquel obispo había pasado a mejor vida, pero su hijo, don Fernando, le había sucedido y era el rector de Beneficencia dieciocho, a donde José Miguel fue a visitarle.

Don Fernando trató a la pareja con mucho cariño y les visitaba en su propia casa; incluso iba a las oficinas de la Campsa en la calle Torija para visitar a José Miguel y charlar del movimiento de las iglesias y de la historia de las mismas, porque don Fernando era, ciertamente, un castizo madrileño que tenía en la punta de los dedos nombres y fechas históricas del protestantismo, con lo que José Miguel llegó a documentarse plenamente de aquel triste desdoblamiento, del múltiple desdoblamiento de las iglesias cristianas que, basadas en la persona de Cristo y en la Biblia, perfilaban, sin embargo, sus pecu-

liaridades más destacadas, forjadas en incidentes de la Historia.

El cuarto personaje que conoció José Miguel en Madrid no fue hombre, sino mujer, y no era española, sino inglesa. Se llamaba Mrs. Rhodes y los españoles la llamaban doña Amelia. Su marido, don Tomás Rhodes, era un catedrático de Oxford que se había convertido al cristianismo y, lleno de erudición y a pesar de su erudición, vino con su esposa a predicar y enseñar la Biblia en los barrios bajos de Madrid, en donde recibieron docenas de pedradas, fueron cubiertos de basuras y acribillados a ofensas.

Todos los pastores de Madrid sintieron la enorme pérdida de don Tomás cuando murió, poco antes de la llegada de José Miguel a Madrid, dejando, por fin, abierta una pequeña capilla de ladrillos y verja de hierro en el barrio de Chamberí, donde doña Amelia, llena de espíritu cristiano, recibía a cristianos y no cristianos para servirles con el calor de las enseñanzas de la Biblia. Decían que conocía la Biblia mejor que muchos predicadores.

De doña Amelia recibió José Miguel muchas lecciones bíblicas y libros para aumentar su conocimiento, incluso una de sus biblias llenas de anotaciones, y también recibió consejos valiosos para su vida cristiana; el joven pensó que había recibido de aquella santa mujer más enseñanza e influencia bíblica que de otra persona para entender el camino de servicio a Cristo.

Contacto con las iglesias evangélicas de Mallorca

Llegada la época de las vacaciones, José Miguel y Dina regresaron a Mallorca, a Ca'n Pastilla, donde compraron una casita; era aquel el lugar que Dina siempre había visitado de niña, en aquellos tiempos cuando se tardaba más de una hora en llegar en tranvía desde Palma, por caminos polvorientos que, en frecuentes ocasiones, hacían descarrilar el vehículo; lugar aquel que, por solitario, por sus escasas

viviendas, parecía tan lejano de la ciudad. Aquel lugar fue punto de reunión de contrabandistas de tabaco que venían a dejar sus pastillas en alijos, de ahí el nombre de Ca'n Pastilla.

El contrabando de tabaco en Mallorca ha sido siempre cosa tradicional, tal vez porque, según George Sand, «los únicos indicios de distracción íntima para el mallorquín son las colillas de cigarro que va sembrando por el suelo de su casa por ausencia de vida intelectual».

Es comprensible que los mallorquines de hoy consideren duro aquel libro *Un hiver à Majorique,* en donde se leen párrafos como éste: «se encuentra al dueño de la casa fumando en un profundo silencio, en pie; a la mujer, sentada en un gran sillón, moviendo su abanico, sin pensar en nada. Jamás se ven a los niños; viven con los criados, están en la cocina o en el granero, los padres no se ocupan de ellos. Un capellán va y viene en la casa sin hacer nada».

Hoy, cuando la vida intelectual de la isla ha despertado, cuando eminentes mallorquines se destacan en las ramas del saber, no podría decir lo mismo George Sand, aunque el contrabando de «pastillas» continúe acá y acullá para movilizar a la Guardia Civil o Carabineros. Con ello se honran las excelencias marineras del pueblo mallorquín, famoso por sus naves y por sus cartas marineras.

Delante de Ses Fontanellas, junto a la piedra grande que hoy lame el mar, José Miguel y Dina pasaron muchas horas de amor limpio y de paz y calma espiritual, consultando de vez en cuando aquel famoso libro que siempre les acompañaba.

Fue precisamente en el mes de julio del cuarenta y tres, es decir, un año después de su boda, cuando aparece en Palma don Juan Capó, procedente de Barcelona, y viene como pastor para hacerse cargo de las iglesias evangélicas de la isla, desde Palma a Capdepera. Aquel hombre de pelo cano, ojos cariñosos y voz sumamente delicada hizo buena amistad

con José Miguel y relató una vida de sufrimiento y de exilio por el Evangelio; pero afirmaba que, como dijera San Pablo, «gozándose en las tribulaciones», había recibido con gozo la coyuntura que se le ofrecía de servir a Cristo en Mallorca.

Al oír de la existencia de «protestantes» en Mallorca, José Miguel le preguntó por el comienzo de la obra allí y don Juan, que estaba muy enterado, le informó que ya en el año 1882 había un periódico en la isla, llamado *El Isleño,* que publicaba artículos ridiculizando a los protestantes, como se les llamaba vulgarmente.

Remontándose más atrás en el tiempo, contó que ya en 1488, por los registros de la Inquisición, aparecían protestantes o seguidores de la Biblia, no sólo en Palma, sino en Pollensa, Caimari, Santa María y otras poblaciones.

—La obra aquí ha continuado sin interrupción desde los tiempos del Dr. Rule, pero con la guerra civil muchísimas actividades, tanto aquí como en otros lugares, fueron paralizadas. Mi sobrino Alfredo estuvo aquí hasta antes de nuestra Guerra de Liberación, cuando marchó a una Conferencia en Noruega, y luego, en esta ausencia y con muchísimas dificultades, mi cuñado Miguel Pascual hizo frente a la situación.

Nuestro protagonista cambió todavía unos pensamientos con el pastor Capó y luego se separaron.

Acabados sus días de vacaciones en Ca'n Pastilla, la pareja regresó a Madrid por primera vez en azión, en aquel «Bristol» que tan densos remolinos producía en el campo pobre de tierra de Son Bonet. Por la ventanilla, en aquella experiencia primera, en aquella gloriosa altura, parecía que el avión estaba quieto, descansando sobre una inmensa capa de algodón blanquísimo que describía toda suerte de prominencias caprichosas, con oquedades y túneles misteriosos que llevaban a otros lugares ignorados. ¿No parecía ya aquello un anticipo del cielo, sin visión alguna de tierra ni de mar? Aquello parecía un

franquear de regiones límpidas, nunca soñadas, donde el limpio de corazón espera ver a Dios...

Cuatro años más transcurrieron, durante los cuales José Miguel fue conociendo más íntimamente la Obra Bíblica y Evangélica del país, y un día sintió que aquel Señor que le había salvado le llamaba a realizar un servicio para El, difundiendo y enseñando la Biblia. Pidió la excedencia en aquella fuerte empresa nacional en la que servía y se enroló en la milicia cristiana...

El Espíritu de Dios le había redargüido de pecado, le había hecho dar media vuelta sobre los talones de su vida y ahora le empujaba a andar por aquel camino; marchó al son de aquella poesía de don Carlos Araujo sobre la misión del cristiano:

«¿Qué puede haber tan noble en esta vida
como en manos de Dios ser instrumento
para que obtenga un alma salvamento
cuando en pecado se sintió perdida?

¿Qué misión puede haber tan bendecida
como llevar a un alma el alimento
que le dé fortaleza, gozo, aliento
mientras busca la patria prometida?

Tender la mano al infeliz caído,
llevar la luz al que en tinieblas vive
y encaminar al viador perdido
es la misión que el Redentor prescribe
y la puede cumplir el redimido
con el poder que de Jesús recibe.

EL DEMONIO COMO EPILOGO

«... vuestro adversario, como león rugiente, anda alrededor buscando a quien devorar.»
1.ª Epístola de San Pedro

En el mundo de las grandes religiones —decía Papini— hay un Ser aparte que no es bestia, ni hombre, ni, mucho menos, Dios. Sin embargo, ese Ser se sirve de las bestias, esclaviza a los hombres y se atreve a medirse con el mismo Dios. Según el dogma cristiano, es un ángel que manda una legión de ángeles; pero es un ángel caído, desfigurado, maldito.

La imbecilidad de muchos ha presentado al Diablo como una «aparición», y filósofos trasnochados y teólogos fracasados, como no han visto con sus propios ojos el hocico de bestia ni han oído su gruñido, ni contemplaron una pata cabruna, dijeron que no existía y, de paso, que tampoco existe el infierno. Novelistas y poetas, sin embargo, aquellos que, por artistas, son más sensibles a los efluvios espirituales, no opinan igual y por siglos ellos, los escritores y poetas, han «sentido» esa imagen terrible del gran Adversario que ejerce una tétrica grandeza.

Fue Baudelaire quien dijo: «la mejor treta del Diablo es la de convencernos de que no existe»; pero ni por nuestro miedo ni por nuestra ignorancia podremos suprimir la realidad del Diablo, protagonista de la gran tragedia cristiana, esa planteada entre el Creador y el Destructor, entre el Amor y el Odio, entre el Sí y el No, con el hombre como objetivo central. Satanás sustrae el hombre a Dios; Cristo se lo arrebata, pero el Diablo, por todos los medios,

persiste en recuperarlo y de ahí la antítesis diaria que vive cada mortal, cada pueblo, cada nación.

Escribía Scheeben, autor católico, teólogo (*Los misterios del Cristianismo*) que «la Humanidad se convirtió, por el pecado de Adán, en prisionera y esclava del Demonio... y ahora está sujeta a él y le pertenece y constituye su reino sobre la tierra». Y esto no está en contradicción con la Sacra Escritura, como dijera Cervantes, puesto que ella nos enseña esta profunda e inalterable verdad. Pero, con San Pablo y otros, el gran Agustín declara que el mundo está «*positus in Maligno*».

En sus *Lettres à quelques-uns*, Paul Valéry hace una afirmación muy explícita: «Creo, en dos palabras —y ésta es toda mi metafísica y mi moral— que Dios existe y que también existe el Diablo, pero en nosotros... He aquí mi fórmula: Dios es nuestro ideal particular; Satanás, todo lo que tiende a apartarnos de él.»

La conversión de José Miguel fue una lucha interna, un como oír de voces dispares, un ejercicio de introspección espiritual en el que el Diablo trataba de separarle de Dios, pero en cuya lucha agónica venció el Cristo y Satanás fue derrotado. Y así todos los hombres oyen las «voces» internas de su drama espiritual en donde el Diablo quiere vencerles para alejarles de Cristo y le instiga, y le seduce, y le ilusiona con cosas que pertenecen al No de Dios.

Algunos hombres se llaman ateos y es porque son más estúpidos que el mismo Diablo. El Diablo no es ateo, él cree en Dios, le ha contemplado, le ha visto y, por supuesto, conoce dogmas de la teología mejor que los pobrecitos hombres que quieren alcanzar la mente de Dios con sus libros. Es más, el Diablo no es de ningún modo partidario del ateísmo, porque su poder está estrechamente ligado al poder del Señor de los cielos. El Diablo es un teísta, está obligado a creer, puesto que combate y lucha contra Dios. Como dijera Otto Weininger, «toda la potencia del Demonio no es sino prestada; lo sabe y por eso

reconoce que Dios es quien le provee de capital; por ello se venga de Dios; todo mal es una destrucción del acreedor; el delincuente quiere matar a Dios...».

Es curioso que, en el pasaje tan conocido del Evangelio, allí donde se narra la historia del gadareno (San Marcos, cap. 5) endemoniado, sea precisamente quien llame a Jesucristo: «Jesús, hijo del Dios Altísimo», un hijo de Satanás, cuando ni los mismos apóstoles le habían reconocido todavía como «hijo de Dios». Los demonios ya conocían a Dios y por eso, asustados del poder de Jesucristo, claman: «Te conjuro por Dios que no me atormentes.»

La existencia del Diablo, de su control del mundo como príncipe de él, su dirección de la mente del hombre, su presencia en todos los mares y su trabajo de zapa en Mallorca, es de una claridad tan meridiana que sólo los cretinos pueden disiparla. Por ello, el autor de *Incontri*, el famoso Indro Montanelli, en la conversación que sostuviera en Venecia con el famoso escritor John Dos Passos, le dijo con agudeza: «Toda explosión de motor es un acceso de tos del Diablo»; y cuando John Dos Passos, no entendiendo el significado, preguntó: «¿El Diablo? ¿Qué quiere decirme con el Diablo?», Montanelli repuso: «Si yo fuese Dios, no confiaría en un hombre que no sabe quién es el Diablo, y lo mandaría al infierno para que lo conociese.»

Lo chocante del caso es que Dos Passos manipula y amasa el pecado como materia base de sus escritos y está considerado como el mejor descriptor de las formas más diabólicas de la vida norteamericana.

Por su parte, el famoso Papini encuentra la influencia del Diablo en la literatura producida por Tomás Hobbes (*Leviatan*), William Blake (*El matrimonio del cielo y del infierno*), Oscar Wilde, Edgar Allan Poe, Federico Nietzsche, etc., y afirma que, así como hay la literatura inspirada por Dios, hay también en esta nuestra tierra la literatura inspirada por el Diablo, porque ¿qué pensar del famoso marqués de Sade revelando la legitimidad de la tor-

tura y del asesinato, la superioridad del vicio y del pecado sobre la virtud, la ridiculez de todo principio ético, la voluptuosidad de hacer sufrir a los semejantes, la corrupción y locura del sexo?, o ¿qué nos enseñan los escenarios de satanismo existencialista de Camus, Sartre u otros? Si la historia de la Humanidad, que empieza con el fratricidio de Caín y continúa con los hechos de Absalom, Salomón, los personajes griegos y los crímenes romanos, mata físicamente a los hombres y las guerras destruyen físicamente a la Humanidad, ¿no actúa también el Diablo matando mental e intelectualmente al hombre, matándole espiritualmente, haciendo uso de literatura, de drogas y de la mujer? Sí, de la mujer, porque aquella Eva que Dios hizo para compañera idónea y feliz del hombre, el Diablo la ha convertido hoy en carne de pecado y demolición. Quizá por ello en las tentaciones más comunes de los anacoretas y de los penitentes se narran las actividades de las mujeres que tratan de inducir a los santos a que traicionen a Dios, «pues son las más activas proveedoras de carnuza infecta para los fuegos del infierno».

En la historia de las almas vendidas, desde el Fausto hasta el Don Juan, aparece la de Luis Gaufridi, que pidió al Diablo el único don de «seducir a todas las mujeres que soplase».

La actividad demoníaca es paralela a la actividad divina; mientras Dios actúa, el Diablo trata de minar su trabajo y no hay región que se escape a su poder. Por ello, con sus nuevos prismáticos espirituales, José Miguel, cada año que regresaba a la isla, atraído por su embrujo de siempre, registraba el aumento de la actividad del Diablo, las conquistas del Demonio sobre la tierra de Dios. En el íntimo *Mare Nostrum*, ese mar antiguo de sirenas y bellos mitos, donde barcos de todas las banderas echan sus anclas junto a lugares tabernarios de leyenda, Mallorca iba siendo invadida poco a poco por la nueva mentalidad plasmada en una generación nueva, generación para

quien los alardes de Congresos Eucarísticos no significaban íntimamente nada.

«Desde Atenas hasta Algeciras —como dice un escritor moderno— el mar huele a jazmín, a caballo, a mujer, a picardía, a inteligencia, a café, a pescado frito, a enfermedad y a mar. Y Mallorca está en esa mar. Con un paraíso anclado.»

Es natural que todo lo mediterráneo brote en Mallorca y todo el trabajo de pecado se desarrolla en mayor proporción junto a la medida de la «inversión» internacional que en todos los valores se vienen haciendo en la isla. Lo que existe en Venecia, en Niza, en Pireos, en Corinto, en la Costa Brava y en otros lugares, ha crecido mucho en Mallorca, ha subido como sus rascacielos y ha roto el paisaje, la tradición, las costumbres, la ética, para sumir a la mayoría —afortunadamente no todos— de sus habitantes en esclavos de la torre polifacética de tal señor.

Mallorca, antigua y moderna

En el libro de George Sand anteriormente citado decía ella: «Hay que esperar seis meses para que le hagan a una una mesa o una silla. Siempre encuentra el mallorquín alguna razón para no apresurarse... Además, si usted no está contenta de la isla, ¿por qué no se va? Aquí no la necesitamos; estamos muy bien sin ustedes.» Hoy la cosa ha cambiado totalmente. Las mesas y las sillas salen mecánicamente por millares y se pide a los extranjeros que, por favor, no se marchen, que no se vayan, que se queden, que no hay inconveniente de que el dinero corra, los placeres abunden, la *dolce vita* prospere... Y así desde Portals Nous, por Cala Mayor y Paguera, desde el Arenal, Ca'n Pastilla, hasta Palma, como en Pollensa o en Soller, no se oye hablar sino francés, inglés, alemán, holandés, mucho sueco y poco español.

En Mallorca se ha creado un fabuloso mundo del turismo internacional, con sus bares alegres, sus

centenares de *night club* con nombres exóticos y provocativos. Desde las playas calientes desembocan en las poblaciones aquellas sirenas rubias en *bikinis* y gafas de sol, a veces pudorosas en su camisolín o sus *shorts,* que enseñan a hablar idiomas a cocheros, camareros, vendedores, barqueros, etc., y con el idioma otro pensar, otro practicar...

Aquel es un mundo variopinto que se vuelca sobre el famoso Borne, de imborrable memoria para Dina y José Miguel, que coquetea sobre el Paseo Marítimo y que forma su pornográfica revista alrededor de la viciosa Plaza de Gomila, imán poderoso de sodomitas, *hippies* y drogadictos.

Han quedado atrás, muy atrás, aquellos años de Chopin cuando apenas había un albergue en Palma y era preciso ser recomendado y anunciado a veinte personas de las más notables para no dormir al aire libre. Haciéndolo así, podría uno encontrar una *petite chambre* con un colchón de crin y una silla de anea, «haciendo una comida de pimiento y ajo a discreción». Hoy, en medio y a lo largo de todo eso multicolor y pintoresco, de escalinatas y arcos, de tiendecitas polícromas y *souvenirs,* de coches de caballos para cazar ingleses, y paseos cubiertos de árboles, todo un bosque cuidadosísimo de hoteles ofrece al mundo entero, en Palma y en otros lugares de Mallorca, las comodidades que cualquier millonario exigente pueda apetecer.

Palma, con su Catedral majestuosa y sus viejas murallas y paseo provinciano, con sus antiguas casas de nobleza y escudos variados, con sus repletos cafés de tertulia y sus quioscos que ofrecen cualquier periódico del mundo, es el ámbito en que se funden los elementos internacionales y los insulares, pero más allá de Palma, lejos de las playas y de los hoteles refinados, queda la isla antigua, la clásica, la de pueblecitos pequeños con su campanario, con sus burros grises que levantan polvo bajo el sol que se aprisiona en las calles estrechas. En esos pueblos todavía andan las mujeres enlutadas y las mozas

garridas; todavía existen los antiguos cafés con hombres solos que juegan al dominó y no hablan más que mallorquín; son las gentes que levantan ojos indiferentes, que miran parsimoniosamente cómo pasan los coches con gentes extrañas; son las gentes que luego llevarán a los campos verdes sus mulas pardas y las mujeres con amplias faldas y sombreros de paja.

Aquellos pueblos, con hombres que cavan apoyándose, a veces, en la azada para fumar, mirando vagamente algo que no se ve, saben poco del turismo; no hablan inglés o francés como los camareros y los tenderos de la otra parte de la isla, muchos de los cuales han venido de la Península en busca del oro...

La evolución económica está allá, en Palma, en los lugares de la costa, porque los mallorquines, eso sí, por industriosos, saben prosperar con las nuevas posibilidades que el turismo les ofrece. Chopin y su compañera ya reconocían que aquellos insulares, atados a su historia y a sus costumbres, no tenían pobreza (*«ces insulaires ne connaissent point la misère»*), y hoy los reporteros que visitan la isla dicen a sus lectores: «En Mallorca se habla de millones con una facilidad que asombra. Y es que el dinero también parece haber descubierto a Mallorca.» ¿Cómo, si no, iba aquel buen hombre de Sant Jordi, dedicado a sus patatas y a sus lechugas, a levantar el más opulento y moderno hotel de la playa de Ca'n Pastilla, donde durante todos los meses del año los turistas y las agencias de viajes le dejan sus millones?

El "Diablo" como atracción turística

Junto al mercado del dinero, que Jesucristo señala como el Mammon de este mundo; junto al contrabando dignificado; junto a la droga que ha invadido las cavernas; junto al desafío a la santidad del matrimonio y a la unidad de la familia, el mercado

y tráfico de blancas, que corretean por todos los hoteles con ignorancia administrativa, es una de las actividades más fecundas del Diablo, que es, como dijera Papini, «el reverso de Dios, en su esencia y en su actuación, porque Dios es creación perpetua y Satanás es destrucción; Dios es luz y Satanás es tinieblas», y, por paradoja bíblica, allí donde la luz de Dios, magnífica, espléndida, baña y acaricia esa isla privilegiada, el Diablo la empaña con las tinieblas del pecado, con la oscuridad de la noche, con los túneles subterráneos del placer desenfrenado.

Se diría que en Palma y en toda su franja turística luchan constantemente dos tendencias: la del cuerpo, con su cerebro y sus apetencias, y la del espíritu, con su influjo impalpable e invisible.

Cuando los turistas salen de Palma, en sus excursiones hacia el Levante de la isla, pasan por Algaida y en la carretera ven al Diablo fumando, negro y horrible, con sus cuernos y su rabo, dando saltos a veces y atacando a los turistas con un gigantesco tenedor. Oficialmente es un «gancho» para llamar a los extranjeros y organizar el baile, aquella danza antigua en que luchan las fuerzas del bien y del mal.

Un hombre y mujer bailan, y a su alrededor, animados por una música secular, típicamente mallorquina, las fuerzas del mal atacan, gesticulando y saltando. Allí están el Amor, la Lujuria, el Cuerpo y el Alma, el Demonio y el Angel. Lo que allí se representa es un drama humano, bello, antiguo, europeo, quizá más culto que las pilas atómicas, los rascacielos y las oficinas funcionales que tratan de disimular el drama de la vida.

Historiadores mallorquines se preguntan si esta danza guerrera, llamada *ball des cossiers,* no está relacionada con las primitivas danzas bélicas de la prehistoria, de cuevas rupestres, *talayots* y *navetas,* y algunos ven en ella a los fornidos guerreros con indumentaria extraña, armados de cortos palos, evocando espadas rudimentarias y escudos pequeños con que se repelían los ataques de los contrincantes. La

Dama, doncella bien ataviada que es la figura principal de la danza, representa la Nuredduna, nieta del Jerarca, que preside y dirige la danza guerrera de las Sagas que les rodean.

Otros, más fundados en suposiciones, se atreven a decir que el *ball des cossil* significaría *ball d'Escocia,* si es que la gente de Escocia también llegó por la isla en sus avatares históricos. Lo verdaderamente cierto es que la lucha, con su Dama y el *Dimoni,* es antiquísima y representa, sin lugar a dudas, la lucha del hombre contra el Diablo mismo, la lucha entre las tendencias que llevan al Bien y las que conducen al Mal.

Este baile se mantiene hoy arraigado en las costumbres y solemnidades de los pueblos de Mallorca, aunque los nombres, trajes y pasos que se ejecutan sean diferentes; en esencia es el mismo, y el símil, la enseñanza, la alegoría siguen siendo los mismos.

Dos olores antagónicos se registran en Mallorca: el olor a pureza, a lo santo de la magnífica creación de Dios que deleita al visitante, aquel olor que en las puestas de sol, en las aguas claras y risueñas, en la embriaguez de la soledad de sus rincones nos incita a buscar la paz eterna, la afiliación de lo bueno, al Bien; y el otro olor, el olor a pecado, el olor a dinero, a hombre y mujer, a placeres y a ignorancia, a licores y a droga...

De nuevo George Sand, muy lejos de las cámaras tomavistas, de los mambos de colorines y toda esa vorágine cosmopolita, nos recuerda a los primitivos que sólo oraban, cantaban, trabajaban y no pensaban en nada... («*ce paysan qui ne sait que prier, chanter, travailler et qui ne pense jamais*»).

Pero a los que no pensaban en nada les llegó el Diablo y les tentó. ¿De qué forma? Siguiendo el pensamiento de Dostoyevski, a través del Gran Inquisidor, el Diablo tienta a los hombres quizá del mismo modo que tentó a Jesucristo cuando estaban a solas en el desierto. Y en esas tres tentaciones ya se adivinan los destinos de la Humanidad...

¿No es la tentación del «pan» alusiva a ese poder que el hombre quiere hoy ejercer sobre la naturaleza, sobre la ciencia, sobre la mecánica, su empeño en impedir los sufrimientos físicos de este mundo? «Di a estas piedras que se hagan pan.» Pero la respuesta de Jesús al Diablo es: «No sólo de pan vivirá el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios.»

¿No es la tentación del «vuelo» esa inclinación del hombre al poder sobre su propio cuerpo, a la libertad? ¿No soñamos con volar muchas noches?, ¿no quisiéramos escaparnos a otras regiones? Al «échate abajo» de Satanás para que se lanzase desde el pináculo del templo, Jesús contesta: «No tentarás al Señor tu Dios.» Y el Diablo, tentador de Jesús, es tentador diario de todos los hombres.

Y la tentación tercera, la de los reinos, ¿no es la soberbia del hombre, que por soberbia cayó Satanás, intentando dominar, mandar, esclavizar a los demás, cada vez en mayor número, para formar su propio dominio y reino? ¿Qué del respeto y de la sumisión de aquellos hombres al *senyor* de posesiones y heredades? Al «todo esto te daré si postrado me adorares», Cristo responde, ya cansado, fastidiado de la pertinaz tentación: «Vete, Satanás... Al Señor, tu Dios, adorarás y a El sólo servirás.»

Pero no han sido los hombres como Cristo; muchos vendieron su alma al Diablo por conseguir reinos, riquezas, poderío. Satanás ha renegado del espíritu y sólo puede tener triunfos materiales porque es materia y su espíritu es malo. En la transformación de piedras en panes ha adivinado Satanás los prodigios de la ciencia moderna y los logros químicos de nuestros días; en la petición del lanzamiento, desde el techo del templo, imaginamos el sueño del hombre, desde Icaro hasta Simón Mago, tratando de vencer la ley de la gravedad y de desplazar los cuerpos por el aire sin riesgo a caídas. Hoy podemos constatar que uno de los símbolos que más atraen y embriagan a los hombres es el avance técnico de la

aviación. Los aviones a reacción —dice Merejovski— y los de velocidad supersónica, así como el paracaídas, son el resultado de la tentación diabólica obedecida por el hombre. El último libro de la Biblia dice que el fuego destructor viene del cielo y es porque los hombres han aprendido ya a volar y lanzar sus bombas desde el aire.

La tentación de los reinos puede llevarnos a la idea de un control político-militar del mundo entero, bajo una dictadura —¿capitalista?, ¿comunista?—, de cuyos intentos estamos siendo testigos en esta coyuntura histórica.

Sólo el Imperio de Roma existía en tiempos de Jesús, y el mundo comercial, religioso e intelectual giraba alrededor de este *Mare Nostrum* del que siempre formó parte Mallorca; pero hoy sabemos que este Mediterráneo es sólo una parte de la tierra habitada y que hay otros vastos imperios en Occidente y en Oriente; tierras que se descubrieron después como América y Australia. Sin embargo, toda la tierra hoy se halla dividida, casi prácticamente, entre dos imperios, y esos dos grandes gigantes, armados hasta los dientes, se miran como perros rivales y luchan entre sí en todos los países del globo. Los dos antagonistas ambicionan la posesión de todos los países, aunque traten de disimularlo, y, con hipocresía política, esconden el hecho de que millones de seres están muriendo entre las armas que esos dos imperios están afilando.

No hay duda ya de que ante el género humano se abren dos grandes imperios: el eterno de los cielos, el que no se ve y por eso no se cree en él, el reino de Cristo, y el universal reino sobre la tierra, el de Satanás, ese que podemos contemplar cada día en las acciones de los hombres, en sus egoísmos, en su crueldad, en sus ambiciones, en su corrupción, corrupción mental y corporal.

Las tres tentaciones de Cristo se reiteran eternamente en la historia del hombre y se destacan más en unas épocas que en otras, más en unos países

que en otros, más en unas islas que en otras, y Mallorca es una predilecta del Diablo, en donde lucha contra la acción bienhechora del Dios creador y sustentador de todas las cosas.

"No pensar" la gran artimaña del Diablo

«No pensar en nada», como decía George Sand, es simplemente una de las muchas artimañas del Diablo y hoy centenares y millares de mallorquines no quieren pensar en nada...; si trabajan y viven es todo lo de Dios.

Ni siquiera la poesía y el paisaje de la verde isla causa ya impresión en el mallorquín de la calle; de tal forma se ha materializado que le están vedados los placeres del espíritu; sus ojos están cegados a la calma contemplación de la obra de Dios en su propia tierra y, a excepción de un puñado de sobresalientes, la masa continúa en manos de la máquina bien engranada, de la red bien tejida del príncipe de la Isla, de Satanás.

Fue el patriarca Job quien preguntaba a los filósofos que le rodeaban, con sorna: «Si el hombre muere, ¿vivirá otra vez?», y la realidad es que los hombres, pareciéndoles difícil probar con la mera luz de la razón —como dice Hume— la inmortalidad del alma, o sea, que el hombre sí vivirá otra vez, o sea, siempre, prefieren vivir como si no, como si no fueran a vivir otra vez. Y aquí el Diablo trabaja confiadamente, dando a los hombres trabajo y afán de ambición diario para «no pensar».

«Esto de la inmortalidad del alma, de la persistencia de la conciencia individual no es racional, cae fuera de la razón», decía Unamuno, y a ello se anticipa San Pablo con su famosa frase de «bebamos y comamos que mañana moriremos». Y ése es el sentir generalizado de las gentes de Mallorca hoy. Conseguir la seguridad del *avui* y despreciar lo desconocido del *demà*.

Vestidos con pies de oveja

Pero a todos los males que el Diablo volcó sobre Mallorca añadió últimamente uno que, con su astucia proverbial, va infiltrándose para dar comida intelectual a los que piensan y para contestar a las preguntas que, con motivo de los reajustes vaticanos recientes, se hacen las gentes modestas: los mal llamados «estudiantes de la Biblia» que visitan a los isleños de casa en casa con perseverancia fanática.

El americano Tate Russell inventó un sistema religioso, llamado «russellismo», y se erigió en el famoso «Pastor» que todo lo sabía. Con su descaro inaudito, acusado ante la corte de herejía, respondió que sabía griego y que en él se basaba para interpretar la religión con exactitud. Pero cuando el juez le entregó un Nuevo Testamento en griego para que lo leyese, se puso encendido ante el público y confesó que no sabía griego.

Más tarde su esposa tuvo que pedir el divorcio porque le estaba engañando con Rose Ball, cosa que confesó ante el juez, y posteriormente cometió fraude y fue acusado de estafa en el llamado «Milagroso Trigo», que vendía a precios exagerados, y por último fue denunciado por enfermos a quienes engañó para que dejasen sus riquezas a su nombre.

Este Russell es el «padre espiritual» de los llamados «Testigos de Jehová», que, como los últimos invasores, han llegado a Mallorca. Desde luego, la astucia y la desfachatez del «Pastor» se transmitió a las huestes, que se esparcieron por el mundo bajo el nombre de «Testigos de Jehová», adoptado en 1931 en Columbus, Ohío. Y el último peligro de Mallorca consiste en que, como dijera Pascal, el más incrédulo es el que más cree, y los que reniegan de Dios, los que se proclaman ateos, más bien por cansancio religioso y por el dulzor que experimentan a la mesa de Satán, son los que están dispuestos a aceptar cualquier novedad o emoción distinta, aunque sea en el campo religioso.

Russell tuvo la manía de señalar fechas para la vuelta de Cristo a la tierra y para el fin del mundo, y una de sus mayores estupideces fue la de afirmar que «el gran día de Jehová empezó en el año 1914 cuando instaló a su amado, Cristo Jesús, en el trono y le envió a gobernar sobre sus enemigos, incluyendo "el reino del norte" y "el reino del sur", y por eso estos dos reyes, bajo la influencia satánica, iniciaron la primera guerra mundial».

Cualquiera que haya vivido la primera y la segunda guerra mundial observará cuán poco fundamento tienen los «Testigos de Jehová» para afirmar que la guerra de 1914 fue el acontecimiento máximo en la Humanidad.

Pero hay más, y es que, no habiendo vivido la segunda guerra mundial, llegaron los llamados «Testigos» (no sabemos de quién son testigos) a la conclusión de que en el año 1918, «habiéndose preparado el camino ante el Señor, entonces el Mensajero del Pacto, Jesús, entró definitivamente en su Templo y entonces empezó el "Día de nuestro Señor Jesucristo"».

Luego dijeron que en 1941 aparecieron «realmente las tres grandes organizaciones del mundo: los nazis, identificados con el reino del norte del profeta Daniel; las democracias, que son el reino del sur en el mismo Daniel, y el residuo fiel que proclama contra esos dos poderes la Teocracia. Ese residuo son los "Testigos de Jehová", que representan la Gran estrella y el gran brillo de luz del Universo que apagará a ambos reinos».

Para los «Testigos de Jehová» «la organización del Diablo es la Iglesia de Roma, o sea la bestia negra» y por ello su primer ataque es contra ella. También atacan a los protestantes, sin distinción, y, desde luego, se niegan a servir a la Patria porque la consideran perteneciente a ese mundo que ellos quieren destruir con su luz. Los casos de encarcelamiento de esos incomprensibles objetores de conciencia no han sido exclusivos de España, sino que se

han proliferado en otros países, comenzando por los Estados Unidos de América, donde también se negaban a saludar a la bandera.

El famoso Arrio de los siglos pasados negó la divinidad de Jesucristo y hoy los «Testigos de Jehová», esos que entran solapadamente por las casas, niegan, como Arrio, que Jesucristo sea Dios, para lo cual llevan unos pensamientos prefabricados en serie que aplican como martillos de hierro a los infelices hombres y mujeres que no saben de religión y que están «contra los curas». Los «Testigos» invasores de Mallorca han hecho de Jesús un dios, en minúsculas, del Olimpo griego, y ellos, en su calidad de «enviados especiales» de Jehová, llegan a aparecer como más importantes que Jesús; por eso enseñan doctrinas especiales, referentes a la política del mundo y su fin y a los acontecimientos relacionados con el fin del mundo. No es extraño que Russell, en sus obras, diga que la cifra de 144.000 personas que aparece en el libro del Apocalipsis alrededor de Jesús sean exclusivamente los «Testigos de Jehová» más distinguidos del mundo.

La obra contra el testimonio de Cristo y sus seguidores la llaman «anticristo», y en sus libros manifiestan que ese anticristo está formado por la masa de católicos y protestantes del mundo.

El seguidor del famoso Russell se llamó Rutheford, quien organizó una gigantesca campaña para anunciar el fin del mundo y luego escribió un libro sobre este acontecimiento, llamado *Millones que ahora viven no morirán jamás*. El libro fue traducido inmediatamente a los principales idiomas y se distribuyeron varios millones de ejemplares. El fin del mundo habría de tener lugar el año 1925, pero cuando pasó la fecha y se vio que aquello era una mentira, los famosos «Testigos» se apresuraron a retirar el libro en todos los lugares donde pudieron.

Los «Testigos» son maestros en el arte de hacer desaparecer u ocultar todo cuanto no les interesa que se descubra para que sus fallos, errores o men-

tiras no salgan a la luz y por eso muchos de sus libros antiguos están fuera de circulación. Ya dice la Biblia que «el diablo se viste de ángel de luz», pero cuando se le descubre queda al descubierto toda su fealdad.

¿Saben los incautos de los «Testigos» que Rutheford, esperando que en 1925 volverían a la tierra Cristo y los patriarcas del Antiguo Testamento, recogió dinero para construir un verdadero palacio en San Diego, estado de California, por un total de cincuenta millones de pesetas antiguas, verdadera fortuna entonces? Por supuesto, ni Abraham, ni David, ni Jesús, ni nadie que no fuera Rutheford habitó aquel palacio. ¡Y dentro del palacio murió Rutheford el 8 de enero de 1942! ¿No es éste también trabajo del Diablo, como simboliza el *Demoni* mallorquín en su lucha con los hombres?

Anécdota chistosa, mil veces real

Recuerdo a don Pedro, aquel hombre de poca cultura, aquel barbero que, uniéndose a ciertos manipulantes, fue testaferro en una compra que luego, con artes especiales, pasó a su nombre. El terreno lo compró a veinticinco céntimos el metro cuadrado y estaba cerca de la playa. Esperó y esperó, comerció y comerció y de veinticinco céntimos pasó a diez mil pesetas metro cuadrado. Fue, por supuesto, multimillonario y los Bancos de Palma le ofrecían crédito hasta sin tener saldo a su favor, pero ¿qué pensaba de Dios don Pedro?, ¿estaba satisfecho con su dinero y sus posesiones?, ¿ejercería alguna misericordia, tolerancia o bondad? ¡De ninguna manera! Y la verdad es que no me extrañó mucho lo que pasó, porque le había tratado en muchas ocasiones. La cosa fue que un vecino tenía un árbol cuyas ramas caían sobre uno de los solares de don Pedro y él le denunció. El vecino prometió arrancar el árbol, pero se descuidó y no lo arrancó tan rápidamente como exigía don Pedro, y un buen día, una buena mañana,

salió de casa, diciendo a su mujer: «Esta mañana la voy a armar gorda con ese hombre y el abogado», y fue tan gorda que literalmente —aunque ustedes no lo hayan visto, pero sí hay testigos— murió de repente en un arranque de ira. Un pequeño árbol había sido suficiente para crear un problema al abogado que, junto a la mesa de su despacho, vio caer muerto al gran multimillonario.

¡Diablos!, ¡diablos!, diablos!, toda clase de diablos juguetean en Mallorca; y hay diablillos, como dije antes, que atacan frontalmente a Dios, que derriban con su dialéctica a Jesucristo para levantar un sistema nuevo, un sistema falso, un sistema de anticristo, de antibiblia, porque los «Testigos», en su osadía, han llegado a hacerse ellos su propia Biblia y han despreciado todo el consejo y el consenso de la Iglesia de Cristo a través de los siglos. Han hecho caso omiso de toda erudición, de todo saber filológico y teológico y se han hecho una Biblia para su secta, la famosa Biblia verde, que ellos llaman del *Nuevo Mundo*.

Los «Testigos de Jehová» han establecido un gran imperio, el llamado «Imperio de Brooklyn», aquel complejo administrativo e industrial ubicado en la periferia de Nueva York, donde toda una organización autómata se mueve, sin conciencia propia, dirigidos auténticamente como *robots* una vez hecha la limpieza de sus cerebros.

La imprenta que poseen ocupa, por sí sola, cuatro edificios con un total de veintidós plantas enormes, dedicadas a la producción de literatura, y están equipadas con la maquinaria más moderna que sale al mercado, mayormente importadas de Europa, de Alemania. Hay treinta y seis grandes linotipias y gigantescas rotativas que escupen, con la saliva del Diablo, veinticuatro mil ejemplares a la hora, y tienen pisos enteros dedicados al corte de papel, composición, tirada, doblaje, encuadernación, etc.

Los hombres y mujeres que se ven, como soldados, detrás de esas máquinas están sometidos a una

disciplina especial, son cuidadosamente seleccionados y deben de llevar un mínimo de doce meses bautizados en la fe de los «Testigos» antes de poder entrar en aquellos edificios. Su contrato les obliga a quedar forzosamente cuatro años dentro de la empresa; a los casados se les prohíbe tener hijos durante el tiempo que permanecen al servicio de la Sociedad, y se crea un problema cuando un joven y una joven solteros se enamoran «en el trabajo». No podrán casarse tan fácilmente hasta no haber cumplido unos servicios especiales y siempre a condición de no tener hijos durante su trabajo casi militar.

Las famosas revistas *El Atalaya* y *¡Despertad!* se tiran por millones en casi todas las lenguas del mundo y así entran en lengua española en la isla de Mallorca, como entran sus biblias falsas de color verde, aquellas que ellos no han traducido de los originales hebreo y griego, sino que han compuesto tomando y traduciendo de otros idiomas, según las frases les parecían adecuadas a su hilvanar doctrinal.

¿De dónde saca el Diablo tanto dinero para atacar al mundo y a Mallorca? De ese ejército de incautos que la organización tiene por todo el mundo; todos aquellos que habiendo sido fanatizados, todos aquellos a quienes el Diablo les dice, como dijera a Adán, seréis como dioses, dan alegremente su dinero y su tiempo para la lucha contra los dos imperios, contra los países, contra las religiones.

Tal cantidad de dinero, invertida hábilmente en negocios y Bolsa de Nueva York, revierte con pingües ganancias para el «Imperio de Brooklyn» que lo convierte en papel con ideas mentirosas y engañosas.

Los mil seiscientos residentes de las oficinas de Brooklyn, los encargados de la agricultura y de la cría de ganadería y de aves, los esparcidos por todo el mundo, filiales y agentes, testigos y maestros, todos tienen el punto de referencia de Columbia Heights, en el mismo Brooklyn. Allí lo más sarcástico para el buen observador es el mismo nombre dado al gigantesco e imponente edificio: «The Bethel Home», porque aquello, en vez de ser «Casa de Dios», es la pocilga donde se revuelve la mentira y la falacia, donde se envenena a las naciones con la astucia del que, siendo diablo, se viste como ángel de luz y se llama a sí mismo «Dios».

Pequeñas luces entre mundanal oscuridad

Por eso Mallorca, tierra dorada y bendecida por Dios; Mallorca, cuadro del pincel maravilloso del Creador, es atacada por toda clase de atractivos diabólicos: carne, dinero, ideologías, y la lucha continúa. A veces hay almas que se salvan, como las de José Miguel y Dina; a veces hay corazones que se abren a la luz de Dios y rechazan las argucias del Diablo, pero éste sigue imperando, reclutando gente para su lucha final y sobre Mallorca vuelca Satanás, hasta embriagar, hasta anonadar, licor y mujeres, sodomitas y pederastas, ladrones y ladronas, estafadores y criminales, taxistas que violan tras un árbol a niñas de cuatro años y camareros que matan a las suecas sobre la arena, extranjeros que se vuelven prácticamente locos con el alcohol y viciosas que vienen a pagar hombres jóvenes para su deleite; el Diablo inyecta en la isla le fiebre de los negocios, la aventura del enriquecimiento, mata al sentimiento, cauteriza la conciencia, convierte en hipócritas y fariseos a los llamados cristianos y hace fanáticos estúpidos a los anticlericales e ignorantes.

Mallorca es un hervidero de pasiones contrapuestas; es, como en Algaida, Manacor, Montuiri, etcétera, escena constante de la lucha de la Dama contra el *Dimoni,* de la lucha del Mal contra el Bien; es campo de batalla entre el Sí de Dios y el No del Diablo. Pero algunas almas se salvan; todo es posible en Mallorca.

NUEVOS LIBROS RECOMENDADOS

CURSO DE FORMACION TEOLOGICA EVANGELICA

Tomo I: INTRODUCCION A LA TEOLOGIA
por **José Grau**

Un estudio profundo y comparativo de la fe cristiana en contraste con otras creencias y con las nuevas corrientes teológicas que niegan al Señor que nos rescató. 350 págs.

Tomo IV: CATOLICISMO ROMANO
por **Fco. Lacueva**

Una obra cumbre del ex Canónigo Doctoral y ex Profesor de Teología del Seminario Católico de Tarazona (Zaragoza). El libro más completo que existe en español para obtener una visión clara y objetiva del Dogma Católico-Romano en todas sus facetas, sus orígenes y motivos, así como su contraste con las declaraciones bíblicas y la interpretación Cristiana Evangélica. Sólo una autoridad en la materia como el Dr. Lacueva podía darnos datos que capacitan al lector para el diálogo serio con creyentes católico-romanos, mostrando seguridad y certeza.

LA NATURALEZA HABLA: ¿ES CIERTA LA EVOLUCION?, por **Jaime Carder**

Una obrita eminentemente científica, clara y comprensiva. Con un extenso prólogo por el editor Dr. Samuel Vila.

COSECHA ESPAÑOLA **Wirtz - Pierce**

Historia auténtica, más emocionante que la mejor novela, de una señorita de la aristocracia inglesa que encuentra en España al hijo de un general español de ascendencia inglesa, con quien se une en matrimonio, consagrándose ambos al servicio del Señor: él como ingeniero y predicador voluntario y ella en heroica labor misionera, dando origen a importantes congregaciones evangélicas que todavía subsisten en Galicia. Las luchas con el fanatismo de aquella época, y las visitas de D. Luis al primer ministro español Excmo. D. José Cánovas del Castillo, son contadas con todo su realismo por su propia hija, ofreciéndonos un cuadro histórico que jamás podrá ser olvidado en los anales de la segunda Reforma en España.

Un relato de luchas y vicisitudes de fascinante interés, que no permite al lector dejar el libro de la mano una vez comenzado, sabiendo que es pura historia lo que parece novela. Relato mucho más real y auténtico que la novela que sobre el mismo tema mereció el premio "Nadal" de Literatura.

LABOR DE AMOR **Winifred Tinon**

Una piadosa misionera, durante su año de descanso, hace publicar un raro anuncio ofreciendo servicio doméstico gratis, a quien lo necesite, lo que provoca la burla y animadversión de sus familiares. Entre éstos se halla una hermosa sobrina, cristiana de nombre, que al fin es ganada a la fe práctica y activa, y ve cumplidas sus ansias de felicidad al encontrar un compañero de su vida participante de los mismos sentimientos.

HECHOS Y MISTERIOS DE LA FE CRISTIANA

Alberto Pietters

Una explicación apologética, clara y convincente. Libro del cual dice el Dr. Kyle: "Comprende toda la polémica religiosa de los últimos años y vale por un centenar de volúmenes."

INVASORES DE LA CRISTIANDAD

J. K. van Baalen

Exposición objetiva y refutación razonada de la Astrología, el Espiritismo, la Teosofía, el Rosicrucianismo y el Bahaísmo.

RELIGION ESCRITURAL Y TAREA POLITICA

H. Evan Runner

De la serie **"Perspectivas Cristianas",** publicada por L.A.E.C. Para estudiantes universitarios, personas con cargos de responsabilidad y creyentes en general que tratan de comprender sus deberes ciudadanos como un servicio sincero de cada hombre para Dios.

PRINCIPIOS DE INTERPRETACION BIBLICA

Luis Berkhof

Expone los diversos sistemas de interpretación de la Sagrada Escritura desde Hillel y Filón hasta el moderno racionalismo. Muestra cómo el sentido gramatical de las lenguas originales y el conocimiento de la historia, costumbres y condiciones de Palestina ayudan a comprender el exacto significado de la Sagrada Escritura, sin caer en exageraciones. Contiene centenares de

curiosos ejemplos. La Biblia aparece como un libro nuevo, más amplio y más claro después de haber leído este volumen.

LA MARAVILLA DE LA BIBLIA

Juan E. Zoller

Expone, de un modo claro, sencillo y contundente, las razones que tenemos para creer que la Biblia es el Libro de Dios, plenamente inspirado y digno de la más absoluta confianza.

PALABRAS Y PORTENTOS DE LA CRUZ

Gordon H. Girod

Después de comentar de un modo nuevo y fascinante, desde el punto de vista reformado, las 7 palabras del Hijo de Dios desde la cruz, comenta 5 palabras más pronunciadas por el Padre, en forma de portentosos milagros. Vivamente interesante por su originalidad y utilísimo para todo predicador, sobre todo en los días de Semana Santa.

LA ORACION

Juan Zoller

Un libro claro y eficaz para fomentar el espíritu de oración entre los cristianos, a la vez que para evangelizar.

SOLICITENSE

a cualquier librería o directamente a T.S.E.L.F. (The Spanish Evangelical Literature Fellowship), P.O. Box 6094, GRAND RAPIDS, Mich. 49506, los residentes en Norte o Sudamérica.